

Uy
5845

~~2020~~

HELIOS

✦ ✦ ✦ ✦ ✦ ✦ AÑO I

TOMO I ✦ ✦ ✦ ✦

✦ ✦ ✦ ✦ 1903 ✦ ✦ ✦



AMBROSIO PÉREZ Y COMPAÑÍA

IMPRESORES MADRID

... CALLE DE PIZARRO N.º 16 ...

LIBRARY

1972

LIBRARY

BOOKS

HELIOS

GÉNESIS

... Flores aparveront in terra nostra.

Y esta es la historia de nuestra historia, la razón que nos mueve á ofrecer al público una revista más. Humildosa, pero inevitable—asi las flores en primavera—surgió en nuestro grupo juvenil—si flaco en número, fuerte en amistad—el pensamiento de una publicación, joven como nosotros, y entusiasta de todo lo que dice hermosura, hállese donde quiera y cante en la lengua que quisiere cantar.

Y henos aquí, paladines de nuestra muy amada Belleza, prontos á reñir cien batallas de verbo y de espíritu. ¡Guárdanos tú, la Dilectísima, por quien osamos entrar en lid!

Holgarnos hemos si nuestros propósitos merecen bien del público, si para nosotros suena con acento de loanza la voz de los muchos. Pero aun cuando el aplauso haya de sabernos á mieles—que flacos somos porque somos hombres,—queremos lealmente protestar en esta primera é irrevocable página de que no iremos en busca suya con señuelos de complacencia, ni de halago. Hartas publicaciones—para nosotros

más que para nadie merecedoras de respeto,—tienen las multitudes cortadas á patrón de su espíritu, hechas á medida de su gusto. Pretende la que hoy nace—humilde, pero no desvalida, que ha de valerla nuestro amor,—cortarse únicamente á medida y gusto de la Belleza. Y no por temerarios se nos lance anatema, que la debilidad no es sacrilegio.

Nuestras voces dirán como acierten, los ritmos mayestáticos que ritman—musas perdurables,—el alma inmortal y la inmortal naturaleza.

Siendo el espíritu de la revista juventud—y conste que sabemos eternamente jóvenes muchos rancios laureles,—su verbo-bandera ha de ser libertad. Todos lograrán sitio en este hogar de artistas, cuantos digan, dijeron ó hayan de decir, siempre que sus decirs—regocijos ó melancolias, oraciones ó desesperanzas, vidas ó ensueños—sean hermosos y estén galanamente relatados.

A todos, pues, en nombre de todas las augustas palabras que han todos los poetas empleado desde que el mundo es mundo para decir belleza, ¡salud!

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO.

JUAN R. JIMÉNEZ.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

CARLOS NAVARRO LAMARCA.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.



❖ RAMON PEREZ DE
AYALA ❖ LA ALDEA
LEJANA ❖ CON MO-
TIVO DE LA ALDEA
PERDIDA ❖ ❖ ❖ ❖

CUANDO atardece en el cielo, hay tristeza crepuscular en las almas.

El balcón encuadra un espacio luminoso, en donde se recorta la silueta azulada y dura de la ciudad sobre el aliento rojo de la tarde que fenecce.

El silencio de mi estancia va poblándose de formas impalpables que se agrupan en los ángulos sombríos—son fantasmas incógnitos que evocan el ensueño de un bebedor de haschichs.—Hay músicas sutiles y lejanas que hacen vibrar el aire.

Desde mi lecho veo á los muebles adoptar posturas de seres adoloridos y recatarse discretos con espesas gasas de penumbra; en el suelo sus sombras se alargan hasta la alucinación. Un sillón

grave, taciturno, es compañero mudo que vela cerca de mí, persona querida, que aguarda mi voz; su actitud es resignada y maternal.

El crepúsculo parece dormir, luego alejarse solemne en la luna de mi espejo como en la superficie tersa de un lago encantado.

Oigo caer rítmicamente unas gotas de agua; clepsidra que desgrana en minutos mis horas febriles. Su ruido monotonó acrecienta mi mal.

Las brillantes paredes de estuco, irisan palideces matizadas, tienen aspecto húmedo y viscoso, me rodean como un reptil inmenso; son frías y están desnudas como las de una celda conventual, pero no pende de ellas ningún crucifijo, ninguna imagen. Conjuro el recuerdo de mi camarilla en los viejos años de colegio; mi cama de escolar mezquina y blanca, la vida plácida de adolescencia devota y creyente. Van deslizándose por mi imaginación calenturienta, visiones pretéritas que creí esfumadas en la lejanía gris de los años muertos. El paraje castellano desolado, parduzco; la mole austera del monasterio. Luego los pasillos largos y tenebrosos de lobreguez, con sus planchas de nogal carcomido, las puertecillas oscuras alineadas bajo cruces negras, detonantes en la blancura opaca de los muros, y el alto reloj de pesas acordando su tic tac eterno á la monotonía claustral. El refectorio grande y húmedo, solado de ladrillo rojo; creo ver aún cómo caen sobre las inquietas cabezas infantiles que no han paladeado los malos pensamientos, tristes rayos grises de un día brumoso desde los altos ventanales emplomados, y oír la voz fina y vacilante del lector, que repercute en la bóveda hueca entre el murmullo sordo de las frugales refacciones. El claustro...;

un claustro ojival en que la piedra florecía con monstruosa variedad; ojivas guarnecidas de seres quiméricos y bestias raras—tal el apocalipsis de Juan el discípulo,—ménsulas soportando imágenes deformes, rígidas, verdes de humedad musgosa; hojas caladas, rosetones fantásticos; y el pavimento marmóreo, desgastado, brillante, con montones de paja para calentar nuestros miembros amoratados y ateridos en los días nevados del invierno; en el centro del jardín verdinegro y monacal, poblado de cipreses ancianos y mirtos seculares, una fuente, como extasiada, tenía decires misteriosos.

Las muselinas que penden en el balcón me ofenden con nostalgia atormentadora. ¡Oh, la albura inmaculada de los roquetes rizados y crujientes en casta teoría junto al altar de la Virgen! Cubrían los muros de las naves en el templo augusto, grandes vestiduras azules y blancas—ensueño y pureza—que se movían pesadamente bajo el impulso de un hálito divino; los cirios ardían chisporroteando; el siseo de las viejas entonaba ondulaciones cromáticas; los altos vidrios de colores arrojaban resplandores célicos; el órgano respiraba grave y sonoro con ansia de entonar su salmodía imponente; en el aire había caricias fragantes de rosas abiertas y místicas, suavidad de sahumerios é inciensos rituales; un Padre desde el púlpito nos hablaba de la vida eterna con tono lacrimoso que nos daba mucho miedo y nuestros corazones palpitaban en el amor de Dios estremeciéndose.

También alguna vez estuve enfermo, como ahora, lejos del hogar protector y de las solicitudes familiares. Hasta el pequeño lecho con pabellón

de encaje, llegaban apagados y como con sordina los ecos de la campana que vibraba á lo lejos, regulando la vida de la comunidad oculta en el laberinto de las celdas monásticas. Al oscurecer, la puerta se abría con ruido leve y avanzaba sigilosa una silueta negra; luego sentía yo la tibieza de una mano varonil sobre el ardor de mi frente, y el fluir de una voz dulce que venía de arriba y me inundaba con frescura de halago, contándome vidas de santos, con santa ingenuidad; del hidalgo Loyola herido en la defensa del castillo de Pamplona y su milagrosa conversión; del noble Borja, primero cortesano, luego siervo de Dios, desdeñoso de grandezas que hubo de ver putrefactas y mal olientes; de Francisco de Xavier, misionero y apóstol.

Ahora, mi único compañero es el sillón taciturno, que vela en actitud resignada y maternal.

La noche se hace en mi alma y en el cielo. Las campanas de una iglesia vecina me traen augurios tristes. Siento un latido misterioso y acelerado. Las sombras danzan en derredor de mi cabeza. Continúa el latir medroso y rápido. Es el reloj que marcha á compás del tiempo fugitivo. Un nuevo ruido me sobresalta, un ruido de pasos insidiosos que se acercan cautelosamente; el tillado gime.

—¿Duermes?—me dice una voz afable. Es la de un antiguo compañero.

—No.

Y enciende la luz, pero su brillo crudo me ofende en la retina, siento los ojos como contusos. Mi compañero recubre la bombilla con un papel verde y la luz se esparce con tímido nimbo gla-

ucado que hace el ambiente lúgubre: luego coge un libro que ha traído.

—Mira.—Me acerca el libro. *Armando Palacio Valdés.—La Aldea Perdida, novela-poema de costumbres campesinas.*

Permanezco pensativo. El libro que se me figura verde veronés—así las praderas de mi Asturias—remueve el cerebro con nuevo impulso y resucita ante él, sobreexcitado ya por la evocación de la niñez pretérita, remembranzas viejas, visiones de lozanía fragante y de paisaje lejano.

—¿Te sientes mal?—me pregunta el amigo.

—No, no.

—¿Leo?

—Dígole que sí con la cabeza.

Y lee, lee, lee.

La estancia, sumida en media tinta verdosa, es propicia al ambiente del poema. Escucho la voz opaca, uniforme que mana siempre con borboteo de risas inocentes ó rumor de amores pastoriles. Pareceme oír una historia milenaria, una conseja vetusta poblada de héroes y aventuras; las rancias consejas que, á media voz y en tono temeroso, me contaba para dormirme una vieja sirviente, allá en un antiguo caserón perdido en la paz campesina de la aldea.

A las veces creo estar en Acaya, bajo los cielos áticos, entre los muros marmóreos de la acrópolis blanca, oyendo la canturia de algún joven efebo que ensalza las proezas de los varones homéricos en el ciclo heróico. Otras vuelvo á mi Asturias, la de los valles verdes, ondulantes, la de ingentes montañas que azulean y comulgan con nieve, la de sagrados castaños ya decrepitos que conservan mensajes legendarios de los abuelos cel-

tas, la del cielo brumoso y húmeda neblina que esfuma con su vaguedad gris las durezas del paisaje. Yo conocí á los héroes del poema. Yo he visto á Demetria; sallaba maíz encorvada duramente: y la mancha roja de su refajo parecía florecer perturbando la verdura vivaz de las tierras fecundas. Yo he visto á Flora; descansaba á la sombra de un pumar retorcido; en sus mejillas el carmín tenía tonos más dulces que en las pomas ocultas entre el boscaje espeso; era su cuello más suave que manteca de la tierra, y bajo el recio tejido de lino hilado á rueca, el seno poderoso palpataba con sobresalto de liebre tímida. Yo he visto á Nolo; con la *guiada* de avellano iba *falando* la yunta—una yunta lucida de vacas perezosas ¡ala, *rumera!* ¡ala, *morica!*—y entonaba un aire melancólico con algo de litúrgico que se perdía entre el chirrido estridente de la carreta. Yo ví á Bartolo el de la tía Jeroma; yacía el mocetón tumbado sobre la hierba, en tanto llindaba el ganado que pacía con sosiego patriarcal. Yo ví al noble hidalgo de las Matas Arbín pasearse taciturno por un *carbayeo*. Yo ví al filósofo Martinan en el *llagar* y en el chigre. Ví al buen Capitán y á Talín que miraba de través y gruñía á mi paso; y ví á Plutón, á Joyana, á toda la turba de mineros tenebrosos interponerse en el camino como sombras, cuando al trote de mi cabalgadura tornaba á la casa entristecido el ánimo por las blasfemias, canciones lúbricas y detonaciones lejanas que temblaban en el aire profanando el silencio místico de las noches pradiales. La anciana sirvienta, casi secular, en el zaguanón de la casa aguardárame siempre poseída de temblor.

—Ay, *señoritín*, non vuelva tan tarde. Mialma

esa gente ye muy mala—me decía con intervalos de pavora.

Cierta vez, como volviese más avanzada la noche que de costumbre, puse el animal al galope; sus pasos rítmicos repercutían en el recinto de los bosques sagrados. De pronto ví, á lo lejos, en el camino, una luz amarillenta que vacilaba. Cuando hube avanzado un buen trecho, parecióme oír voces. Era Anastasia, mi vieja sirvienta, que acompañada de unos mozos venía á mi encuentro. El sobresalto le trababa la lengua. A vuelta de muchas pausas logró decirme:

—Válgame Dios, *señoritín...* ¡Estoy *frayada* del susto! Bien creí que lo hubieran *matao*. Esa *gente, non tien ley de Dios...* Así Dios me mate non sé como *la su moza dejai* venir tan tarde...

Volvimos juntos. La vieja contaba historias de crímenes horrendos que los mozos confirmaban con recia inclinación de cabeza. Al día siguiente supimos que aquella noche habían apaleado al cura de Noreña dejándole medio muerto.



Al llegar á este punto no faltará quien atisbe en lo que escrito queda un cierto tufillo vago de sensiblería ó de melindres ñoños. Y quizá no se equivoque el tal. He sido sincero, absolutamente sincero, y eso es todo. Pero ha dicho Balzac—y no es porque lo haya dicho él—que para juzgar una obra de arte es preciso, ante todo, colocarse—dentro de lo posible,—en condiciones similares á las en que fué concebida y ejecutada; acoplar el estado de ánimo al del autor; entonar el espíritu conforme al suyo.

Una labor en que se habla más de mí, de mis impresiones personales que del libro que las ha inspirado, puede resultar prolija. Y bien; sea. Tengo mis razones para ello. Soy partidario de la crítica subjetiva, *voluptuosa*—dice Lemaitre—ondulante como lo es la vida. Me molestan ciertos caballeros graves, impasibles, que juzgan las obras literarias con la frialdad de un juez severo y las condenan ó ensalzan en virtud de un sistema, estrecho y rutinario casi siempre, que parece venirles de lo alto en forma de revelación, á juzgar por la seriedad de sacerdocio que imprimen á sus decisiones. Cuando poseamos la belleza absoluta y se defina el dogma estético ortodoxo, nómbrese un pontífice artístico—ó nómbrele el espíritu santo,—y excomulgue ó bendiga conforme á él. Entre tanto sigamos con el culto familiar de nuestros Manes, Lares y Penates, y posea cada cual su parte alícuota de belleza para emplearla como le plazca. No he inventado ninguna teoría crítica, no sigo un criterio dado, mi espíritu se rebela contra la estrechez de las fórmulas dogmáticas y de las retóricas oficiales. Ya sé yo que es fácil y acomodaticio aferrarse á una idea y juzgar por modo escolástico; pero lo considero absurdo, sobre todo en una época como la nuestra, de tan grande diferenciación de tendencias, en todas las cuales late un espíritu interior de anarquismo estético. En la novela, sobre todo, se ha llegado al triunfo completo del individualismo *atómico*, á partir de la bancarrota de la escuela naturalista. Hoy cada autor escribe sus novelas sin prejuicios de técnica ya definida ni preocupaciones de bando, y el público los alienta á todos. No hay una novela concebida *específica-*

mente y que predomine como escuela de *moda* sobre todas las demás; hay la novela *in génere* que cada cual entiende á su modo. Armando Palacio Valdés en este sentido se ha adelantado á su tiempo. De muchos años á esta parte viene trabajando en una labor lenta y tenaz, como buen artista, ajeno al gárrulo bullir de las literaturas efímeras. Su manera de vida, quizá indefinidas influencias atávicas y de medio físico, han determinado en él una peculiar visión de la realidad que se traduce en la forma expresiva por un humorismo sano, algo impregnado de pesimismo y de resignación, con gran enjundia de espiritualidad. Sin duda influído por la corriente de idealismo que en los últimos tiempos llegó de las altas regiones de la filosofía á despertar las almas, Armando Palacio Valdés ha refinado su manera de sentir, y á través de las páginas de sus últimos libros se adivina que su espíritu se abreva en las puras fuentes de los anhelos místicos.

Mi elogio no añade gloria á la gloria de Palacio Valdés. Mi juicio es insignificante, deleznable. Quiero, no obstante, escribir mi juicio y mi elogio.

He oído asegurar que *La Aldea Perdida* es inferior á otras novelas de Palacio Valdés. La he leído por segunda vez y se ha definido mi impresión inconcreta de las horas febriles. Es un poema homérico lleno de dulzura, de armonía, de grandeza heroica y de paz aldeana. Entraña un simbolismo claro, artístico y con insinuaciones inefables á las veces; un simbolismo helénico, amable como el de Homero y Hesiodo, autor de *Erga Kai Emerai*.

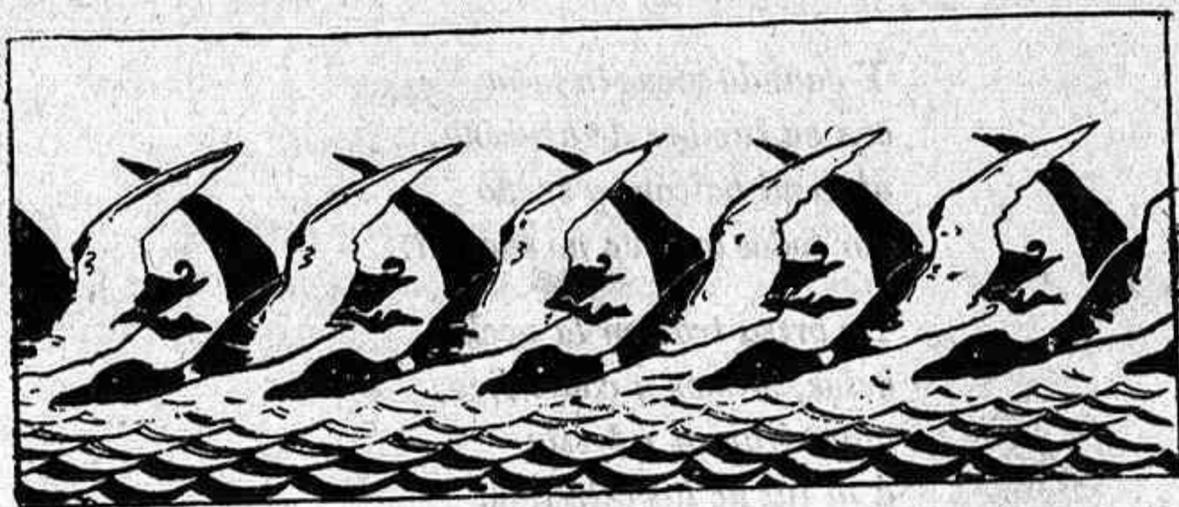
Dicen que el estilo es incorrecto. No hay tal.

Tiene el grácil desaliño de la fuente que mana, del árbol que crece, del lenguaje que fluye en los poemas primitivos. Un estilo artificioso, atormentado no hubiera sido justo de tono con la frescura del ambiente y la ingenuidad de la fábula.

Los personajes... Ya os he dicho; los conocí há tiempo. Los he visto en mi aldea lejana y en un libro distante: en el libro inmortal del abuelo ciego.

Y cuando al escalar las montañas de Asturias tropiece con la tumba del poeta, dejaré sobre ella una rama de madreselvas. Entre tanto, Maestro, recibid una corona de laurel, que es triunfador.





JUAN R. JIMENEZ ❖

❖ ❖ ARIAS TRISTES

*Las noches de luna tienen
una lumbre de azucena,
que inunda de paz el alma
y de ensueño la tristeza.*

*Yo no sé qué hay en la luna
que tanto calma y consuela,
que da unos besos tan dulces
á las almas que la besan.*

*Si hubiera siempre una luna,
una luna blanca y buena,
triste lágrima del cielo
temblando sobre la tierra,*

*los corazones que saben
por qué las flores se secan,
mirando siempre á la luna
se morirían de pena.*

*Mi jardín tiene una fuente,
y la fuente una quimera,
y la quimera un amante
que se muere de tristeza.*

*Y cuando viene la luna
con su lumbre de azucena,
abro mi balcón, y sueño
por todos los que no sueñan.*

*La brisa trae en la noche
besos, mimos y cadencias,
algo virginal y triste
á la luz de las estrellas;*

*y yo pienso en los jardines
que nunca veré, en las rejas
sin amores, en las novias
dormidas en su inocencia;*

*en las manos que esta noche
divina de primavera,
no tendrán quien acaricie
su blancura y su belleza;*

*en la ilusión encantada
que, siguiendo sus quimeras,
tendrá esta noche tranquila
tantas ventanas abiertas.*



*—¿Está muy lejos la aldea?
¡Oh, muy lejos!*

*Una flauta
llora en la paz del sendero
su queja dormida y lánguida.*

*Y entre la tarde de otoño
llena de sueño y nostalgia,
sube un humo dulce y blanco
del techo de la cabaña.*

*Las cabras han vuelto, y suenan
todas las esquilas; llama
alguien lastimeramente;
tiembla una estrella temprana;*

*y la música de esquilas
y la estrella solitaria*

*y el humo que sube, todo
tiembla al compás de la flauta.*

*El vaho de la arboleda
vela la fronda lejana,
alejando dulcemente
la ribera abandonada.*

*La campiña se ha dormido,
y su paz amiga es tanta
que, mirándola, los ojos
se llenan de dulces lágrimas.*

—¿Está muy lejos la aldea?
—¡Muy lejos!

*Sobre la plácida
tristeza de la campiña
sube la luna dorada.*



*Viene una música lánguida
de no sé dónde, en el aire;
da la una; me he asomado
para ver cómo está el parque.*

*La luna, la dulce luna
tiñe de blanco los árboles,
y entre las ramas la fuente
alza su hilo de diamante.*

*Las estrellas en silencio
tiemblan; lejos, el paisaje
tiene luces melancólicas,
ladridos y largos ayes.*

*Otro reloj da la una.
Da miedo mirar el parque
lleno de almas, á la música
triste que viene en el aire.*



*Por el sendero se pierde
dando á la tarde su queja,
una carretilla vieja
cargada de hierba verde.*

*Y va dormida una niña
en la fresca hierba, cuna
que besa la dulce luna
en la paz de la campiña.*

*Las ruedas gimen, y al grito
quejumbroso de su llanto,
va naciendo un viejo canto
de mi corazón marchito.*

*Es la niña, es su tesoro
de sueño lo que conmueve,
es su carita de nieve
bajo los bucles de oro.*

*Es la dormida sonata
de una flauta lastimera,
es la brumosa ribera,
es el álamo de plata;*

*es la ermita pobre y bella,
es la majada vecina,
es la solitaria estrella
sobre la verde colina;*

*es el dulce valle umbrío,
es la luna opaca y rosa,
es la barca temblorosa,
es el remanso del río;*

*es la aldea, la campiña,
que han pasado por el alma,
el humo blanco, la calma
del corazón de la niña;*

*eso tan lleno de quejas
que se muere en nuestra vida,
esa fragancia perdida
allá entre las cosas viejas.*

*Va dormidita la niña...
Y desde el cielo la luna
dora la llorosa cuna
en la paz de la campiña.*



*Esta noche hay una brisa
perfumada de jazmines;
todo está lleno de flores,
¿por qué estaré yo tan triste!*

*Aunque he llorado ya tanto,
como nadie quiere oírme,
estoy solo, casi muerto
entre aroma de jazmines.*

*Yo no sé por qué mi cuerpo
no acaba ya de morirse;
¿para qué quiero la vida
si para nada me sirve?*

*Hay alguien, yo no sé dónde,
(le pido que no me olvide)
alguien que vive llorando
porque estoy enfermo y triste.*

*Y pienso esta tibia noche,
que yo debiera morirme
entre ese dulce recuerdo
y este aroma de jazmines.*



*Entre el velo de la lluvia
que pone gris el paisaje,
pasan las vacas, volviendo
de la dulzura del valle.*

*Las tristes esquilas suenan
alejadas y la tarde
va cayendo tristemente
sin estrellas ni cantares.*

*La campiña se ha quedado
fría y sola con sus árboles;
por las perdidas veredas
hoy no volverá ya nadie.*

*Voy á cerrar mi ventana,
porque si pierdo en el valle
mi corazón, quizás quiera
morirse con el paisaje.*



JACINTO BENAVENTE
TE ❖ LA NOCHE DEL
SABADO ❖ ❖ ❖ ❖

•• NOVELA ESCÉNICA, DIVIDIDA EN
CINCO CUADROS••ESTRENÓSE RECIENTE-
MENTE EN EL TEATRO ESPAÑOL ••

CUADRO QUINTO

JARDIN EN LA VILLA DE IMPERIA

DONINA, LEONARDO Y NUNÚ

LEONARDO.—No se trabaja más por hoy, Donina.

DONINA.—Si no me canso. Por mí no...

LEONARDO.—Ya lo sé, estás fuerte; ya no hay que temer por tu salud; no es la modelo, es el artista el que se cansa. Y ¿quién trabaja hoy? ¡Qué hermoso día! Si los hombres para nuestras pobres fiestas pedimos al cielo días como éste, hoy que la Naturaleza está de fiesta con mejor razón debe pedirnos que nuestros afanes no turben su divina calma. ¿Trabajar hoy? Ni con el pensamiento... Para gozar en días así de la vida, basta que vean los ojos, que la boca respire toda la luz del cielo y los olores todos del mar y de la tierra... ¿Estás triste, Donina? ¿Por qué estás siempre triste?

NUNÚ.—Tiene miedo á morirse.

LEONARDO.—No sabes que los médicos han dicho que

ya estás buena... ¿Y ahora que eres dichosa, piensas en morirte? ¿No eres muy dichosa, Donina?

DONINA.—Muy dichosa; por eso tengo miedo.

NUNÚ.—¿Se ve desde aquí el yate del príncipe Miguel?

LEONARDO.—Sí debe verse. Allí está. Llegó esta mañana.

DONINA.—¿Por qué vuelve el Príncipe? ¿No decían que iba á ser Emperador?

LEONARDO.—Nada sé, Donina. Nada debe importarnos. El Imperio de Suavia está muy lejos.

DONINA.—Demasiado cerca todavía.

NUNÚ.—¿Por qué no nos embarcamos como ayer? ¿Vamos á pasarnos aquí toda la tarde?

DOMINA.—¿Te aburres?

NUNÚ.—Yo, no; pero el aire del mar te conviene. No salimos nunca de aquí.

DONINA.—¡Es tan hermoso!

NUNÚ.—Sí, pero cansa... Está uno como preso...

NONINA.—¡Como preso!

LEONARDO (*bajo á Nunú*).—¿Qué mal finges, Nunú!

NUNÚ.—Es que no puedo más con esta vida.

ESCENA II

DICHOS.—IMPERIA.

IMPERIA.—Pronto ha terminado hoy el trabajo. ¿Es que no está buena Donina?

DONINA.—No, ha sido Leonardo.

LEONARDO.—Sí, yo, yo... siempre perezoso; falta muy poco para terminar.

DONINA.—¡Si vieras qué parecida estoy!

IMPERIA.—No quiero ver la obra hasta que esté terminada. ¿Se parece á mí cuando me conociste, cuando fuí tu modelo?...

LEONARDO.—No, Imperia; en las líneas hay algo, pero la expresión es otra; había más vida en ti... Donina no podría subir entre rocas y llegar á un trono.

IMPERIA.—¿Para qué? No, ahora copia fielmente su dul-

zura triste, copia nada más, no expreses idea alguna en tu obra. Mi estatua era para que todos la admirasen, para que triunfara eternamente... y esto es para mí, sólo para mí; sepa tu arte robar á la muerte cuanto pueda de esa vida que no podemos salvar de otro modo...

LEONARDO.—Dije que yo me cansaba, pero es que me asustó su palidez, su respirar fatigoso... ¡No hay remedio!

IMPERIA.—Se asegura que los que mueren así, nunca conocen que llega la muerte... Y Donina sólo habla de morir, lo conoce, lo espera...

LEONARDO.—No lo creas. Es malicia de enfermo, es el mismo temor á la muerte... Ella sabe que es síntoma funesto no saber que se muere, y finge saberlo para engañarse á sí misma... pero no lo cree... (*Se oye reir á Donina*).

IMPERIA.—¡Ríe! ¡Está alegre!... ¡Es dichosa! ¿Qué haces, Donina?

DONINA.—Coger flores, rosas, para ti. ¿No es tu flor preferida? Me reía porque Nunú me contaba una historia á propósito de las rosas... una historia desvergonzada... pero de mucha risa... como él las sabe... Es de las rosas del jardín de un convento: llega el diablo al convento y de cada rosal prende un diablillo color de rosa, tan de color de rosa, que más parecen angelitos... Las pobres monjas creen que están en pecado y por no escandalizar quieren ocultarlos en sus celdas; pero los pícaros diablillos se escapan, corren, brincan... hacen mil travesuras, cantan en el coro, bailan al son del órgano, voltean las campanas en el campanario... y al final... no, el final no lo cuento... Es de mucha risa, pero me da vergüenza... Cuéntalo tú, Nunú, para que se rían como yo me río...

NUNÚ.—¡Qué tontería! Ven á coger más rosas...

IMPERIA.—¡Ríe, ríe, Donina! ¡Ah, Leonardo! ¿Por qué perdemos nuestra vida en sueños ambiciosos? La verdadera vida es ésta, la que nace de nuestro amor en nuestras entrañas... ¡La risa de un hijo es la única razón verdadera que nos da la vida de lo que vale nuestra vida!

LEONARDO.—Entonces... ¿No irás á Suavia? El príncipe Miguel, que sólo ha vuelto por ti... marchará solo á regir el Imperio...

IMPERIA.—Afirma que si no vuelvo con él, no aceptará el imperio, que para siempre perderá en los mares su barco hacia un país ignorado, donde vivirá sin que nadie sepa de su existencia... Su espíritu indolente sólo hallaba energía en mí...

LEONARDO.—Y tú...

IMPERIA.—Mientras viva mi hija, mi vida está aquí.

LEONARDO.—¡Será por poco tiempo!

IMPERIA.—Nunca he deseado como ahora detener la vida... En un día como este, parece que no puede morirse nunca, que no podemos pasar por la vida como sombras para contemplar al paso la tierra, el mar y el cielo, que nos dicen á un tiempo su eternidad y nuestra muerte... ¡Sería una lucha cruel nuestra vida! No; algo inmortal hay en nosotros más eterno, más grande que ese mar y ese cielo...

LEONARDO.—Pero, ¿qué hay en nuestra vida que merezca ser inmortal? ¿Lo que fuimos, lo que aparentamos, ser, lo que se amó, lo que soñamos? ¿Dónde está nuestra vida verdadera?...

(Vuelven Donina y Nunú con un brazado de rosas.)

DONINA.—¡Mira qué hermosas rosas, de todos los colores!... Traelas aquí, Nunú... Las hemos cortado todas. ¿Qué importa? Mañana estarán otra vez cuajados de ellas los rosales.

IMPERIA.—No hay flores más hermosas.

LEONARDO.—Ni que más hablen de la vida. Todos los colores de la carne son sus colores: rojas como sangre, como labios encendidos, rosadas como carnes de niño, ambarinas con suave caricia de carmín como desnudos del Tiziano; éstas, opulentas de vida como diosas de Rubens; éstas exangües, pálidas como manos de virgen.

DONINA.—Y éstas amarillas como la cera, como los muertos.

LEONARDO.—Calla, Donina... No; todas viven, ninguna.

habla de muerte... Mira cómo viven... Así, vueltas, semejan mujercitas, como faldas las hojas de sus corolas... Mira ésta... parece una graciosa marquesa *Pompadour* con sus *paniers* de rosa, y el tallo, el talle esbelto, y estas dos verdes hojas á los lados, las mangas abullonadas. Algo le falta... verás: de un pétalo figuro una cabecita ligera sobre el cuello fino de mi marquesita; aquellos cuellos que se afinaban para la guillotina, como dijo el poeta... Esta parece una infanta de España con su pomposo guarda-infante... Y ésta de carmesí aterciopelado, triunfante *dogaresa* veneciana... ¿No es verdad que vueltas así las rosas parecen figurillas de mujer?

DONINA.—Es verdad... ¡Qué graciosas! Parecen mujercitas... Mira, Nunú. No mires, eres capaz de creer que son mujeres y enamorarte de ellas... Antes las deshojotodas... Toma, toma. (*Tirándole rosas.*)

NUNÚ.—¿Es batalla de flores?... Espera... (*Tirándole rosas también.*)

DONINA.—Espera... Ven... (*Salen corriendo y tirándose rosas.*)

IMPERIA.—No puede ser la muerte, Leonardo; es feliz mi Donina.

LEONARDO.—Mentirosa felicidad. ¿Tú sabes lo que te cuesta?

IMPERIA.—Sí... Donina no podía vivir sin él... á pesar de todo. Yo le obligué á venir; por miedo y por interés le tengo bien sujeto, condenado á fingir amor... El miserable quería huir, pero yo le amenacé con hacerle llevar á Suavia acusado de la muerte del príncipe Florencio... lo creyó... y qué importa que mienta, si mi Donina le ha perdonado y es dichosa creyéndose querida como nunca y muere feliz con su ilusión... Sin este engaño hubiera muerto desesperada con la tristeza del remordimiento y de la traición.

LEONARDO.—¿Y crees que Nunú sabrá fingir mucho tiempo?

IMPERIA.—No cuento con su virtud; cuento con su interés... Estoy aquí para obligarle...

LEONARDO.—El coche de la Condesa de Rinaldi se detiene á la entrada del jardín.

IMPERIA.—La traerá el deseo de saber si vuelvo á Suavia. Habrá visto el yate del Príncipe... dí que no estoy, despídela pronto... Me es odiosa esa mujer...

LEONARDO.—Odiosa, ¿por qué? Es otra sombra triste que pasa por la vida, eterna perseguidora de ideales... (*Sale Imperia*).

ESCENA III

LEONARDO Y LA CONDESA

CONDESA.—¡Leonardo!

LEONARDO.—Querida Condesa; ¿os han dicho que Imperia no se hallaba aquí?

CONDESA.—No he preguntado. Nadie me salió al paso. Estaba segura de encontrar á alguien. Desde que Imperia vive en familia... y vos sois de los más allegados...

LEONARDO.—Siempre como artista...

CONDESA.—Todo vuelve á su tiempo cuando no se fué para siempre... Pero tened cuidado, el Príncipe Miguel ha vuelto también... á pesar de todo...

LEONARDO.—¿A pesar de todo? Pensó volver siempre...

CONDESA.—Parecía que después del suicidio del Príncipe Florencio... suicidio, advertid cómo respeto la verdad oficial.

LEONARDO.—Es la única verdad, después de todo, de ella vivimos...

CONDESA.—Lo malo es que la gente se atiene más á la... mentira verosimil... Como nadie pudo explicarse el suicidio...

LEONARDO.—Preguntad al Signore...

CONDESA.—Por él no quedaría... Un crimen hubiera asustado á la clientela aristocrática que se deja aquí el dinero... Aquí, no puede nadie morir ni matarse sinó por algo agradable... Se muere uno de felicidad y se mata... por no hacer á nadie desgraciado. En fin, hemos convenido en creerlo todo... Son historias de la noche del Sábado, como la de Lady Seymour... ¿No sabéis?

LEONARDO.—¿También se ha suicidado?

CONDESA.—No; la he visto con un brazo en cabestrillo; una caída de automóvil... El año pasado fué un golpe en una ceja... caída de un caballo... Coinciden siempre estas caídas con un largo viaje de su marido, que dura dos ó tres meses... lo bastante para que se cicatricen las heridas...

LEONARDO.—Físicas y morales. ¿No es eso?

CONDESA.—Me atengo á la verdad oficial.

LEONARDO.—Nunca nos falta... Os hallo de muy buen color y de aspecto muy saludable... y de una austeridad en la toilette...

CONDESA.—El cambio de vida... La neurastenia se apoderaba de mí, pero el médico me impuso un régimen severísimo. Hay que sujetar esos nervios, me dijo; tened presente que la neurastenia ya no está de moda, el reinado de los nervios ha concluído, se inicia el renacimiento de la musculatura.

LEONARDO.—Seréis el Miguel Angel de ese renacimiento.

CONDESA.—Por fortuna, no me ha costado trabajo cambiar de vida. El cielo ha querido ponerme en camino de salvación.

LEONARDO.—¿ Sin elefantes?

CONDESA.—No recordéis esas locuras. Todo ha concluído. Figuráos que en uno de mis paseos higiénicos por los alrededores, llegué por casualidad á la puerta de un convento de franciscanos, se me ocurrió entrar; predicaba un fraile, pálido, de luengas barbas... ¡Qué sermón! ¡Cómo hablaba del amor á las criaturas y del amor divino!

LEONARDO.—De la primera parte hubiérais podido predicar con más conocimiento.

CONDESA.—No os burléis. Soy otra desde entonces. He vuelto á oírle todas las tardes. Es un San Francisco de Asis... He tomado á mí cargo reedificar el convento, pienso organizar una serie de fiestas.

LEONARDO.—¡Pobre santo! Las de San Antonio no fueron nada.

CONDESA.—No habléis así, ¡no le conocéis!

LEONARDO.—Pero os conozco.

CONDESA.—Acepto los juicios del mundo como una humillación merecida, aún quisiera que todos me juzgaran peor. Por realizar mi obra iré pidiendo de puerta en puerta. Cuento con Imperia y con vos. Me enviaréis alguna obra vuestra para la *kermesse* que organizo.

LEONARDO.—Con mucho gusto... algo alusivo. Una Magdalena; la queréis, antes ó después del arrepentimiento.

CONDESA.—Que no esté muy ligera de ropa.

LEONARDO.—Entonces antes; por el desierto ya sabéis cómo andaba, como andaréis vos dentro de poco... salvo el desierto.

ESCENA IV

DICHOS, DONINA y NUNÚ

DONINA.—(*Persiguiendo á Nunú*). No corras, no; dame esa carta, dame, ó...

NUMÚ.—(*Por la condesa*). ¡Calla! ¿No ves?... Siempre lo mismo.

DONINA.—Siempre lo mismo tú...

NUNÚ.—Que calles te digo.

CONDESA.—(*A Leonardo*). No busquéis una explicación... Son los protegidos de Imperia.: ¿Dafnis y Cloé? ¿Pablo y Virginia? Esta villa es el jardín del amor por lo que veo.

LEONARDO.—Del amor profano; no es para vos.

CONDESA.—Diréis á Imperia el objeto de mi visita.

LEONARDO.—Anunciaré vuestra conversión.

CONDESA.—Primeramente, después le decís que cuento con ella para...

LEONARDO.—Descuidad.

CONDESA.—Son interesantes estos enamorados. Son dos niños. El ¿qué edad tiene?

LEONARDO.—Muy buena edad, condesa. (*Salen la Condesa y Leonardo.*)

ESCENA VI

DONINA y NUNÚ

DONINA.—Dame esa carta, dame esa carta.

NUNÚ.—Eso es; grita, llora, patalea como siempre, que se enteren todos, que tenga yo la culpa si te pones peor. ¿No te digo que es para Tommy? ¿No lo ves? ¿Qué quieres que le diga?

DONINA.—Para Tommy... el sobre; pero dentro puede ir otra carta, puede ser convenido... Si no tuviera nada de particular la hubieras escrito sin ocultarte; me lo hubieras dicho. ¿No puedo yo saber lo que escribes á Tommy?

NUNÚ.—Merecías saberlo.

DONINA.—Pues lo sabré, la carta.

NUNÚ.—Suelta, suelta.

DONINA.—¡Ay! No puedo... ¡Dios mio! Me ahoga...

NUNÚ.—¿Lo ves?

DONINA.—¡Dios mío!

ESCENA VI

DICHOS Y LEONARDO

LEONARDO.—¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Donina?

DONINA.—Nada, nada...

NUNÚ.—Está loca. Se empeñó en leer una carta que he escrito á un amigo. No puede uno vivir... Y creen que le pagan á uno porque nada le falta... Si no fuera...

DONINA.—¿Que te pagan?... Si no fuera... ¿qué quieres decir?

LEONARDO.—¡Nunú!... ¿Por qué atormentas á Donina?

DONINA.—No gozó nunca de otro modo; cuando he dado mi vida y mi alma por él... porque por él me muerro y por él... he matado, para que mi alma se condene...

LEONARDO.—¡Donina! ¿Qué has hecho, miserable? ¡Tanto te costaba esperar!

NUNÚ.—¡Esperar! Ya he esperado bastante... No puedo

más. ¡Basta de esclavitud! ¿Quiéres leer la carta? ¿Quiéres saber lo que escribo á mi amigo?... Lee... Lee...

DONINA (*cogiendo la carta*).—¡Ah!

NUNÚ.—Yo no tengo la culpa...

LEONARDO.—¿Qué dice esa carta?

DONINA (*cayendo desplomada*)..—¡Jesús!

LEONARDO.—¿Qué has hecho?... ¡Donina! ¡Donina!

NUNÚ.—Yo no tengo la culpa...

ESCENA VII

DICHOS.—IMPERIA.

LEONARDO.—¡Imperia..., Donina se muere!...

IMPERIA.—¡Mi hija! ¡Donina!

DONINA.—Dejadme, dejadme... ¡Quiero morirme sola; todo mentira!

IMPERIA.—¿Qué ha sucedido? Esta carta... ¿Qué dice esta carta?

DONINA.—Dejadme, dejadme...

IMPERIA.—¡Ah... miserable! ¡Has matado á mi hija... has matado á mi hija!..

NUNÚ.—Yo no tengo la culpa... Ella lo ha querido... Bastante he soportado. Quiero mi libertad...

IMPERIA.—¡Tu libertad! ¿Olvidas que estás en mi poder?... ¡Miserable, miserable! Yo creí que bastaba poner buen precio á tu alma para hacer de ella lo que se quisiera... bueno ó malo... pero no era la vida que tú llevabas lo que te hacía ser malo, era tu corazón perverso, tu alma hermana de la del Príncipe Florencio... alma de infierno como la suya, incapaces de amor y de piedad...

DONINA.—Dejadle ir, dejadle ir. ¿Por qué le obligaste á mentirme? ¿Por qué mentiste tú también? Eres libre, Nunú... yo te perdono... No tendrás que esperar mi muerte con impaciencia para cobrar tu engaño... No le niegues nada. Fingió bastante... Ya sé la verdad... que me muero... es la única verdad que le debo...

IMPERIA.—Esa carta... La escribiste para que llegara á sus manos, estoy segura... Sabes asesinar á mansalva.

NUNÚ.—No es verdad... Fué ella...

IMPERIA.—Vete, sal de aquí, no des tiempo á que Donina no pueda pedirme tu perdón. Sal de aquí, pronto.

NUNÚ.—¿Así?...

LEONARDO.—Descuida. Se te pagará...

(Salen Nunú y Leonardo).

DONINA.—¿Por qué has mentido? Si todo lo que era mi vida era mentira, ¿cómo puedo vivir?

IMPERIA.—¡Donina!

DONINA.—Y para ti también es un estorbo mi vida... Te esperan allí... El príncipe de ese imperio de maldición, de ese imperio de hielo... Allí está el barco blanco con sus hombres pálidos, el que ha de llevarte á ese imperio que ambicionas...

IMPERIA.—No, no, Donina. Aquí siempre, aquí contigo... Verás alejarse ese barco como un fantasma blanco y yo siempre contigo, siempre... La verdad de nuestro cariño será la única verdad de nuestra vida... Contigo siempre, siempre.

DONINA.—Esperando mi muerte... Como él la esperaba.

IMPERIA.—No, Donina, tu vida... que es mi vida...

DONINA.—Antes que el barco como un fantasma blanco me iré yo para siempre, sin sentir... como una sombra que pasó por tu vida...

IMPERIA.—No, mi Donina, hija de mis entrañas... del único amor de mi vida... Como sombras puede pasar por nuestra vida todo... todo... sólo queda lo que vivió en el corazón...

ESCENA VIII

DICHOS, LEONARDO Y EL PRÍNCIPE MIGUEL.

LEONARDO.—Imperia. El príncipe...

IMPERIA.—¡Ah! ¿Por qué vienes?

P. MIGUEL.—Nada contestaste... Esperé todo el día...

DONINA.—Viene por tí...

IMPERIA.—No iré.

DONINA.—Sé la verdad. Te juro que me mataré si por

mentir todavía eres más cruel quedándote aquí á esperar mi muerte...

IMPERIA.—¿Qué dices?

DONINA.—Dime que no esperarás, que hoy mismo... Juro que me mataré... antes que ser un estorbo en tu vida... ¿Irás?

IMPERIA.—Iré... Hoy mismo... Ahora déjame... Leonardo, acompaña á Donina...

LEONARDO.—¡Donina!

DONINA.—No, no es nada... ya estoy tranquila, ya sé qué es la muerte...

(Salen Leonardo y Donina)

ESCENA IX

IMPERIA Y EL PRÍNCIPE MIGUEL

P. MIGUEL.—¿Vendrás?

IMPERIA.—Iré...

P. MIGUEL.—Sin tí no hubiera vuelto nunca.

IMPERIA.—¿Hubieras renunciado al imperio?

P. MIGUEL.—Seguramente... Si ya es difícil conseguir para uno mismo una amable tranquilidad... piensa lo que será para un imperio... millones de seres humanos que pretenden ser dichosos y esperan su felicidad de nuestras sabias leyes...

IMPERIA.—No hables así. ¡Qué cobardía! ¡Renunciar á un derecho divino! Los millones de seres humanos de tu imperio no lograrán por tí su felicidad... Ni á los que están más cerca de nuestro corazón podemos hacer felices... La muerte y el dolor son invencibles, pero el esfuerzo sólo por vencerlo ya nos iguala á Dios... Tú nada sabes de la vida, ni el bien ni el mal tienen sentido claro para tí... Para mí, sí... yo he luchado en mi vida como puede lucharse en muchas vidas. La miseria, la vergüenza, el odio, crueldades, injusticias... todo lo he padecido... por eso puedo decirte: haz obra de amor y de justicia y tu imperio será glorioso entre todos...

ESCENA X

DICHOS Y LEONARDO.

LEONARDO.—Donina duerme; gracias á un calmante pude asegurar que durmiera... Si has de partir, mejor es ahora; la despedida sería muy triste... Yo quedo aquí á su lado...

IMPERIA.—¿Qué dices? ¿Marcharme? ¡No, no!

P. MIGUEL.—Tráela contigo...

IMPERIA.—Sería matarla... ¡No, no!

LEONARDO.—Si su muerte es inevitable...

IMPERIA.—Aún vive... ¿No? Aquí, con ella... ¿No puedes esperar? ¡Oh! Eso es horrible... Esperar...

LEONARDO.—Alteza... Dejádla ahora... Os aseguro que irá...

P. MIGUEL.—Imperia... Si no vienes antes de anoche-
cer, mi barco partirá sin mí llevando mi abdicación... Yo
volveré aquí á tu lado, á nuestra vida... Y el imperio de
Suavia se habrá perdido para tí como un sueño.

(Sale el príncipe).

IMPERIA.—¡Leonardo! ¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Impe-
rial! ¡Tu idea! Dame tu voluntad... ¿Qué debo hacer?

LEONARDO.—Tu vida es tuya, tu voluntad es tuya...
¿No sabes dónde está tu vida?

IMPERIA.—Sí, mi vida es tu idea... Mi sueño... Iré, iré...
Pero mi hija... ¿Dices que duerme?... Quiero verla...

LEONARDO.—Te faltará valor...

IMPERIA.—No... quiero verla, quiero verla.

LEONARDO.—No te irás si la ves... ¡Imperial! No irás,
no irás... *(Entra Imperia, Leonardo escucha, y á poco vuel-
ve Imperia...)* ¡Imperial!

IMPERIA.—¡Duerme!... Besé su frente y no se ha des-
pertado...

LEONARDO.—¿Besaste su frente?

IMPERIA.—Debo partir... ¿Verdad, Leonardo?

LEONARDO.—Sí... Triunfa Imperia... es la idea que
triunfa... pero antes.. dime... quiero saberlo... ¿Cuándo
besaste á tu hija?...

IMPERIA.—¿Qué quieres saber?...

LEONARDO.—¿Su frente estaba fría?

IMPERIA.—Sí... quieres saberlo... Está muerta... Y no me detiene su muerte... ¿Te espanta?

LEONARDO.—Tu alma es grande... Me espantas y te admiro...

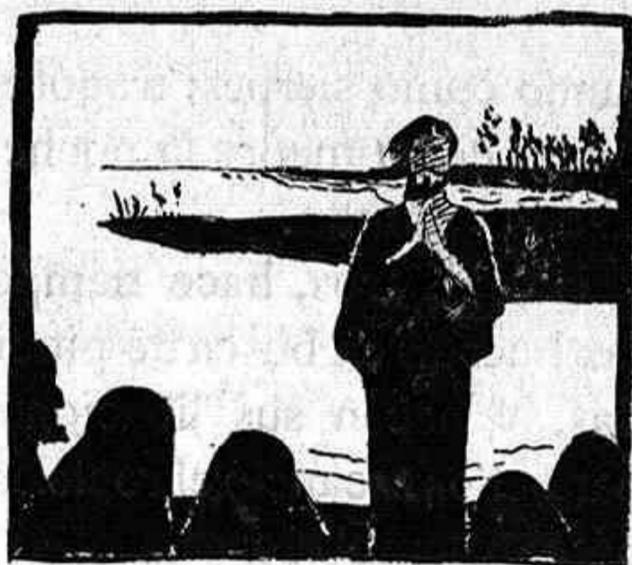
IMPERIA.—Para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad, apartar sus fantasmas que nos cierran el paso... seguir como única realidad el camino de nuestros sueños, hacia lo ideal donde vuelan las almas en su noche del sábado... unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor... ¡Adiós, Leonardo!

LEONARDO.—¡Adiós, Imperia!

IMPERIA.—Es el beso del alma que me diste, grande como tu idea...

TELÓN





❖ G. MARTINEZ SIE-
RRA ❖ PEREGRINO
❖ POEMA EN PROSA

Yo vi aquella mañana cómo se alzó la niebla cuando vino el sol. Perezosa iba arrancándose del suelo y subiendo al espacio, que en el espacio, destructora de toda opacidad, esperaba la luz.

Al subir, dejaba jirones en la tierra, prendía colgantes en las frondas como si hiciesen trizas su manto húmedo, piedras y ramas.

El valle ofrendaba á lo alto su incienso matutino.

Despejado el aire, llegó el vencedor. Vino asae-teando con saetas de luz. Clavóse la primera, y quedó retemblante en el picacho de aquel cerro color de amatista; resbaló la segunda veleta abajo, camino de la casa de Dios. Desparramóse luego la refulgente saetería, y encendió un luminar en cada techo; el caserío se fué bañando en sol; la luz iba cayendo, las sombras se hundían rep-

tando como sierpes; tragólas la tierra y fueron en busca de su madre la noche, que dormía del lado allá del mundo.

Los pájaros, hace tiempo despiertos, vánse á las huertas en busca de pitanza; golosean las guindas, y hacen sus libaciones con las aguas que para ellos escanció el rocío en las hojas de coles—páteras tembladoras...

...Y dice el paisaje en la hora fresca del amanecer:

—Hijos de los hombres, ved que sobre las cimas del alma está cayendo luz. Abrid el corazón, porque llegó la hora matutina. Surgid en gozo, y haced como los pájaros; en los huertos esperan las mieles del fruto y los frescores del rocío.

—En los huertos cerrados—dicen los hombres.

—¿No tenéis alas?—replica la luz.

Yo vi aquel amanecer á un peregrino. Dormía envuelto en la niebla, pero venida la hora de la luz, despertando, enderezó su ruta. Tenía la parada vestimenta empapada en rocío, y el sol saliente la consteló de pedrería... Ha dicho su oración, y camina; cruza los huertos, y sigue caminando; llegado al río, bebe como los fuertes, haciendo del hueco de sus manos copa, y torna á caminar.



A mediodía, el cielo es hoguera y la tierra espejo. Los árboles plantados á orillas del camino real se retuestan al sol, quietos, tristonos, empolvados. En la cuneta proyectan sus sombras encogidas; parece como si temiesen adelantar un

paso en el polvo calenturiento. A derecha é izquierda, las ondulaciones de la mies fingen un mar de olas amarillas, y susurran canciones soñolientas, cuyos temas suaves repiten las cigarras en tono sobreagudo. Las amapolas, caídos los pétalos, yerguen sobre el ovario los estambres negros, como rayos de sombra que retasen con la trágica audacia de lo infinitamente pequeño á los rayos del sol.

Y dice el paisaje en la hora nupcial de mediodía:

—Hijos de los hombres: ved que sobre la vida, inmensa planicie de mies susurrante, está cayendo el sol: dorad vuestras espigas; apresuraos, que vendrá la noche.

—La sed nos ahoga, el sol nos ciega—dicen los hombres;—déjanos reposar en la cumbre.

—Las espigas que á la sombra durmieron, morirán de tedio, y dentro de sus granos no habrá pan,—dice el mediodía.

...El peregrino sigue caminando carretera adelante; sus sandalias levantan nubes de polvo, pero el aire encalmado no quiere darles alas, y vuelven á caer como se alzaron, sin llegar á la frente del hombre. La sombra del peregrino se encoge á su lado; contrahace su cuerpo, su lento caminar, su luenga vestidura. El no la ve porque sus ojos, siervos de su alma, van mirando camino allá, muy lejos, donde no pueden ver, sino ensoñar.

Las espigas le gritan:—Estás hambriento; somos el pan... El peregrino vuelve el rostro hacia ellas, las bendice, y sigue caminando...



Cuando el día se muere, el aire viste luto color de violeta y le lleva una hora. Es la hora del atardecer; tiene el silencio en ella tal soberanía que ningún ruido acierta á conmoverla. Por eso al caer la tarde gritan los niños, cantan los mozos que tornan del trabajo, tañen las campanas, balan los rebaños que vuelven al redil, pían los pájaros que huyen en bandadas... ¡y se oye el silencio! El paisaje va empalideciendo, como enamorada que llora ausencias. ¿No veis cómo á la luz le nacen alas para volver al cielo?

Ya se arrancó de la cumbre color de amatista aquella saeta, primera de la aurora que la llagó retemblando. Aparece una estrella.

...Y dice el paisaje, mientras plañe la muerte del día:

—Hijos de los hombres: ved que ha llegado para el alma la hora de paz. Imitadores del crepúsculo, tended una caricia de silencio sobre toda miseria, y velad con piedades de sombra toda iniquidad. Sembrad perdones como siembra estrellas la voluntad de Dios.

—Perdonaremos y se alzarán contra nosotros, dicen los hombres; sembraremos semilla de paz y nacerán abrojos...

—Siembra el crepúsculo semilla de sombras y nace el día,—dice la tierra.

Ya llega el peregrino: viene por el atajo. La fatiga se afirma en sus hombros como cruz, y acorta su andar. Frontero á la ermita, el toque

de oración le saluda. Inclina la frente y dobla la rodilla.

—¡Santa Madre de Dios!

Entra en la aldea cuando ya las puertas se van cerrando.

Llama en aquella que tiene una cruz sobre el dintel, y no le oyen; llama en aquella otra que se cobija con doseles de pámpanos, y no responden; llama en otra y en otra...



A paso de lobo llegó la noche. Muy de callada, con lenta priesa, fué desplegando sus alas tenebrosas, consteladas de mundos. Un susurro, aleteo de aquellas plumas de tiniebla, extremece el aire y hace temblar la luz de los luceros. La luna, en menguante, perfila con perfiles agudos su disco de sombra, y va caminando pausada y melancólica, como quien sabe que nunca ha de llegar.

La tierra duerme, la aldea duerme, y sobre las moradas silenciosas, vagan los destinos: los perros vigilantes, sintiéndolos vagar, aullan, porque los juzgan con razón enemigos.

Las voces humildes, las que callan de día, riman en el silencio sus rapsodias. La vida se mueve muy despacio, con sigilo de madre que teme despertar á sus hijos.

Y dice la noche:

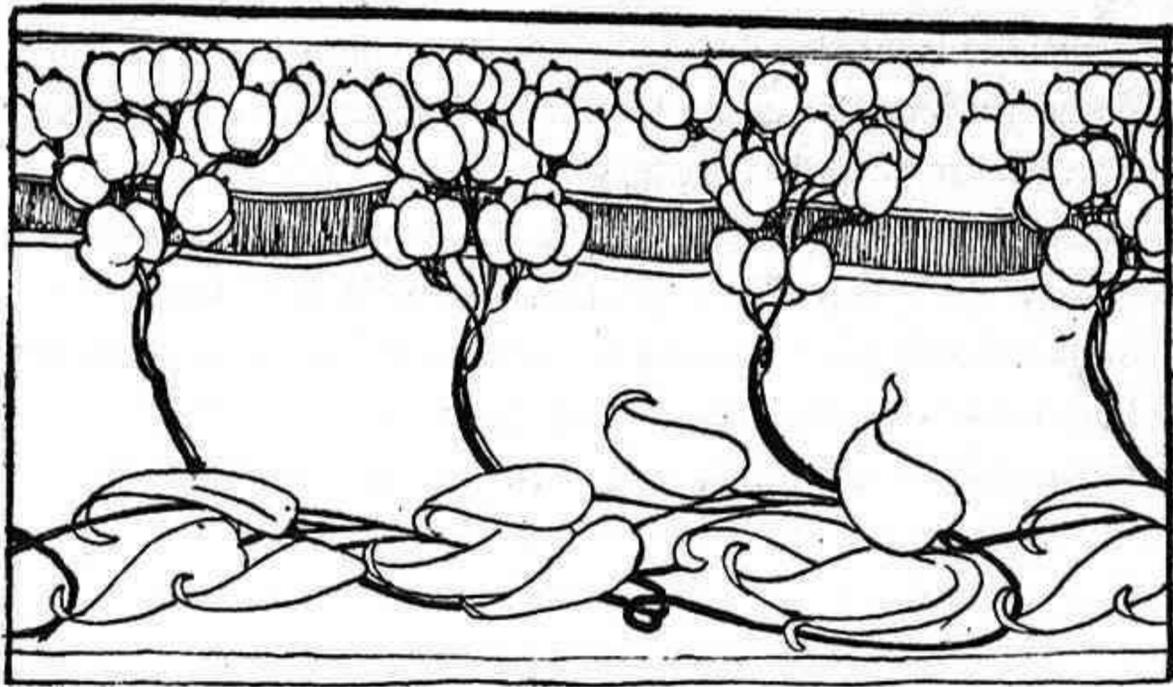
—Hijos de los hombres: ved que llegó la hora del reposo. Apagad vuestra lámpara, cubrid vuestro fuego y bendecid á Dios.

—No queremos reposo—dicen los hombres.—
Placer, amor, dolor cantan y gimen cabe el ho-
gar... No queremos reposo.

—Dormid—dice la noche,—guardad silencio;
no sea que, pasando, la muerte os oiga y llame.

Sobre la ermita cae un rayo de luna. El pere-
grino, echado en el umbral, duerme bajo las alas
del que es Eterno.





EMILIO SALA ∞ ORI- GENES DEL COLOR (1)



TRES colores únicos, son el génesis de las coloraciones que pueblan el mundo.

Azul, amarillo y carmín.

Cuando estos tres colores se unen formando una tinta común, el color desaparece y sólo un tono neutral se presenta á nuestra vista: negro, si los tres colores son muy oscuros, gris (más ó menos claro), según la luminosidad de éstos, ó blanco y luz si los colores proceden de la luz descompuesta.

Pero si unidos los tres, no obtenemos color alguno, unidos binariamente, conseguimos tres combinaciones y por tanto, tres colores más: el verde, el rojo-naranja y el violeta, que suman con los tres primeros ó simples, una lista

(1) Este es el primero de una serie de artículos que sobre el mismo tema publicará en esta Revista Emilio Sala. Nadie tan autorizado como él para tratar del color, que con tan hábil maestría maneja.

de seis colores, los únicos que existen, para clasificación y como fuente ó base de las múltiples variedades que puedan existir en la Naturaleza.

Conocidos estos seis colores en su verdadero punto de coloración y saturación propia, según la descomposición de la luz nos los presenta por medio del prisma, el artista busca sus similares en la química y con ellos hace combinaciones y estudios, hasta remedar en cuanto le es posible, las sensaciones visuales que experimenta.

A pesar de que las experiencias de mezclar colores del espectro y mezclar colorantes químicos no den iguales resultados, supuesto que unos son materia viva y los otros materia muerta, para conocer el estudio de la coloración, precisa buscar las causas y sus orígenes en la luz misma.

Empecemos, pues, desde su nacimiento.

Sabido es que el movimiento engendra el calor, y que si en plena obscuridad, donde el sentido de la vista permanece ocioso, se frotan entre sí dos cuerpos, uno comburente y otro combustible, después de elevarse la temperatura de éstos, acabará por producirse el fuego; al aparecer éste, nuestros ojos verán una luminosidad monocromática que, para el artista, es la primera coloración desde el punto de vista de orden en la Naturaleza.

Mas si soplamos esta brasa tal que se levante la llama, la luz se hará, se alumbrarán los objetos que la rodean, y á más de verlos con su color propio, la lengua misma de fuego se mostrará á nosotros como un espectro con coloraciones moduladas que acusan, aunque en modo algo velado, un primer índice de la coloración.

Azul más ó menos violáceo en su base, blanco más ó menos amarillento en el centro y naranjado sucio obscuro en el final ó parte superior de la llama; casi un espectro solar, sin llegar á él todavía. Sólo el espectro prismático formando lazo de unión, nos servirá de puente y hará más comprensible nuestra exageración.

La aberración cromática con que todo cristal prismático altera los contrastes luminosos que á través de él ob-

servemos, es el punto de partida. Contemplemos á través de él una habitación que, como el estudio de un pintor, esté muy alumbrada y llena de objetos varios, y al fijarnos en todos ellos notaremos que aparecen á nuestra vista orlados de matices diferentes, poblándose el campo de observación, entre los colores propios de las cosas y los prestados por el prisma, de una múltiple variedad kaleidoscópica que formarán la sinfonía de color japonesa más hermosa que imaginarse pueda.

Esto no obstante, tanto encanto y tal riqueza de colores responden á una ley sencillísima.

De igual modo que antes, á través del prisma contemplemos la ventana por donde penetra la luz; y sólo dos líneas de las cuatro que forman el cuadrado de ella, aparecerán alteradas por la aberración cromática del cristal; las líneas horizontales, la superior, por una banda roja que principia en la obscuridad del margen y que se transforma en amarilla para dejar paso á la luz de la ventana, y la inferior que principiando en azul junto á la luz se trasforma en violácea al fundirse en la penumbra.

Si por igual procedimiento contemplamos un agujero de forma oval prolongado por alto, al irisarse sus extremos tendremos, aunque un poco exagerada, la imagen de la llama de que antes hablábamos.

Nos faltará, sin embargo, un color, para tener el espectro perfecto: obsérvese una abertura en sentido horizontal, de tal modo ancha, que al llenarse ésta de las dos bandas irisadas, no den paso á la luz blanca, y al unirse el amarillo de arriba con el azul de abajo, su fusión, al dar origen á un nuevo color (el verde), sobre formar el verdadero espectro prismático, nos dará la misma idea del espectro solar, salvo la diferencia que existe, por el modo de evocarlos, pues el uno, producido por contrastes de intensidad luminosa, es obscuro en los extremos, y los del otro, que es el solar, por el contrario, son luminosos, pero en cuanto á coloración son idénticos. Cinco colores preciosísimos como saturación é intensidad. Rojo, amarillo, verde, azul y violeta.

Sólo falta un color, y de los más interesantes, para la lista de los seis de que hemos hablado; el carmín ó púrpura, el mismo que tampoco parece en el espectro solar, porque al dispersarse la luz para formar el espectro, lo hace precisamente partiendo éste en dos mitades: sólo cuando se hacen coincidir los extremos de dos espectros solares, puede vérsese con su coloración pura: en cuanto al prismático, cuando en el centro de una ventana se coloca una varilla horizontal, el violeta se une con el rojo y se produce también, aunque de modo más imperfecto, pues ya se habló antes de la desventaja que existe en el modo de provocar el espectro por contraste. (1)

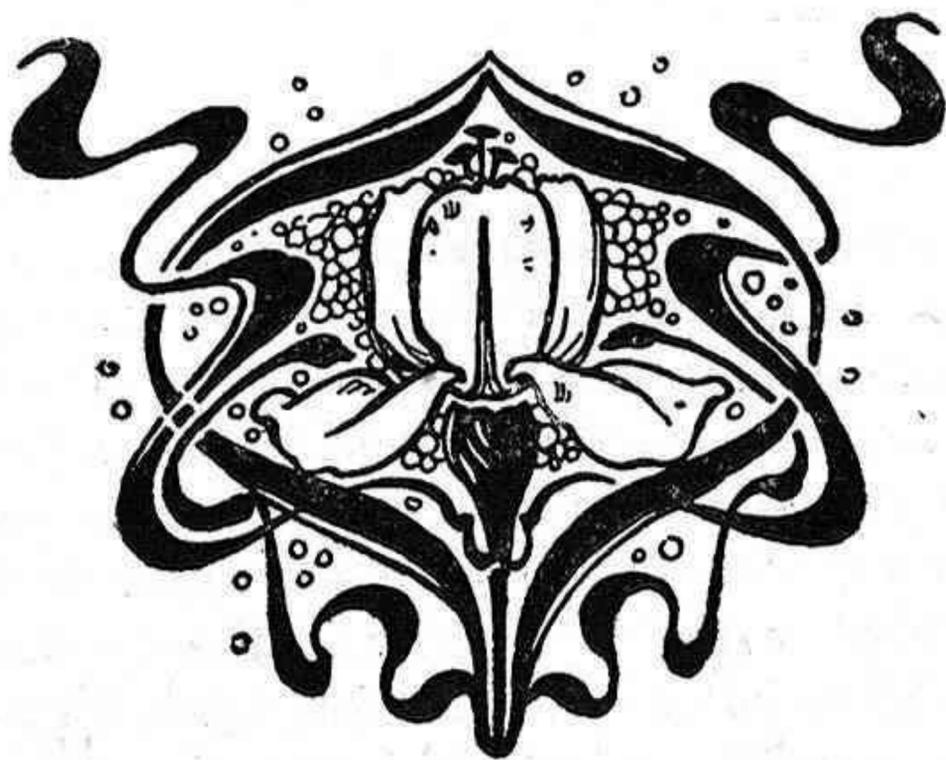
De cuanto llevamos dicho, se deduce que la luz es una unidad que al irradiar produce en su dispersión los colores; que éstos no son más que seis, de los cuales tres son los fundamentales y padres de los otros, y tres, que llamaremos binarios ó compuestos: el orden de colocación que ocupan en el espectro, es el que debe siempre tenerse en cuenta al hablar de ellos, por la relación de vecindad que cada uno tiene.

Ahora bien; imaginemos, como si fuera posible, que un espectro solar, filtrándose en un cuerpo sólido, le tiñese por completo, hasta su interior, con sus colores intensos y pudiéramos partirle en secciones verticales para obtener placas de cada modulación de los colores; cada una de ellas parecería de un *timbre* diferente, dentro de la familia á que pertenece: quiere decir esto, que la variedad de amarillos que dentro de la banda amarilla existen, no pueden remedarse con sólo un amarillo por hermoso que sea, de los que la química nos suministra, sino que para cada placa necesitaríamos seguramente un color distinto; y así sucesivamente con los demás; por donde empezamos á encontrarnos con las primeras dificultades que existen, en relacionar la luz viva con las coloraciones de la química, si bien, como veremos más adelante, no son tan graves como á primera vista parecen.

(1) Al hablar de los complementarios, volveremos sobre este asunto...

En suma, no existen más colores clasificables como puros, que los comprendidos en el espectro: un color no puede hacer más evolución ó modificación sin perder su nombre de clasificación que acercarse á sus vecinos ó á buscar el otro color que queda (del cual no tiene aquél parte alguna, y recorrerá con esto el único camino que le queda hacia la neutralidad.

Nos explicaremos mejor: un amarillo tiene por vecinos el rojo naranjado y el verde, ese es todo el camino que puede recorrer sin dejar de ser amarillo; el único que le queda que conduce á la neutralidad es el del color compuesto de azul y carmín ó sea el violeta, el cual no tiene parte alguna en su formación, pues cualquiera de estos solos, no sirven, porque el uno intervino en el verde y el otro en el naranjado.





❧ PEDRO GONZALEZ
BLANCO ❧ ¡MARGA-
RITAS AD.....! ❧ ❧ ❧

COMENZABAN á entrar por los cristales empujados de las ventanas las primeras sombras de la tarde, cuando D. Policarpo Gutiérrez Enterríos penetró por primera vez en el aula núm. 12, del Colegio de segunda enseñanza de Santa María de Llanada, donde había de envejecer enseñando latín á dos docenas de muchachos. Era aquel señor Gutiérrez un tipejo ridículo, embutido siempre en su levita de corte eclesiástico, por cima de la que asomaban una nariz roja y puntiaguda y un cráneo calvo y brillante. Además, y para colmo de lacerías, faltábale un ojo. El que un profesor sea tuerto, autoriza á los discípulos para cuchicheos bastante deleznable. Por eso aquella misma tarde el apodo de Polifemo, que saliera no se

sabe de dónde, recorrió en un segundo el aula, mientras una veintena de cabezas ocultas por los diccionarios reían con risas frescas y cascabele- ras que iban á restallar en las oscuras vigas del techo como un eco jacarero y burlón. Ante tan ostensible manifestación de indisciplina, irguióse D. Policarpo tras el pupitre, y con una voz seca, tonante é imperiosa, dijo:

—Los ocho alumnos del último banco no saldrán el domingo de paseo...

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos miraron hacia el pupitre desde donde don Policarpo fulminara su cólera, con una expresión que comunmente suele emplearse en el cuarto acto de todos los dramas...



Tenía aquel diablo de hombre, á pesar de su ruín personucha, en el gesto, en la voz, en la mirada, un algo inexplicable de dominador. A los ocho días había amansado una de las clases más indómitas del colegio. Era un excelente funcionario, invariablemente vestido de negro, celoso y puntual como nadie y con una arrogancia ante sus discípulos, que contrastaba no poco con la humildad que guardaba para los superiores.

Llevaba diez años en Llanada cuando fué nombrado profesor auxiliar del Instituto provincial. Compró, antes de posesionarse del nuevo cargo, con el secreto que suelen comprarse esas cosas, una peluca y un ojo de cristal, adquisición con la que contaba aplacar la malicia burlona de sus nuevos discípulos. El ojo de cristal disimulaba bastante la falta del que por clasificación le hu-

biese correspondido, á no ser D. Policarpo el más desdichado de los mortales; pero la peluca, ¡la pícara peluca! no se adhería lo suficiente al cráneo de suerte que un día al entrar en clase quitósele con el sombrero, desventura que le valió el sobrenombre de Absalón.

A partir de aquel hecho, memorable en los anales del Instituto de Llanada, se agrió el carácter del Sr. Gutiérrez día por día, hasta hacerse insufrible. Variaba en la clase de castigos con una feroz ingeniosidad y se jactaba de ser el único fiel «al antiguo régimen de corrección, desterrado de los establecimientos docentes, por fútiles y sensibleras razones.» *Las Georgicas* y *La Eneida* eran los instrumentos de que se valía D. Policarpo para torturar á sus discípulos. ¡Oh, el amor que sentía el Sr. Gutiérrez por el Cisne de Mantua, era ilimitado! En el Instituto de Llanada se conocía, traducía y comentaba á Virgilio como si en él estuviese vinculada la ciencia divina y humana.

Creía el bueno de D. Policarpo haber descubierto una multitud de hemistiquios que por sabia combinación de sonidos imitaban el galopar de los caballos, el silbido de las serpientes, el mugir de los bueyes, el zumbido de las abejas, los gritos de todas las bestias de la creación y demostraba su descubrimiento silbando, mugiendo, zumbando y ladrando del modo más extraño, so pretesto de medir como convenía los versos del lírico latino. Estos efectos de onomatopeya obligaba á repetirlos en la clase, y cuando algún alumno se mostraba insensible á la belleza de aquel procedimiento literario ó parecía dudar de que el Cisne de Mantua hubiese hecho tantas onomatopeyas

como se le atribuían, Absalón dejaba caer desde lo alto de su pupitre un enérgico ¡*Margaritas...*! y en esta exclamación ponía él todo el desprecio que sentía por aquellos atrasados discípulos en particular y por la humanidad en general...



Vivían en la misma villa dos hermanas, doña Agata y doña Dorotea. Doña Agata era alta y delgada. Doña Dorotea baja y regordeta. Las dos tenían el semblante arrugadizo y frescote de las manzanas maduras en los hórreos. Como buenas románticas se amaban tiernamente, y si alguna vez reñían, todo quedaba reducido á echarse en cara doña Dorotea á doña Agata su amor hacia los lazos verdes y hacia las novelas de Pérez Escrich, y doña Agata á doña Dorotea su predilección por los adornos color rosa y por los novelones de ese «judiazo de Sué».

La casa que habitaban en la calle de la Baragaña, era un vil remedo del jardín zoológico que los de Llanada mostraban á cuantos tenían la desdicha de arribar á la ciudad voluntaria ó forzosamente. En vitrinas y armarios había disecadas luengas generaciones de canarios y jilgueros con una etiqueta en que se leía el nombre y la fecha de su muerte. Rodaba también por la casa un perrito blanco y peludo llamado *Bebé*, tan gordo que tocaba con su vientre en el suelo y no podía andar sino apartando las patas para sostener el peso de su cuerpo. Este animal informe ladraba, con un ladrido asmático, siempre que oía las campanas de la iglesia vecina, y no convencían á las solteronas las razones del párroco,

que aseguraba no haber nada de diabólico en aquella arraigada costumbre de *Bebé*.

Además del perrito, eran huéspedes habituales del salón, el loro Justiniano, á quien doña Doro-tea colmaba de distinciones y el gato de Angora, Belisario, favorito de doña Agata. Hasta media docena de galápagos se arrastraban por los senderos del jardín; un pez rojo, llamado Ernesto, vegetaba bien á su pesar en una palangana de latón, y habían intentado educar unas ratas blancas que desaparecieron un día sin que Belisario diera nunca explicaciones categóricas sobre la intervención que tuviese en el asunto. Como los animales no fueran bastante á sacudirles del apoltronamiento y de la ociosidad, dedicábanse las dos hermanas al cuidado de las plantas. Pasaban la mitad de la mañana lavando hojas, enderezando tallos, preparando el abono y ¡por qué no decirlo! hablándoles con diminutivos tan tiernos que bastarían á desarrugar el ceño á cuantas mimosas sensitivas haya en el planeta.

—¿Quién va á beber hoy el agua fresquita? ¿Los geráneos ó la hierba-luisa? Y aquellas criaturas que lloraban ante un anca de pollo convenientemente preparada, amaban con un inagotable amor á los geráneos, á *Bebé*, á la hierba-luisa, á Belisario, á los galápagos, á Justiniano, al pez rojo, á todo vegetal ó animal de exiguas dimensiones. Su corazón era otra nueva arca de Noé...



En esta extraña casa fué presentado D. Policarpo por un su discípulo, sobrino de las solte-

ronas. Recibiéronle con esa deferencia empalagosa que se usa en provincias para todo funcionario del Estado. El aspecto dominador del Sr. Gutiérrez, su tono, primero meloso, seco cuando conoció que haría negocio con aquellas humildes é inofensivas naturalezas, no sé qué de autoritario que un despotismo impunemente ejercido durante mucho tiempo daba á su persona, cautivaron á las pudibundas doña Agata y doña Dorotea, que tanto tiempo suspiraban por «la sombra de un hombre».

A partir de aquel día fué D. Policarpo el íntimo de la casa, y en las veladas de invierno, sentado en un magnífico sillón de gutapercha, entre un beneficiado de la catedral y un escribano sordo, que sufrían también el ascendiente de aquel hombrecillo narigudo, voceaba la supremacía de la literatura «sobre toda otra ciencia, siquiera fuesen las experimentales y metafísicas.» Así que á los pocos días de hablar de estos asuntos, propuso dedicar cotidianamente dos horas á la lectura de «prosistas y poetas» que él se encargaba de escoger y comentar, único medio de que disponía para dar publicidad á su método de lectura, cuyo principal secreto estaba en hacer vibrar las erres, «vibración vigorosa que conviene practicar á cuantos crean en la regeneración de España por medio de la pronunciación.» Leyó de este modo las obras de Chateaubriand, y al terminar «El último de los Abencerrajes», doña Dorotea manifestó á su hermana que amaba á D. Policarpo «con un amor puro y desinteresado». Doña Agata calló, pues su amor á Belisario hacía tres meses que disminuñera notablemente por idéntico motivo. ¡Ah, y el amor que doña Agata sentía hacia

D. Policarpo, no dudéis que era mucho más vivo que el que Atalá sintió por Chactas!



Guardó doña Agata heroicamente su secreto para no ser obstáculo á la felicidad de su hermana, á quien dos meses después conducía D. Policarpo al tálamo. Compróse en honor de este acontecimiento un ojo y una peluca nuevos, que por razones de alta economía sólo había de usar los domingos y días festivos.

Su primer cuidado fué instalarse confortablemente en casa de su mujer, que doña Agata continuó habitando. Expulsó del salón á todos los animales familiares, y hasta los tientos de geráneo y hierba-luisa fueron relegados á una galería oscura y húmeda que miraba al patio de la iglesia contigua. Sólo el loro escapó á la crueldad de este decreto, porque habiendo reparado D. Policarpo en la pureza de su pronunciación, alimentó algún tiempo la esperanza de enseñarle las más hermosas armonías imitativas: *Quadrupedante patrem...* Desgraciadamente Justiniano se resistía con culpable obstinación á las onomatopeyas y al galopar del *Quadrupedante patrem*, respondiendo con su invariable cantilena: «Lorito real, para España y no para Portugal». Indignado don Policarpo por el malvado proceder de este animal para con el Cisne de Mantua, largó una nueva sentencia de ostracismo, y Justiniano fué desterrado á la *galería de atrás*, ó si queréis mejor á la habitual residencia de doña Agata, su fiel Belisario y los demás proscritos.



Al mes D. Policarpo corría con la dirección de la cocina, de las criadas, de toda la casa. Distribuía la ropa blanca, tomaba la cuenta á la cocinera, embotellaba el vino blanco de Toro. Sintióse propietario y presentó con arrogancia la dimisión del cargo que en el Instituto ejercía, y no teniendo ya dónde satisfacer su cólera se convirtió en un tirano para su mujer y su cuñada. Acostumbrólas como á sus víctimas de otros tiempos á la obediencia pasiva y tuvo tanto menos trabajo en conseguirlo, cuanto que las dos criaturas amables, tímidas y sencillas sobre las que ejercía esta vez la singular facultad de dominación de que estaba dotado, tenían por él algo de la admiración que sienten los esclavos por sus señores. Hacíales leer en voz alta *El Siglo Futuro*, periódico á que estaba suscrito, y se ponía hecho una furia cuando no le preparaban á tiempo un cocimiento de malvas que bebía inmoderadamente ó no cerraban bien las puertas y las ventanas.

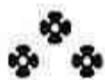
Invitaba á cenar de cuando en cuando á unos cuantos profesores, colegas suyos. Contábanse aventuras de «su juventud borrascosa,» bebían rom hasta no poder más, forjaban chistes en latín y en griego, y á eso de las once muy *alumbrados*, hablando todos al mismo tiempo y con el sombrero ladeado sobre la oreja, marchaban acompañados de D. Policarpo por los callejones sombríos, tarareando música de Spontini, mientras las dos hermanas, sentadas una frente á otra, acariciaban melancólicamente á Belisario y á *Bebé*.

Los domingos del verano pasábalos D. Poli-

carpo acompañado por las dos hermanas, en el campo. El antiguo profesor del Instituto tenía positivas aficiones bucólicas. Marchaban al rayar el día doña Agata llevando una manta, un arco y varias flechas; doña Dorotea la cesta de provisiones y D. Policarpo un paraguas con mango de hierro que se clavaba en el terreno, como las enormes sombrillas de que se sirven los paisajistas. Hacía alto la caravana en sitio ni asoleado ni sombrío, fresco sin ser húmedo y bien al abrigo del viento, enemigo personal de D. Policarpo.

Colocaban las mujeres el paraguas. D. Policarpo, cómodamente sentado, liadas las piernas en la manta, tomaba su arco. Clavaba doña Agata el blanco, que era un periódico desdoblado, en el tronco de un árbol, y doña Dorotea colocaba el mantel sobre la hierba y sobre éste la carne entomatada, la tortilla de escabeche y el queso de Villalón, en tanto que su marido acribillaba á flechazos el órgano de los nocedalistas.

Después almorzaban. Ellas sentadas sobre sus pañuelos para no manchar de verde las enaguas; él bajo la sombra del paraguas con la servilleta anudada al cuello. Y allí era el hablar de los «escitas, algunas veces llamados masajetas, compatriotas del joven Anacarsis que lanzaba *también* sus dardos con pulso seguro» y el escuchar atento de doña Dorotea y de doña Agata que se olvidaban hasta de comer ¡tan docto y discreto les parecía!



...Aquella noche mientras cenaba, un pérfido airecillo estremecióle los huesos. Gritó como un

energúmeno, denostó á la criada por haber dejado abierta la puerta y á su mujer por no haberse levantado á cerrarla. Después murmuró palabras incoherentes, extendió los brazos y cayó sobre los ladrillos del piso como un enorme saco de arena.

Algunos sinapismos aplicados á tiempo sacáronle por esta vez del apuro, pero á los pocos días una segunda crisis le obligó á guardar cama. Revolvíase en ella como un desesperado, gritaba, juraba y apostrofaba á discípulos invisibles, y el médico le oyó exclamar con voz expresiva: *Insonuere cavæ genitumque dedere cavernæ.*

—¿Qué dice?—preguntó aquél.

—Debe ser una onomatopeya, murmuró doña Agata suspirando.

—¿Sentís, ¡oh Galeno!, la armonía de estos versos?

Y volviéndose hacia la pared, dijo con voz débil donde todavía palpitaba un olímpico desprecio: *¡Margaritas ad porcos!...*

Estas fueron sus últimas palabras.



Seis meses después de la muerte de su cuñado estaba doña Agata una tarde en el salón, asilo otra vez de los animales y plantas injustamente desterrados. Justiniano, sobre la percha, miraba á Belisario que dormitaba en el cogín del canapé, y la vieja solterona contemplaba con aire melancólico un cofre de terciopelo negro que tenía sobre sus rodillas. Tan abstraída estaba que no oyó abrir la puerta á doña Dorotea. Aproximóse ésta con sigilo, y al ir á mirar el cofrecito, la señora

viuda de Gutiérrez no pudo sofocar un grito de sorpresa. El ojo de cristal, el ojo de los días de fiesta que doña Agata había encontrado en un armario y del que se había apoderado como de una reliquia, estaba allí. Hubo entre las dos hermanas un momento de silencio:

—¿Le amabas también? preguntó doña Dorotea, que como la heroína de cualquier comedia acababa de comprenderlo todo.

—Le amaba, respondió sencillamente doña Agata.

Abrazáronse, y durante largo rato lloraron sus amores... Una voz seca y gangosa arrojó en el silencio de la sala estas cuatro sílabas: ¡*Margaritas!* Los ojos de doña Agata escudriñaron las sombras en busca de D. Policarpo...

...Justiniano reía sarcásticamente en lo alto de la percha, fijando en las mujeres su ojo redondo, que brillaba en la obscuridad como un trozo de azabache... Y desde aquel día doña Agata y doña Dorotea creen en la metempsícosis.



❖ CARLOS NAVARRO
LAMARCA ❖ DE QUIN-
CEY ❖ EL VUELO DE
LOS SUEÑOS ❖ ❖ ❖



LA triste infancia del genial De Quincey, la miseria de sus primeros años en Londres, imprimieron en su alma melancolías profundas.

Si toda la humanidad pudiera condensarse en un solo espíritu, todas las almas fundirse en una que por todas sintiera y pensara, entonces, suprimidas aquellas actividades, aquellas ansias que surgen necesariamente de la diversidad de temperamentos y de espíritus se sintetizarían las esencias en un solo y común origen; tendencia es esta propia de los caracteres sintéticos, acaso la más humana, llegando en algunos seres á una perfecta intensidad por su inclinación al aislamiento, por su amor al símbolo. De Quincey era uno de ellos. Inspirado, como Carlyle, Pöe, y aun el mismo Víctor Hugo, por Shakespeare é influenciado por Juan Pablo Federico Richter, contemporáneo del humorismo militante de Douglas Herold y de la revolución crítica de Lamb y los neo-shakesperianos contra el credo poético de los Laquistas, vivió envuelto en una neblina poética, atravesando los espacios por el poder de su vuelo creador y metafísico. No era por esto un místico, no ocupaban exclusivamente su espíritu lo supernatural y lo abstracto; su amor al misterio evocador reposaba en aquellas sublimidades sencillamente admirables de la Naturaleza y de la vida que por su predominio invencible sobre la imaginación del hombre parecen invasiones persistentes de lo sobre natural é invisible. Las tempestades en su rodar de truenos y clarear de relámpagos, el sol con su fuerza

brillante de luz, el rugir sordo y bramante del Océano el spoliarium del campo de batalla, la horrible devastación de la peste, las convulsiones histéricas de las multitudes, las grandes figuras de Juana de Arco, desafiando la muerte ante la cara de sus juzgadores, César atravesando el Rhin, Napoleón cayendo para siempre en Waterloo. Tales eran las grandezas naturales y los hechos admirables de la Historia en los que se deleitaba el espíritu de De Quincey. Acertaba á ver en ellos los más claros mensajes de lo infinito y las más evidentes intimaciones del eterno contraste entre lo deista y lo demoníaco. Más allá descubrimos su pasión por el misterio cabalístico de brujas y nigromantes.

Cuenta uno de sus contemporáneos, Hodgson, en *El genio de De Quincey*, que entre los pasajes que más extraordinario efecto le habían producido, figuraba la conocida escena primera del Macbeth, de Shakespeare.

First witch.—When shall we three meet again.

Inthunder lightning, or in rain.

Second witch.—When the hurly burly's done.

When the battle is lost and won.

En cualquier espíritu verdaderamente artístico producen estas palabras profunda impresión. Para De Quincey fueron una especie de axioma, se grabaron en su imaginación como evidente é indiscutible prueba de la intrusión de agentes sobrenaturales y ocultos en las acciones humanas. Este es el credo Shakesperiano. Hay algo más en el cielo y en la tierra de lo que puede soñar la filosofía, afirmaba el inmortal príncipe de Dinamarca. La inclinación constante de De Quincey hacia lo misterioso, su placer en evidenciar ensueños, agorerías, simbolismos casuales, fatales coincidencias, etc., así como la investigación de los orígenes de sociedades secretas, de la Francmasonería, el Rosicrucianismo y los oráculos paganos, delatan en su espíritu la existencia del elemento Druidico, muy corriente, por otra parte, en el genio inglés de la época y aun en los modernos como Swinburme, Browning y el mismo Tennyson.

Una de las características de De Quincey es la poderosa facultad imaginativa, su facilidad para dar forma perceptible á los mayores delirios de sus sueños, de convertir símbolos y afectos oscuros en algo palpable, inteligible. Sus fragmentos del *Suspiria de profundis*, *Levana* y *Las tres hadas de las lágrimas* son de una ternura tan intensa, de una magia de estilo tan poderosa, que bastan por sí solas para consagrar á De Quincey como uno de los más preclaros ingenios de Inglaterra.

No hay en toda la literatura inglesa, con excepción de las estancias de Jessica y su amante en el quinto acto del *Mercader de Venecia*, nada que determine sensación de arte tan poderosa como *Las confesiones de un tomador de opio*.

Para demostrar el poderoso númen de De Quincey, traduzco á continuación un fragmento de *El vuelo de los sueños*.

.....

«Ecos lejanos y tristísimos de fúnebres campanas, llorando á los que mueren en los albores de la vida, me despertaron cuando dormía en un barquichuelo fondeado en conocida playa. Apuntaba apenas el crepúsculo matutino, y á través de sus irisaciones pálidas vi á una joven vestida de fiesta, con guirnalda de rosas blancas, corriendo apresurada á lo largo de la playa solitaria. En su carrera se denotaba el pánico, y á menudo miraba hacia atrás, cual si temible enemigo la persiguiese. Cuando salté á tierra y seguí sus pasos para prevenirla de un peligro inminente, ¡ay!... huyó de mí como si fuera un peligro mayor; ¡en vano la advertí que marchaba hacia las arenas movedizas!... Corría cada vez con mayor rapidez, dió vuelta ante mí como vertiginosa rueda alrededor de un promontorio de rocas; la seguí, pero sólo alcancé á ver las arenas traidoras juntándose sobre su cabeza. Ya su cuerpo estaba enterrado, sólo la frente bella y juvenil y la diadema de blancas rosas que la circundaba eran visibles para los cielos compasivos. Vi en el crepúsculo matutino esta cabeza juvenil sumergirse en las tinieblas; vi

este brazo de mármol levantarse sobre la cabeza en su tumba traidora, agitarse, vacilar, erguirse como si quisiera asir una mano falsa, engañadora, tendida hacia él desde las nubes; vilo manifestar su esperanza moribunda y su moribunda desesperación. La cabeza, la diadema, el brazo, todo se había sumergido; cerróse sobre ellos la cruel arena movediza, y no quedó sobre la tierra recuerdo alguno de la bella joven; sólo mis lágrimas solitarias, y las campanas fúnebres de los mares desiertos, que resonando dulce y tristemente entonaban su *requiem* melancólico sobre la tumba de la criatura enterrada y sus albores marchitos!...

» Derramé en secreto las lágrimas que los hombres han consagrado á los que mueren en la aurora de la vida, por traiciones de nuestra madre la tierra. Pero de repente se secaron las lágrimas y las campanas fúnebres fueron dominadas por un vocerío estrepitoso, como grito de muchas naciones y estampido tonante de la artillería de algún gran rey que avanzara rápidamente entre los valles, repercutiendo en los ecos de las montañas.—¡Silencio!...—dije, poniendo el oído en la tierra.—¡Silencio!... Esto es, ó la anarquía misma de la lucha, ó... Escuché con más calma, y me dije á mí mismo, en voz baja y levantando la cabeza:—Es la victoria final... la victoria que devora toda lucha!...»

«Fuí transportado de nuevo y en éxtasis á través de la tierra y de los mares á un país lejano, sobre un carro triunfal, entre compañeros coronados de laurel. El denso y pesado cortinaje de las tinieblas nocturnas cayendo sobre la tierra, ocultaba á nuestra vista la muchedumbre que se apiñaba incesante en torno nuestro. La oíamos bullir, pero no la veíamos. Hacía una hora que se habían recibido nuevas de triunfo, nuevas de una grandeza que sólo se medía con los siglos; nuevas tan llenas de sentimiento y de alegría de cántico, que sólo podrían traducirse en lágrimas, en interminables himnos ó en un *Te Deum*, repetido por todos los coros y orquestas de

la tierra. Nosotros, desde el carro triunfal, teníamos el privilegio de publicar la buena nueva á las naciones. Ya por signos en la obscuridad perceptibles, ya por poderosos relinchos y escarceos, nuestros corceles, impacientes, que no conocían el temor del cansancio mortal, nos reprochaban la demora. ¿Por qué detenerse? Esperábamos la palabra mágica y secreta que asegurase á las naciones que sus esperanzas estaban realizadas para siempre. Llegó á media noche la palabra secreta. Era ¡*Waterlloo!* y ¡*La cristiandad redimida!*... Brillaba la temible palabra por su propia luz, iba delante de nosotros, volaba á la cabeza de nuestros raudos corceles, derramando fulgores áureos por los caminos escabrosos. Abrían todas las ciudades sus puertas de par en par ante el signo fulgurante, nos sentían los ríos cuando pasábamos sobre ellos. Todas las selvas se estremecían é inclinaban sus seculares boscajes, rindiendo homenaje á la palabra secreta, cuando atravesábamos vertiginosamente sus umbrías márgenes. Las tinieblas huían avergonzadas.

»Dos horas después de la media noche, llegamos á un grandioso monasterio. Sus puertas, que se elevaban hasta las nubes, estaban cerradas. Pero cuando la temible palabra que cabalgaba delante de nosotros llegó hasta ellas con su dorada luz, se abrieron silenciosamente sobre sus goznes, y entró nuestro carro en desenfrenado galope por la gran nave de la Catedral. Nuestra marcha era rapidísima, y en todos los altares y en las pequeñas capillas y oratorios, á derecha é izquierda, las moribundas lámparas se avivaron y resplandecieron por simpatía á la palabra que cabalgaba delante de ellos. Cuarenta leguas habíamos recorrido en la Catedral inmensa, sin haber aún alcanzado el fulgor matutino, cuando surgieron ante nosotros las aéreas galerías del órgano y del coro. Todos los chapiteles cincelados, toda la parte saliente de las molduras estaba cubierta de coristas vestidos de blanco que cantaban la salvación, que ya no derramaban lágrimas como sus padres, sino que á intervalos himnaban á las generaciones diciendo:

»*Chant the deliverers praise in every tongue: á lo que contestaban:*

»*Such as once in heaven & earth were song.*

»Y su canto no tenía fin; sin tregua, sin descanso para nosotros en la precipitada fuga.

»Y mientras nos precipitábamos como el torrente, veloces como un arrebató de novios, atravesando el campo sagrado de las tumbas de la catedral, divisamos súbitamente una vasta necrópolis surgiendo á lo lejos en el horizonte, ciudad de sepulcros edificada en las naves enormes para los guerreros que descansan de sus combates en la tierra. La necrópolis era de mármol rojo y, sin embargo, en el primer minuto parecíanos una pequeña mancha purpúrea del horizonte. ¡Tan tremenda era la distancia! En el segundo minuto parecía temblar tomando diversas formas, transformándose en esplanadas y torres de asombrosa altura; ¡tan veloz era nuestro paso! En el tercer minuto entrábamos ya con nuestro espantoso galope en sus suburbios. Inmensos sarcófagos se levantaban á uno y otro lado, con torres y torrecillas, avanzando audazmente sobre los límites de la nave central y dejando en pos de sí largas y majestuosas sombras. Había en cada sarcófago muchos bajorelieves, que representaban batallas y campos de guerra—batallas de siglos olvidados, batallas de ayer,—campos de guerra, con los que la naturaleza se había reconciliado hacía largo tiempo, por el dulce olvido de las flores; campos de guerra todavía torvos y enrojecidos por la carnicería. Corríamos con las esplanadas, nos encorvábamos con las torres. Nuestros caballos barrían los ángulos, rápidos como vuelo de golondrinas, como ríos salidos de madre que rodean tumultuosamente los promontorios, como huracanes que penetran las regiones secretas de las selvas; nuestro carro, más rápido que la luz al destejer la trama de las tinieblas, llevaba pasiones terrestres, encendía instintos guerreros en el polvo que yacía alrededor de nosotros, polvo de nuestros nobles antepasados, que habían dormido en Dios desde Crecy á Trafalgar. Y llegamos así al último



❧ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❧ EL POR-
VENIR DE PACO TU-
DEIA ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

I

PAISAJE CON FIGURAS

LA calle Ancha de San Bernardo, con sus casas antiguas de labrados escudos, los conventos é iglesias de su parte alta y su comercio tranquilo y soñoliento, recuerda una vía provinciana, de esas que existen en las capitales de segundo orden, amplias, soleadas y pacíficamente alegres, por cuyas aceras pasan las niñas que van de tiendas y los señores graves que toman el sol, mientras en la calzada juegan los chiquillos, sin temor al tránsito improbable de vehículos.

Animada durante algunas horas por el paso de los empleados del Ministerio ó la salida de los estudiantes de la Universidad, vuelve el resto del tiempo á adquirir su pacífico aspecto, á recobrar su anterior calma. Esta apariencia provinciana se ve patente en las tiendas, ultramarinos modestos, en cuyos escaparates reposan desde tiem-

po inmemorial media docena de latas de sardinas y varios quesos manchegos, resecos y rancios, mercerías, donde de sol á sol se despacha obra de dos ovillos de seda y un papel de botones, tiendecitas humildes de papel y tinta. El comercio de aquel barrio no se extiende fuera de él, y su clientela sólo se compone de los vecinos que adquieren allí lo más necesario, acudiendo para satisfacer sus demás necesidades á los almacenes lujosos, á las tiendas bien abastecidas de las calles comerciales del centro. Sólo los cafés y alguna fementida pastelería realizan más ganancia, y esto se debe á los estudiantes y empleados que acuden á tales sitios, dejando allí en pago de cafés adulterados y de pasteles fósiles buena parte del dinero son-sacado á los padres ó debido á las patronas.

Por estas causas llamaba entonces la atención una tienda, mejor un almacén, que lucía sus diáfanas lunas no lejos de la plaza de Santo Domingo. Adornado con gran lujo, las piñas de luces eléctricas, que en racimo iluminaban los escaparates, la magnificencia de su gran toldo, el espejo sobre el cual se leía en caracteres dorados el título del establecimiento y el primor con que se exponían los géneros tras los cristales, hacíanle digno de figurar entre las tiendas más suntuosas de la calle del Príncipe ó de la Carrera, y con mayor razón atraían la mirada, en medio de tanto tienducho.

El rótulo rezaba en su centro: «A la fina Holanda», y á un lado y otro de este letrero principal, dos medallones más pequeños: decían: el de la derecha, «Viuda de Tudela é hijo»; y el de la izquierda, «Casa fundada en 1860». A los lados de los escaparates y de la puerta central, y sobre espejos ennegrecidos, bajaban en cascada caprichosa más letreros donde aprendía el curioso paseante que allí se vendían «Mantelerías y juegos de cama», que aquél era depósito de «Batistas, lienzos de Rentería y tejidos de hilo y de algodón» y que aquella casa y no otra alguna poseía la «Especialidad en colchas para novios». Y como muestra de la bondad de las mercancías, en medio de tanto espejo y tanto dorado anuncio, en los escaparates, pro-

tegidos por recia vara de pulido y brillante cobre, se exhibían al público montones de sábanas, manteles, servilletas, cubrealmohadas, paños, etc. La blancura mate del lino, lucía reposadamente enmedio del esplendor que la rodeaba, prestándole irisaciones de perla, y el aspecto tranquilo, y, si puede decirse, familiar, de la ropa blanca, aparecía más caracterizado por su vecindad con la calle que manchaba con su barro el cristal y lo empañaba con su vapor.

Detrás de las piezas de tela, macizas y amontonadas que cerraban el escaparate, caían transparentes cortinas de tul y muselina. Al través de ellas se veía el interior de la tienda, iluminado fuertemente por las lámparas voltaicas, cuya luz fría daba aspecto polar á los montes de lienzo que blanqueaban como nieve y se contemplaba á los dependientes moviéndose atareados entre las columnas de hierro que sostenían el techo, colocando sobre el mostrador de barnizado nogal montones de género que lo cubrían de blancura, tornando á llevarse las mercancías, ó volviendo á traerlas según el capricho del comprador, afanándose bajo la claridad eléctrica que, iluminándoles fuertemente, les hacía resaltar sobre el níveo fondo como parrajacos oscuros. Entre los estantes llenos de fardos, existía una especie de jaula semicircular que encarcelaba con sus barrotes torneados al cajero y tenedor de libros, D. Leonardo Merchán. Tras tal prisión se abría una puertecilla que comunicaba la tienda con las habitaciones particulares de la señora doña Irene Palomín, viuda de Tudela, dueña absoluta, pero muy absoluta, del almacén, de los géneros en él contenidos, del capital y crédito que representaba y hasta (así lo creía ella) de las vidas y haciendas de cuantos oían, acataban y ejecutaban las órdenes y mandatos de aquella Emperatriz de la lencería.

A modo de centinela vigilante, dicha señora no se apartaba de la tienda, y allí permanecía la mañana y la tarde, sin más intervalo de reposo que la media hora escasa consagrada al almuerzo. Concluído éste, ocupaba otra

vez su asiento en el sofá que á la izquierda del almacén abría hospitalarios brazos bajo un gran espejo. Desde aquel sitio, siempre vestida de negro, con trajes modestos y lisos, cubriendo el lozano seno con una pañoleta de merino en invierno, de seda en estío, peinada á estilo de pueblo, moviendo ágilmente los dedos gordezuelos, donde con el trajinar de la aguja de hacer media, rebrillan las esmeraldas y los diamantes de sus macizas sortijas, todo lo ven, todo lo atisban sus pardos ojos inteligentes al través de las gafas apoyadas en la napoleónica nariz. Nada sucede sin que ella intervenga, é igualmente sostiene sabrosa plática con algún parroquiano antiguo ó amigo de la casa que entró á saludarla, como interrumpe su conversación para decirle al ganso de Emilio que el lienzo de Rentería, cualidad extra, se marca con F. J. y no con H. B. como él pretende, ó interviene en algún regateo y mete el resuello en el cuerpo á la regateadora con estas ó parecidas palabras: «A siete reales y no hable usted más. Si no le parece bien, váyase á comprarlo á otra parte, porque la Viuda de Tudela no vende porquerías:» Generalmente ante semejante amonestación la compradora compraba al precio deseado por la lencera, y ésta, satisfecha, volvía á la amigable cháchara y al incesante tejer.

Así veía Doña Irene transcurrir las horas apacibles y tranquilas de la mañana, cuando los clientes eran escasos y la tienda recién limpia guardaba el orden y arreglo de sus anaqueles y sillas. A prima tarde duraba aún algún espacio este reposo, pero luego llegaban las horas de venta y durante ellas la tienda, llena de gente, semejábase á una colmena enloquecida. Los compradores salían, entraban, movían las sillas de cuero que incesantemente rasaban con sus patas arrastradas el suelo de madera, las piezas de tela cayendo con ruido sordo, hacían retemblar el piso y un murmullo incesante, compuesto de deshechas conversaciones, de palabras sueltas que sobrenadaban en la confusa algarabía, llenaba el ámbito de la tienda donde vibraban los carbones incandescentes de la electricidad. Luego, poco á poco, el bullicio se aminoraba, parecía de-

caer, vivificado de vez en vez por la entrada de algunos retrasados, hasta que alejadas las últimas olas de aquel temporal, llegaba la calma y todo volvía al orden. Los dependientes bajaban con férreo estrépito las cortinas metálicas, cuyo agrio sonar repercutía alegre en los oídos de los mancebos, mientras barrían someramente la tienda, ordenaban las mercancías dispersas y colocaban en sus sitios las vagabundas sillas. Apagadas las más de las luces, el almacén se preparaba al sueño, la sombra surgía en los rincones más apartados, el polvillo blanco de los lienzos que flotó en el espacio durante todo el día se posaba suavemente en tierra, y rodeados del silencio que turbaban sólo las pisadas próximas de los peatones y el rodar ensordecido de coches y tranvías, doña Irene y Merchán hacían el balance de la jornada dentro de la prisión del cajero.

Allí pasaban largo tiempo contando ingreso, estimando ganancias; allí preparaban los pedidos; desde allí dirigían los negocios de la casa y hacían planes para su mejora y susceptibles aumentos. Casi siempre sonaban tras los barrotes palabras reveladoras de que los asuntos marchaban bien, y aunque alguna vez enfurecióse y se desesperó doña Irene por verlos algo torcidos, lo habitual era la bonanza, y amparado por ella, vogaba viento en popa por los mares procelosos de la compra-venta el bajel que contenía la fortuna Tudelesca.

Por la puertecilla de escape entraba en sus habitaciones doña Irene, y concluyendo con su marcha la tarea cotidiana del meritísimo Merchán, se erguía éste con des-perezo soñado durante horas, sacudía la arenilla adherida á sus flacas manos, guardaba juntamente en un cajón papeles, plumas, salvadera, tintero y el algo mugriento gorro de seda con que cubría su pelado cráneo, descolgaba sombrero y capa de la percha, y apagando la última luz hundía en tinieblas la tienda. Escurriendo su largo, casi interminable cuerpo por la puerta entornada, se hallaba en el corredor, sin que sus ojos ofuscados por la reciente claridad vieses gota. Apoyando su mano en el

muro, seguía en dirección de la calle, pero antes de salir de la casa le detenía algún mandato de doña Irene, quien desde el comedor le encargaba algún asunto olvidado; oídas las últimas disposiciones de la autócrata escapábase al fin, y volvía á su casa, situada allá al final de la calle Ancha, en una de las que desembocan en ella.

Mientras Doña Irene continuaba en el comedor donde acudían algunas amigas suyas, que le daban amena conversación, á menudo animada por sabrosa chismonería. Entre las que más visitaban á la viuda de Tudela contábanse á las señoras de Broquel, tres hermanas barcelonesas que casaron con tres hermanos, hijos del famoso Broquel, el ferretero de la calle de Postas, cuya casa continuaba los negocios bajo la razón social de Herederos de Broquel. Doña Madrona, doña Mercedes y doña Montserrat estaban de tal modo unidas, que jamás se las vió solas, sino que siempre, á manera de cerezas enredadas, aparecían por todo sitio las tres de bracete, husmeando lo humano y lo divino y conduciendo ante ellas un número indeterminado de niñas, chiquillas y jovencitas, frutos de sus uniones en extremo prolíficas.

Las cien doncellas, como las llamaba burlonamente D. Sixto Corduras, el excomerciante de sedas del Postigo de San Martín, gran amigo de los Tudelas y enemigo acérrimo de las catalanitas, eran en extremo graciosas. En sus rostros maliciosos y picarescos, los conocedores apreciaban las encantadoras gradaciones por las que la niña truécase en mujer. Formaban un enjambre de mariposas, un vuelo de tortolillas, un plantel de tiernos lirios, según decía Mosete, un amigo de Paquito Tudela, pero ni las mariposas eran perseguidas, ni los lirios cortados y aquel estado de soltería de sus retoños alarmaba mucho á las Broqueles, quienes deseaban y á los santos todos pedían, un novio, dos novios, muchos novios que las hiciesen suegras, y si Dios quería, abuelas. Mas hasta el momento de esta historia, sus ansias no se realizaban. Tal vez esto les hiciera menudear las visitas á doña Irene, proseedora de aquel primor de hijo, de aquel Paco, tan

bueno, tan sabio, de tanto porvenir. Con la esperanza de que el hijo de la viuda cayese en sus redes, exhibían en el comedor los encantos de sus niñas, pero el joven, á quien entretenían sus amigos del Ateneo, llegaba casi siempre cuando las catalanas se iban. Aunque ellas trataran de seguir la conversación y para ello desplegasen sus más sutiles artes y acudiesen á la maledicencia y narrasen chismes entretenidísimos, la despedida se imponía, y tras de arrojar sobre Paco Tudela miradas semejantes á las que Moisés lanzó sobre la tierra de promisión, partían en medio de la algazara y el bullicio. Hasta la puerta las acompañaban Paco y su madre y luego lentamente, apoyada doña Irene en el brazo de su hijo, volvían al comedor.

Libre del enfadoso mosconeo, la pieza aparecía tranquila, alumbrada por la luz que se tamizaba á través de la verde porcelana de la pantalla. Una sensación de cariñosa intimidad donde se mezclaban el calor del brasero, el halago del cómodo butacón, la vista de los muebles conocidos, envolvía á Paco. Allí sentíase en paz. Sus pensamientos fastidiosos, las preocupaciones huían. El tedio, el mal humor se disipaban y los mil pinchazos recibidos durante el día, las pequeñas y dolorosas heridas de la vanidad, del orgullo, del deseo no realizado, abandonaban el veneno que las hacía tan dolorosas. Allí en medio de la quietud suave, de la calma grata, Paco las veía tal y como eran; insignificantes, indignas de atormentarlo. Olvidado de ellas charlaba alegremente con doña Irene, reía sus chistes, siempre los mismos, atendía sus consejos, cien veces repetidos, y cuando la criada Basilia entraba con la humeante sopera, sentábase á la mesa, dichoso como un rey, sin desear más, sin ansiar otra cosa que ver su vida llena de momentos plácidos como el que entonces transcurría.

De vez en cuando, y separando la cortina de la puerta, aparecía el inflamado rostro de Blasa la cocinera, que se asomaba para preguntar á Paco, de quien fué ama seca, si le gustaban los manjares. El respondía afirmativa-

mente y la conversación seguía de la mesa á la puerta, mientras el niño, como aún le llamaba Blasa, comía como un buitre sonriendo al rostro alegre de la criada.

Concluída la cena Paco recostábase en la butaca amplia y cómoda. Por su gusto no se movería de aquel abrigado rincón. ¿Para qué salir? Estaba tan bien, tan bien, y se arrellanaba pensando con fruición en quedarse.

Pero su mamá no se lo permitía.

—Sal, sal, por mí no te quedes en casa.

—Pues mira, casi, casi, prefiero quedarme aquí; tan guapamente repantigado en la butaca.

—No, Paco, sal, vé al Ateneo, al teatro, donde haya gente. Tu porvenir lo exige. Es preciso que te vean, que te conozcan. Créeme, lo mismo haces por el día de mañana estudiando, que oyendo esta noche á algún señor muy pesado, sí, muy pesado, pero que puede ser ministro la semana entrante y que tal vez te agradezca entonces tu atención de hoy.

—Sí vieras que poquitas ganas tengo de echarme á la calle.

—Hijo, no te apoltrones. Anda, levántate, dame un beso y vete.

Doña Irene autorizaba entonces sus palabras con ciertas inflexiones de voz que las hacía irrefutables y Paco suspirando se desprendía del abrazo del mueble, y cogiendo abrigo y sombrero, se iba por ahí.

En tanto la viuda de Tudela se quedaba en el comedor, y apoyando los pies sobre la alambreira del brasero hacía memoria de los sucesos de la jornada. Pensaba en los negocios, en las ventas de la tarde, en los chismes de las Broqueles é invariablemente concluía por recrearse en el porvenir de Paco, aquel futuro sonriente y espléndido que se debía realizar, que se realizaría fijamente, pues á ello tendían todos sus actos, todos sus pensamientos. El chico era listo, instruído, algo encogidillo y tímido, pero ella poseía voluntad y energías para los dos, y guiado por sus consejos, por su práctica del mundo, Paco elevaríase á los puestos más altos, á los destinos más excelsos. Y poco á

poco, influida por el calorcito del cuarto, se turbó la limpidez de sus ideas y concluyó por quedarse traspuesta. Entonces vió á Paco, á su Paco, entrar en el Congreso montado en aérea carroza arrastrada por blancos corceles que subían los escalones pisando laureles y rosas. Aun en medio de su sueño chocóle á doña Irene aquel modo de penetrar en el templo de la elocuencia y preguntó á uno de los leones el por qué de entrada tan pomposa. Pero la fiera en vez de responder acorde, rugió ferrozmente, abriendo una boca tamaña y tan grande, de donde brotó una bandera que decía en letras doradas «Loor y gloria al ínclito, al inmortal Tudela», á la vez que los maceros, apareciendo entre las columnas, entonaban un himno triunfal en honor de Paco, cuyo por venir comenzaba á realizarse.

La alegría, despertando á la soñadora, la transportó de la Plaza de las Cortes al humilde comedor. La lámpara agonizaba y su parpadeo entristecía el cuarto obscurecido en los rincones, enfriado por la extinción del brasero. Doña Irene se alzó soñolienta, y titubeando algo, salió dirigiéndose hacia su alcoba, que era la pieza más capaz de la casa. Allí se veían los primeros muebles que adquirieron los Tudelas, la cama matrimonial de bronce dorado, que aún aparecía como modelo de lujo ante los ojos de la viuda, el lavabo de imitación de ébano, con piedra de mármol y ordenada fila de vacíos tatarretes, el reclinatorio cubierto con un bordado en cañamazo, representando el cordero eucarístico, las mil efigies de santos, la cómoda de caoba. Sobre aquel mueble pendía del muro el retrato al óleo del difunto Tudela, vestido con traje de levita sosteniendo en la mano izquierda un sobre, en el cual se leía la fecha en que se ejecutó aquella obra de arte, y apoyando la diestra en una mesa, donde reposaba luciente chistera. El artista reprodujo fielmente las facciones de aquel señor y el parecido era exactísimo, según sostenía doña Irene, quien enorgullecía con poseer semejante portento pictórico, sin refrenar su entusiasmo por la palidez mortal del retratado, la rigidez cadavérica de la ac-

titud y la expresión asustada y congojosa de sus pupilas, circunstancias que daban al señor de Tudela el aspecto aterrador de las personas que mueren en alguna catástrofe, siendo así que Don Francisco pasó á mejor vida de la manera más vulgar: en su cama y víctima de un cólico miserere.

Debajo del marco dorado que encerraba al lienzo, se veían, colgando de la pared ó diseminadas sobre la cómoda, fotografías de Paco en diversas edades. Aquí aparecía caballero en mecánico corcel, más allá en actitud reflexiva leía un libro, apoyándose en una columna truncada, luego se agrupaba con sus compañeros de colegio, y desde el retrato en que se le veía desnudito sobre un almohadón, hasta el más reciente, en el cual ostentaba flamante toga, todas las mudanzas de su rostro, todos los cambios de su persona se perpetuaban en aquellos cartones.

Doña Irene los contemplaba muchas noches antes de acostarse, diciendo entre dientes según miraba uno ú otro: «Este se lo hicieron dos meses antes de morir Francisco. Para sus once años estaba espigadito. Eso sí, se quedó muy flaco, y gracias al aceite de bacalao, que si no... Dios sabe. El pobre, que en gloria esté, me lo decía: «Irene, este chico adelgaza mucho. Me temo que nos va á dar un disgusto,» y él fué quien nos le dió (aquí, mirando al cuadro, suspiraba). Este grupo es del Colegio del Patriarca, cuando aprobó el bachillerato; ya esto es otra cosa. Se puso muy gordo. Este es el del estreno del chaquet. La verdad es que como guapo, es guapo y tiene buena facha. Pues ¿y aquí?—aquí sí que está mono con su traje de mosqueterito del carnaval del 80. ¡Hijo mío, qué rico! Se lo comían á besos por la calle.» Y el soliloquio concluía siempre ante la última cartulina, donde junto á una mesa, en la que el fotógrafo para mayor propiedad colocó una desnarigada minerva de yeso, Paco aparecía envuelto en su toga, lleno de vida, de juventud hermosa, alto, de rostro inteligente, en el cual la barba se rizaba, sombreando los labios, y los ojos miraban con expresión

afable, cariñosa, algo tímida, pareciendo decir: «soy un buen chico.» A este mudo lenguaje de la fotografía contestaba doña Irene por lo bajo: «Orgullo mío, Paquito de mi alma, tú asombrarás el mundo con tu fama; para tí será cuanto bueno existe en la tierra,» sin querer adivinar la débil protesta de los ojos miedosos del combate, amedrentados anticipadamente de la lucha.

Después de recrearse en su museo, como en tono festivo le llamaba Paco, doña Irene permanecía rezando larguísimo rato, por sus muertos, por los vivos, dedicaba oraciones á innumerables santos y cuando al fin sus preces concluían, se acostaba.

Dormíase en seguida, despertando invariablemente al oír entrar á Paco. Entonces se rebullía un rato, dando vueltas, haciendo gemir los muelles bajo el peso de su cuerpo. Mas luego se aquietaba, escuchando la tranquila respiración de su hijo que ya dormía, y entonces, hacía ella bajo la mirada angustiosa del pintado Tudela, quien guardaba su sueño, el cual seguía sin agitación de pesadilla, sin malestar alguno hasta las siete de la mañana, hora en la que sin repulgos perezosos se levantaba. Con agua fría lavoteaba la señora sus carnes, aún de muy buen ver, y en seguida de tomar el desayuno, chocolate con migas, y de arreglar las cuentas cocineriles, se iba á la tienda, á verlo todo por sí misma, á vigilar á todos y á continuar, haciendo siempre calceta, su vida de actividad tranquila, de laboriosa calma, cuyo único norte y sola ilusión lo constituían el perenne pensamiento del seguro y sonriente porvenir de su hijo.

(Continuará.)

❖ GEORGES RODEM
BACH ❖ CAMPANAS
DEL DOMINGO ❖ ❖

*El domingo... igual siempre que en la niñez lejana:
desnuda tarde pálida, vacía y triste mañana;
un día muy largo un día de ayuno y de abstinencia
en que hay hastío; un día en que tras larga ausencia
se vuelve de un país de verde exuberancia,
y aún desorientado, en la casa vacía
corre sin encontrarse estancia tras estancia:
porque el domingo es del regreso, el primer día.*

*Un día en que el silencio cae en nevada inmensa:
un día como huérfano, como convaleciente;
es un molino solo en la planicie extensa,
en cruz, como una tumba, geométricamente.*

*Ante mí igual se muestra -- resplandor que fenece—
el día pensativo de mi niñez lejana,
y en la forma de un suave matiz se me aparece;
tono pálido y triste de violeta temprana,
un luto que se extingue, sedas episcopales,
tisúes de casullas en los tiempos pascuales
¡oh, domingos pretéritos! Ocios dominicales
en que sonando lúgubre, como en los funerales,
evoca el miedo de la muerte una compana.*

*El domingo... igual siempre que en la niñez lejana:
Un estanque sin límites y en su alma una asunción
de nubes entre velos de silencio elocuente;
domingo: es una vaga tristeza sin razón...
impresión melancólica de blanca margarita
que se muere; impresión
triste angélicamente
de la casa en que está enferma una hermanita...*

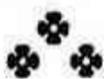
(Traducción de CATULO.)

MAURICIO MAETER-
LINCK ❖ ❖ ❖ ❖ ❖
❖ ❖ LO PORVENIR

VERDADERAMENTE es incomprensible que desconozcamos lo porvenir. Acaso bastase un lóbulo cerebral fuera de su sitio, la circunvolución de Broca orientada de modo diferente ó un pequeño haz de nervios agregado á los que forman la conciencia, para que el porvenir se desenvolviera ante nosotros con la misma nitidez, con la misma majestuosa é inmutable amplitud que despliega el pasado al esconderse, no sólo detrás del horizonte de nuestra vida individual, sino de la vida de la especie á que pertenecemos.

Una limitación curiosa de nuestra inteligencia nos impide conocer lo que sucederá, siendo así que sabemos lo que nos ha sucedido. Desde lo absoluto, á que nuestra imaginación se remonta, bien que no pueda permanecer en él, no hay razón alguna para que no veamos lo que aún no existe, supuesto, que lo que con relación á nosotros no existe, debe forzosamente existir ya y manifestarse en alguna parte. De lo contrario podríamos aventurar que en lo concerniente al tiempo, somos el centro del mundo, los únicos que figurarán en la historia eterna de los efectos y de las causas, absurdo tan indiscutible con respecto al Tiempo como con respecto al Espacio, esa otra forma algo menos incomprensible del doble misterio infinito en que flota toda nuestra vida.

El Espacio nos es más familiar, porque las eventualidades de nuestro organismo nos ponen más directamente en comunicación con él y lo concretan. De ahí que ningún viajero se atreva á decir que no existen las ciudades por él no visitadas hasta el momento de arribar á ellas. Que es lo que hacemos, suponiendo inexistente un acontecimiento aún no llegado.



No pretendo extraviarme, siguiendo á tantos otros en el más insoluble de los enigmas. Digamos sólo que el Tiempo es un misterio dividido arbitrariamente por nosotros en pasado y en porvenir, para intentar comprenderlo. En realidad puede decirse que es un inmenso Presente, eterno, inmóvil, donde todo lo que ha tenido y tendrá lugar lo tiene indudablemente, sin que, el mañana, á no ser en el espíritu efímero de los hombres, se distinga del hoy y del ayer.

Se diría que el hombre tuvo siempre el sentimiento de que una simple debilidad de su espíritu le separa de lo porvenir.

Sabe que está viviente, actual y perfecto tras una especie de muro en torno del que no ha dejado de caminar desde su venida á la tierra, ó quizá lo siente en sí formando parte de sí mismo, sin que este conocimiento presente é inquietante pueda llegar por los canales de sus sentidos hasta la conciencia, único lugar donde los pensamientos adquieren nombre, fuerza utilizable, y, por decirlo así, derecho de ciudadanía humana. Sólo por vislumbres, por infiltraciones fortuitas y pasajeras penetran en su cerebro los años futuros, cuyas imperiosas realidades le rodean por todas partes. Extraño parece que un extraordinario azar haya cerrado casi herméticamente al porvenir este cerebro que se sumerge todo en él, como un vaso sellado se sumerge incesantemente en lo profundo de un mar monstruoso, cuyas olas devoran, acariciando.

Siempre se quisieron ver grietas en este muro, provocar infiltraciones en este vaso, derribar las paredes que separan á la razón—que apenas si sabe nada—del instinto que lo sabe todo, pero que no puede servirse de su ciencia. Parece ser que más de una vez se ha conseguido. Hubo visionarios, profetas, sibilas, pitonisas, en quienes una dolencia, un sistema nervioso espontáneo ó artificialmente hipertrofiado, permitieron establecer comuni-

caciones insólitas entre lo consciente y lo inconsciente, entre la vida del individuo y la de la especie, entre el hombre y su dios ignoto, dejando de esta posibilidad testimonios tan irrecusables como ningún otro testimonio histórico. Por otra parte, como estos extraños intérpretes, estos grandes históricos misteriosos, por cuyos nervios circulaban y se mezclaban de tal suerte el presente y lo venidero, aparecían rara vez, se descubrió ó se creyeron descubrir procedimientos empíricos para llegar á descifrar casi mecánicamente el formidable enigma, la eterna interrogación. De ahí las interpretaciones que se dan, al vuelo de las aves, al curso de los astros, al fuego, á los sueños y demás especies de adivinación transmitida por los autores de la antigüedad.



La ciencia de lo porvenir ha perdido hoy el esplendor de otras épocas, hasta el punto de no formar parte de la vida pública ni religiosa de las naciones. El presente y el pasado nos revelan tales prodigios, que bastan á calmar nuestra constante inquietud por lo maravilloso. En nombre de lo que es, ó de lo que fué, hemos renunciado á interrogar lo que pudiera ser ó lo que será, y la vieja y venerable ciencia que tan profundas raíces echó en el instinto infalible del hombre, se refugia en los rincones más sombríos, en los ambientes más vulgares, más crédulos, más ignorantes, más despreciables.

Ahí he ido á buscarla, no á los libros, sino á la vida real, y entre los humildes fieles que confían en ella y cotidianamente le piden un consejo ó un estímulo. Y sin apriorismos ridículos, sin necias preconcepciones investigué con fe; que más vano que admitir ciegamente los milagros, es reirse ciegamente de ellos, pues hay oculto en todo obstinado error una verdad que espera, para surgir, su hora propicia.



Pocas ciudades me hubiesen ofrecido más vasto y fecundo campo de experimentación que París. En él, pues, llevé á cabo mi requisitoria. Para comenzarla escogí el momento en que preparaba la realización de un proyecto harto importante. No entraré en detalles. Baste saber que había en torno de él una infinidad de intrigas y no pocas malas voluntades. Las fuerzas se contrabalanceaban, y con arreglo á la lógica humana, era imposible prever quién había de salir vencedor. Tenía, por tanto, que plantear al porvenir cuestiones muy precisas, condición indispensable, pues si muchos se quejan de que nada les dice, es porque generalmente le interrogan cuando nada hay en su existencia que pueda variar.

Fuí á ver sucesivamente astrólogos, quirománticos y sibilas de baja estofa que se jactan de leer lo porvenir en las cartas ó en la florescencia de la clara de huevo disuelta en agua, etc. (No hay procedimiento despreciable. Bajo los más extraños preparativos y las más absurdas prácticas suele haber una pequeña parte de verdad). Fuí también á ver á las más célebres profetisas, que, con el nombre de sonámbulas, videntes, *mediums*, etc., saben sustituir á su conciencia, la conciencia y hasta la inconsciencia de los que les interrogan, y que son, en suma, las herederas más directas de las antiguas pitonisas. Encontré en este mundo desconyuntado, embaucamientos, simulacros y groseras mentiras; pero también tuve ocasión de estudiar fenómenos curiosísimos é indiscutibles. Es verdad que no bastan para decidir si es dado al hombre romper el tejido de ilusiones que lo porvenir desvanece, pero esclarece con luz vivísima ese lugar que creemos inviolable, el *sancta, sanctorum* del *Templo sepultado* donde nuestros pensamientos más íntimos y las fuerzas que bajo ellos están y que para nosotros son ignotas, entran y salen sin que lo sepamos y buscan la misteriosa ruta que conduce á los acontecimientos futuros.



Sería enojoso relatar lo que entre profetas y videntes me acaeció. Limitaréme á referir brevemente una de las experiencias más curiosas que resume las otras, puesto que psicológicamente todas son casi idénticas.

La vidente en cuestión es una de las más célebres de París. Pretende encarnar en su sér hipnótico el espíritu de una muchacha desconocida, llamada Julia. Después de hacerme sentar ante una mesa, me recomendó que tutease á Julia y la hablase con dulzura, como á una niña. Luego, sus rasgos, sus manos, todo su cuerpo se convulsionó desagradablemente durante unos segundos; sus cabellos se erizaron, y la expresión de su rostro, completamente demudado, se hizo ingenua y pueril. Una vocecita de niña, aguda y clara, salió entonces de aquel cuerpo robusto de mujer ya madura, y me preguntó, ceceando un poco: «¿Qué quieres? ¿Tienes disgustos? ¿Vienes á verme por tí ó por otra persona?—Por mí.—Bien: ¿quieres ayudarme un poco? Condúceme imaginariamente al lugar donde residen tus disgustos.» Concentré mi atención en el proyecto que me ocupaba, y en los diversos actores del drama latente aún. Entonces, poco á poco, después de algunas tentativas preliminares, y sin que yo la ayudase ni con una palabra, ni con un gesto, penetró realmente en mi pensamiento, y leyó, por decirlo así, como en un libro ligeramente borroso; situó con mucha exactitud el lugar de la escena, reconoció á los personajes principales y los descubrió sumariamente, con pequeños toques infantiles, pero justos y precisos. «Está muy bien, Julia, le dije en este mismo instante, pero todo eso ya lo sé; lo que me falta saber, es lo que sucederá después...

—Lo que sucederá, lo que sucederá...—¿Queréis saber todo lo que sucederá? Pues, eso es muy difícil. Pero al menos ¿cómo acabará el asunto? ¿Ganaré yó?...

—Sí, sí; no tengais miedo, yo os ayudaré; quedaréis satisfecho.—Pero el enemigo de quien tú me has hablado, el que me resiste y me quiere mal...—No, no; no es por tí;

es por causa de otra persona... No veo porqué... ¡Oh, la detesta, la odia, la odia!...

Y como la amais, no quiere que hagais por ella todo lo que querríais hacer... (Decía verdad.)—Pero, ¡insistí; ¡persistirá hasta el fin? ¡no cederá?...

—¡Oh, no le temo!... Lo veo, está enfermo, no vivirá mucho tiempo...

—Te engañas, Julia; lo he visto anteayer; goza de buena salud...—No. no importa; está enfermo... No se ve; pero está enfermo... Debe morir muy pronto... Pero ¿cuándo y cómo?

—Hay sangre sobre él, en torno de él, por todas partes... ¿Sangre?... ¿Es un duelo (había pensado, por un instante, hallar ocasión de batirme con mi adversario), un accidente, un asesinato, una venganza? (Era un hombre injusto y poco escrupuloso, que había causado mal á muchas personas.)

—No, no me preguntéis más... Estoy muy cansada... Dejadme marchar...

—No te dejaré antes de saber...

—No, no puedo decir nada... Estoy fatigada en demasía.. Dejadme marchar... Sed, bueno; yo os ayudaré.»

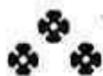
Una crisis semejante á la anterior convulsionó el cuerpo donde se había ahogado la vocecita; y la máscara de la cuarentona cubrió nuevamente el rostro de la mujer, que parecía salir de un largo sueño. ¿Será preciso añadir que no nos habíamos visto jamás antes de esta entrevista y que nos desconocíamos tan profundamente como si hubiésemos nacido en dos planetas distintos?



Análogos fueron, en suma, con detalles menos característicos y menos demostrativos, los resultados de casi todas las experiencias en que las videntes estaban sinceramente dormidas. A fin de obtener una especie de contraprueba, envié á casa de la mujer que «Julia» había escogido por intérprete, dos personas cuya inteligencia y

buena fe me eran notorias. Como yo, tenían que proponer al porvenir una cuestión importante y precisa, que sólo la suerte ó el destino resolvería. A una de ellas, que interrogaba sobre la enfermedad de un amigo, Julia le predijo la muerte del tal; y los acontecimientos justificaron su predicción, aunque en el momento que la hizo fuese aquello bastante improbable. A otra, que preguntó cómo terminaría un proceso, respondióle harto evasivamente; por el contrario, le reveló el lugar dónde encontraría un objeto de gran valor para la persona que le consultaba, perdido hacía mucho tiempo, y buscado infructuosamente no pocas veces.

Por lo que á mí respecta, la profecía de Julia se realizó en parte, y aun sin que yo triunfase, el asunto se arregló del modo más satisfactorio por otras razones. La muerte del adversario no ha llegado, pero yo voluntariamente dispenso al porvenir la promesa que me hizo la hija de un mundo desconocido.



Es muy extraño que se pueda penetrar de esta suerte en el supremo refugio de nuestro sér, y leer mejor que nosotros pensamientos y sentimientos algunas veces, olvidados ó rechazados, pero siempre vivos. Es verdaderamente desconcertante que un extraño ahonde más que nosotros en nuestro propio corazón. Esto arroja una luz singular sobre la naturaleza de nuestra vida interior. Por mucho que nos aislemos y encerremos, nuestra conciencia no se estanca, huye, no nos pertenece; y si bien es verdad que es menester que concurren circunstancias especiales para que otro se instale y tome posesión de ella, es también cierto que en la vida normal, nuestro «foro interno», como se le ha llamado con la intuición profunda que se encuentra en la etimología de las palabras, es una especie de foro, de mercado espiritual, donde la mayor parte de los que negocian van y vienen á su agrado, fijan la mirada y escogen las verdades de un modo muy

distinto y mucho más libremente de lo que hemos creído hasta ahora.

Pero dejemos este punto, que no es objeto de nuestro estudio. Lo que quisiera descubrir en las predicciones de Julia es la parte que á mí mismo me era desconocida. ¿Fué más allá de lo que yo sabía? No lo creo. Cuando me habló del feliz éxito del negocio, era el éxito que yo preví, y que en rigor satisfacía la parte egoísta y grosera del instinto, aunque mi voluntad, fiel á un deber elemental, estuviese decidida á sacrificarlo todo antes que separarse de este deber, prefiriendo un mezquino triunfo personal. Es, por tanto, notable que en las comunicaciones de este género, la voz secreta del instinto se deje oír mucho más claramente que la de la voluntad mejor determinada. Así, cuando me anunció la muerte del adversario, no hacía más que revelar un secreto deseo de este mismo instinto, uno de esos deseos cobardes y vergonzosos que nos ocultamos á nosotros mismos y que no se elevan hasta nuestro pensamiento. Realmente no habría profecía á menos que, contra toda esperanza, contra toda verosimilitud, esta muerte sobreviniese de aquí á poco. Pero aun cuando sobreviniese próximamente, no sería, según creo, la pitonisa quien hubiera penetrado el porvenir, sino yo, mi instinto, mi sér inconsciente que preveía un acontecimiento al cual se hallaba ligado. Ella hubiera leído en el Tiempo, no absolutamente y como en un libro universal donde todo lo que debe tener lugar está escrito, sino por mí, á través de mí, en mi intuición particular, y no hubiera hecho más que traducir lo que mi inconsciencia no podía decir á mi pensamiento.

Imagino que lo mismo sucedió con las dos personas que fueron á consultarle. Aquella á quien predijo la muerte de un amigo probablemente tenía, á pesar de la seguridad que la razón daba á la amistad, la convicción íntima, natural ó adivinatrix, pero enérgicamente sofocada, de que el enfermo sucumbiría, y esta fué la convicción que la sonámbula descubrió entre los dulces suspiros que

se esforzaban por engañarla. En cuanto á la segunda, que encontró inopinadamente un objeto extraviado, es difícil conocer con bastante exactitud el estado de espíritu de otro para decidir si tuvo doble vista ó simple reminiscencia. El que había perdido el objeto, ¿ignoraba absolutamente en qué lugar y en qué circunstancias lo había perdido? Afirmo que sí, que jamás había tenido la menor noción de él, que, al contrario, estaba persuadido de que el objeto no se había extraviado, sino que se lo habían robado, y que sospechaba en uno de sus domésticos. Pero es posible que, sin parar atención en ello su inteligencia, su yo despierto, la parte inconsciente y como adormecida de su sér, recordase el lugar donde el objeto estaba depositado. Siendo así, por un milagro no menos maravilloso, pero de otro orden, la pitonisa habría despertado el recuerdo latente y casi animal, sacándolo á luz.



¿Sucederá así con todas las predicciones? Bastaríales á las profecías de los grandes profetas, á los oráculos de las grandes sibilas, de las pitonisas reflejar, traducir y elevar de esta suerte al mundo inteligible la instintiva clarividencia de los individuos ó de los pueblos que los escuchaban? Acepte cada uno la respuesta ó la hipótesis que le sugiera su propia experiencia. Yo he expuesto la mía con la simplicidad y la sinceridad que exigen las cosas de la naturaleza.

Es, lo repito, casi increíble que no sepamos nada de lo porvenir. Imagino que estamos frente á él, como frente á un algo olvidado. Podríamos intentar recordarlo. Algunos hechos insinúan que no es imposible. Todo sería cuestión de inventar ó de encontrar el camino del recuerdo que nos precede.

Concibo que no tengamos facultades para conocer de antemano las revoluciones de los elementos, el destino de los planetas, de la tierra, de los imperios, de los pue-

blos y de las razas. Esto no nos afecta directamente y no lo sabemos en el pasado sino gracias á los artificios de la historia. Pero lo que nos atañe, lo que está á nuestro alcance, lo que debe desenvolverse en la reducida esfera de los años, secreción espiritual que nos envuelve en el Tiempo, como la concha ó el capullo envuelve en el Espacio al molusco ó al insecto, esto y todos los acontecimientos exteriores que á ello se refieren, está probablemente inscrito en nuestra esfera. En todo caso, sería mucho más natural y comprensible que lo fuese. Hay realidades en lucha con una ilusión, y nada nos impide creer que, aquí, como en todo, las realidades acabe por vencer á la ilusión. Las realidades son lo que no sucederá, habiendo ya sucedido en la historia que pesa sobre la nuestra, en la historia inmóvil y sobrehumana del universo. La ilusión es el velo opaco, formado por esos hilos efímeros llamados ayer, hoy y mañana, que tejemos sobre estas realidades. Pero no es indispensable que todo nuestro sér sea eternamente víctima de esta ilusión. Podemos preguntarnos si nuestra extraordinaria ineptitud para conocer una cosa tan sencilla, tan indiscutible, tan perfecta y tan necesaria como lo porvenir, no será uno de las mayores ocasiones de asombro y admiración para un habitante de otra estrella que nos visitase.

Hoy día esto nos parece tan profundamente imposible, que nos cuesta trabajo imaginar cómo la realidad cierta del porvenir había de refutar las objeciones que le hacemos en nombre de la ilusión orgánica de nuestro espíritu.

Decimos, por ejemplo: si en el momento de emprender un negocio pudiésemos saber que el éxito sería infausto, no lo emprenderíamos: y, por consiguiente, toda vez que debe estar escrito en alguna parte en el tiempo, antes de nuestra interrogación, que el negocio no se llevará á cabo en vista de que renunciamos á él, no sabríamos prevenir el éxito de lo que no hubiera tenido principio, etc.

Para no extraviarnos en este camino que nos llevaría á

lugares un tanto extraños, nos bastará decir que el porvenir, como todo lo que existe, es probablemente más coherente y más lógico que la lógica de nuestra imaginación, y que todas nuestras vacilaciones é incertidumbres estarán comprendidas en sus previsiones. Por lo demás, persuadámonos de que la marcha de los sucesos no se desviaría apenas si la conociésemos de antemano.

En primer lugar, no conocerán lo porvenir ó una parte de él sino aquellos que quieran tomarse el trabajo de estudiarlo; como no conocen el pasado sino aquellos que tienen el valor y el talento de interrogarlo. Nos adaptaríamos pronto á las lecciones de esta ciencia nueva, del mismo modo que nos hemos adaptado á las de la historia. Causaríamos los males que pudieran quedar impunes, así como aquellos que fuesen inevitables. Los más sabios reducirían el caudal de estos males y los otros irían delante de ellos, como van ahora delante de muchos desastres ciertos y que es fácil predecir. Disminuiría algo la suma de nuestros deberes, pero menos de lo que esperamos; porque ya nuestra razón sabe prever una parte de lo porvenir, si no con la evidencia material que soñamos, al menos con una certeza moral generalmente satisfactoria; y observemos que la mayor parte de los hombres apenas sacan provecho de estas predicciones tan fáciles. Menospreciarán los consejos de lo porvenir, como oyen, sin seguir las advertencias del pasado.



GLOSARIO DEL MES

ESTE cuaderno en blanco será desde hoy el libro de memorias de la redacción. En él escribiremos diariamente nuestras impresiones — íntimas y sinceras — acerca de las cosas ocurridas. A última hora, todos los meses arrancaremos para llevarlas á la imprenta las páginas más sabrosas; pocas ó muchas, según los hechos y nuestro buen humor. Este cuaderno en blanco será desde hoy el libro de memorias de la redacción.

LA república, «régimen natural de las épocas materialistas», ha muerto de empacho de legalidad. Yo presiento, sin embargo, que en lo porvenir, *Deo ignoto*, será de nuevo, en cuanto encarnación de la libertad, el ideal político. Necesita vivir su propia ideología para crear un hecho nuevo que, por su propia cualidad de hecho, se convierta en derecho. No importa perderse en los laberintos del «sentimentalismo», expresión desdeñosa que Bülow emplea para defender el imperialismo británico y repetir el *Was ist uns Hecuba* del canciller de

hierro. La lección de las cosas sólo puede invocarse cuando de espíritus cultivados se trata. Menos sequedad de corazón y más paraísos donde realizar los grandes sueños. Desconfío de que Picón, Estévanez y demás poetas del banquete cívico, consigan en el Parlamento, si al Parlamento van, nada de lo que se proponen. Nakens, rechazando el acta que sus amigos de Valencia le ofrecían, tuvo el escepticismo necesario. En su vida de sencillez y de generosidad, aprendió que el ir al Parlamento era ir á malgastar el tiempo, á ser humillado por un imbécil que sabe cuatro datos estadísticos; por lo que Taine llamaba «el modelo reinante». ¡Oh, las cifras citadas con exactitud! Ya lo notaba Stendhal en su diario de viaje: más que una conclusión moral vale una ruin marrullería, y en política abundan éstas que es una bendición.

YA nadie habla de Eusebio Blasco, que tanto habló. Únicamente tal cual periódico provinciano cuenta una velada en su honor. Preocupáronse las damas, sus lectoras, de si murió cristianamente. Yo sé que su obra murió con él. Es triste que un vivir consumido en el trabajo no deje huella, no trace surco... Y es que Eusebio Blasco, el *maestro* Blasco, ha sido muestra brillante y deplorable de esa funesta facilidad de aptitudes con que casi todos los españoles nacemos para todo. Versos fáciles, comedias fáciles, crónicas revoltosas y fáciles también. Labor de espigandera, que nunca hace tesoro. ¿Tendrá este nuestro sol la culpa de la culpa? Tantas ideas como nos nacen *por la luz tornasoladas*—feliz expresión de un poeta,—acaso nos deslumbran, no dejándonos caminar en persecución de las ideas madres, que tienen casi todas color gris, como que andan vestidas de niebla... Además, ¿quién nos mostró cómo se trabaja? Somos hijos de una generación de impulsivos... y aun, físicamente, después de pensar nos duele la cabeza. Debiéramos añadir en nuestras letanías:

De la aptitud multiforme, líbranos, ¡oh, Belleza!
De las ideas fáciles, líbranos.

Te rogamos:

Que nuestra labor sea ardua.

Que fecundemos nuestro campo con sudor de sangre.

Que no nazcan flores junto á nuestras espigas.

Que la tierra nos sea dura.

Para que sea fiel.

Y guarde en sus entrañas nuestro germen.

Acaso debiéramos; pero ¿sabríamos perseverar?

BAJO la sinfonía dulce del sol, en la tardecita quieta y tan dulce, todos hemos visto estos pasados días la bandada de niñas blancas en los jardines llenos de brotes y de aroma de primavera. Dicenta nos dijo en *El Liberal* bellas cosas sobre esas mariposas de nieve y sobre el buen gusto de la maestra que tan bien vestía á sus niñas. Verdaderamente, la visión era dulce y muy consoladora. Sepa esa buena maestra que le agradecemos todos su divina ocurrencia, porque nos ha llenado de bien el corazón, porque nos ha acariciado toda el alma y porque ha hecho sonreír á nuestros labios, al ver á sus niñitas vestidas de blanco, en medio de la primavera, dentro de la ciudad grande y fría, á la música flotante y melancólica del sol.

SE estrenó «Por la herida»; *naturalmente*, gustó á medias. Benavente ha hecho en un acto primoroso un drama lleno de tinieblas morales. Pasiones sin grandeza dan su fruto amargo y llenan de cenizas el final de la obra. Nada de hipocresía benévola en las cortas y punzantes escenas; desenlace lógico y acaso por lo mismo, inmoral. Y en los finales es precisamente donde el público no puede sufrir la inmoralidad. Las escabrosidades de cuatro actos pueden hasta aplaudirse cuando al fin de la obra triunfa la virtud. Es un fenómeno psicológico digno de estudio; una comodidad de conciencia. Aún se cree, y se creará siempre, porque la acción es didáctica por esencia, en la virtud docente de la obra dramática. Por eso una buena terminación de drama escabroso da sanción á las situaciones, las más de las veces también

escabrosas, de los que escuchan, y la conciencia—la gran sofista—se tranquiliza; ¡al cabo cosas peores pueden acabar bien! ¡Hay arrepentimientos! ¡Hay arreglos! ¡Hay soluciones tan morales!... Pero cuando el final da razón á la sentencia—¡quien mal anda mal acaba!—entonces es el espeluznarse de las susceptibilidades. Los hechos se ponen de punta y molestan, ¡vaya si molestan!

¡Cuidemos los finales!

No sé de lo que se trata: supongo que de lo de siempre. A propósito de una petición al ministro, en mis tiempos de estudiante, tomábamos pretexto para huir ocho ó diez días de los aborrecibles claustros universitarios, con su olor á moho, á vetustez, á saber polvoriento. La gloria de una de estas bellas mañanas primaverales vale bastante más que una página de Tito Livio con su *rum-rum* de siglos dormidos. Cuando se sale de la Universidad, propicio á disertar *de omni re scibili*, como cualquier Pico de la Mirándola banal, apenas si se sabe nada de la vida. Mucho discutir sobre la inmortalidad del alma y el estilo de Cicerón, pero ¿hay alguien que haya despertado en uno el amor á la naturaleza, «esa gran flor llena de armonía», según el verbo de Renán?

Quand on est jeune on a des matins triomphantes.

Goza de ellas ¡oh, escolares de todos los tiempos! que la brisa acariciante y olorosa de la primavera tiene mucho más encanto que Plinio el Joven. Y así, á propósito de una petición cualquiera, huid de los claustros universitarios, tristes y sombríos como la ciencia de los libros...

BAJO la luz blanca y muy fría de los arcos voltaicos, los caballeros Pini y Merignac han cruzado sus odios bajo la careta, sus sonrisas sobre la frente libre. Espectáculo. Pini de negro y blanco, sereno y traidor; Merignac de ocre, con el cabello revuelto y el aire fanfarrón. Gritos, gestos, protestas, botonazos—alguno por la espalda,—y sonrisas. Parece que Pini, batiendo la mano de su contrario, ha demostrado que la calva reluciente puede

ser juvenil. Luego, los periódicos han dicho que, en Lisboa, su florete ha herido verdaderamente. Y esto hace pensar en un azar amigo del otoño que ha quitado el botón al hierro blanco para teñirlo con la sangre de la primavera, cuando la primavera se descuida.

HAN bautizado al nuevo infante, hijo de príncipes, poniendo su personalidad bajo la salvaguardia de nombres que fueron heroicos: ¡Fernando, Alfonso, Carlos! Y pensaba yo en la inmensa melancolía de la realeza, el más triste de todos los *jardines abandonados*. Fórmulas huecamente sonantes en palacios vacíos, gozos y penas que el pueblo no comparte, tronos asentados sobre indiferencia, majestades ungidas con tedio, que no saben si viven ó si han muerto, porque nadie las ama ni las odia.

Los niños se han puesto de moda en España; en Madrid, especialmente, hacen furor... Y dice una reciente circular dirigida á los maestros: «En los presupuestos de material para la escuela no podrán incluirse sino libros que hayan sido escritos en castellano.» Es verdad, ¿para qué necesitamos, por ejemplo, *El diario de un niño*, de Amicis, teniendo en casa ¡¡*La buena Juanita!!*, de un Sr. Mediero? Hay que leerla y hacerla leer. Y después en cuadernar en oro la colección de libros españoles que andan por las escuelas. La lista sería cosa de nunca acabar... ¡Es tan abrumadoramente prolífico el intelecto del magisterio español!

MADRID. Los tranvías eléctricos han tomado la costumbre de aplastar niños. Es dolorosa y extraña esa costumbre. La verdad es que los niños—el único resto del cielo—no debían ya existir en la vida. ¿Para qué hacen falta? ¿para que los maten los tranvías? Los niños, hay que confesarlo, no sirven para nada. ¡Quién sabe lo que puede el espíritu gris del progreso! Probablemente, muy pronto nacerán los individuos de la variedad humana con desarrollo suficiente para ganar, desde primera hora, la

vida; por lo menos nacerán con largos y afilados dientes. Las cosas inútiles—poetas, rosas, niños,—morirán por completo; de ellos sólo quedará el recuerdo; lo que ha quedado de los dioses, de las ninfas, de los Cupidos. Así lo quiere la blanca chimenea y sobre todo el distinguido tranvía. Bien, que desaparezcan. Y parece que la destrucción empieza por los niños. Lo peor es que cuando falten los niños—las manecitas rosadas, los cabellos de oro—también se morirán los viejos, los pobres viejos, de frío, de tristeza, de falta de caricias.

EN el teatro Lírico se ha estrenado una zarzuela grande—por todos conceptos—titulada: *Ines de Castro ó reinar después de morir*. No sabemos á punto fijo lo que su autor, el Sr. D. José Juan Cadenas, se ha propuesto al escribirla ó al arreglarla. Lo único que se aprecia, desde luego, es una pobreza absoluta de dones espirituales en los autores y una carencia total de ambiente y de tonalidades en la obra. Es verdaderamente lamentable que la buena y distinguida prensa, la prensa excelente y fatal, prodigue elogios y distribuya coronas de laurel á tanto cerebro rudimentario, á tanta lira desdichada... Al salir del teatro una luna dulce y triste alumbraba aquella noche, los jardines dormidos, los palacios cerrados. Y el corazón se iba á las estrellas, y la frente pensaba con alegría en la buena obra de estos señores poetas, distinguidos y muy retribuidos—en aplausos y en moneda—que nos proporcionan el lado basto, grosero, rojo y chillón de la vida, para que podamos mejor gozar la tristeza y la pureza de lo fino, de lo delicado, de lo azul y de lo ténue.

LA Sociedad de Conciertos, en esto estamos todos de acuerdo, ha realizado y realiza en España una de las labores artísticas más loables. Cultiva á Beethoven bastante. — Ultimamente dieron la *Novena*, aquella que Gervinus llama la bienvenida, reconociendo la propiedad de la música instrumental.—Esto claro es que me parece admirable. Como Wagner creo en Dios, en Beethoven y

en Mozart, y oyendo sus sinfonías «toda la miseria de la humanidad me envenena». Los patriarcas de la música alemana, Bach y Haendel, precursores inmediatos de Mozart, están, sin embargo, con éste un tanto olvidados. No sé qué razones habrá para ello. El autor de *La flauta encantada* tiene tres sinfonías:—la en *sol menor*, la en *mi bemol mayor* y la en *do mayor*—que son la perfección misma y que desde hace mucho tiempo no se dan en Madrid. Un eminente crítico alemán, decidido partidario de los modernos, que me redime de dar á esta nota cierto tono de admonición, dice «que el programa normal debe ser siempre aquel que esté compuesto por Haydn, Beethoven y Mozart; y si alguno de los tres debiera ceder su sitio en favor de uno nuevo, que sea alguna vez Beethoven, raramente Mozart y Haydn nunca.»

LA primavera ha nacido nueva y dulcemente, entre cañonazos de sol y florecimiento de rosas, bajo la bandera del cielo azul. Esta vez la vieja primavera aparece tibia y aromada, con su música íntima para los enfermos, buena y consoladora de la tristeza amarilla del otoño; y esta vez, bendita primavera, bien se te puede llamar primavera, y primavera alegre y primavera azul. Porque los brotes de tus árboles han surgido sin nieve y sin miedo, en una pompa de gracia y de verdor. La tierra antigua y sagrada tiene toda su alma escondida en tí, porque tú eres su corazón. Pronto las lilas abrirán el ensueño de sus flores, y todos los matices amigos del sol y las irisaciones del agua de las fuentes y las niñas vestiditas de blanco, todo vendrá de no se sabe dónde, para unir su aroma y su alegría, y su caricia y su frescura, y su risa, á tu coro de felicidad, ¡oh, nueva y dulce primavera! Y vendrán las noches claras y tristes, noches de luna, sobre los jardines floridos, sobre los nardos, sobre las magnolias, sobre todas las flores de esencia amiga, blancas entre la penumbra del mundo.

HELIOS

DE ARTE

ADMIRADORES fervorosos de todo lo que es bello, ninguna manifestación artística quisiéramos ajena á esta publicación. Al soñar la Revista, la soñamos *de arte*, y hubiéramos deseado que en ella, tanto como la manifestación literaria, hallasen hogar y palenque las manifestaciones plásticas de la belleza.

Pero he aquí que el mostrar gráficamente lo que el arte es, resulta empeño por costoso, imposible para una empresa como la nuestra, no de ricos, sino de artistas. Lo que nosotros hubiéramos deseado hacer, alta información gráfica de arte moderno en Europa y fuera de Europa, demostración de tendencias, exhibición de escuelas, mediante la reproducción de las obras guías, es por hoy superior á nuestros medios. Todo llegará, sin embargo: esperémoslo cuando menos. Tarde ó temprano, en esta Revista ó en otra hermana suya podremos realizar nuestro propósito ofreciendo, unidas al juicio del público, las artes hermanas.

Y ahora, ya que no podemos hacer ver, haremos oír y hablaremos de cosas de arte: siempre es consuelo decir de los ausentes.

Antes de darnos á vagar por cuenta propia á través de tales amenas sendas, queremos hoy tratar cuestiones un tanto desagradables, á un tiempo mismo relacionadas con el arte y de él divorciadas, miseriucas y pasioncillas que se ponen al descubierto en este desdichado país, cada vez que han de entrar en juego fuerzas é iniciativas en cierto modo nacionales, siempre que el arte cae bajo el antipático dominio de la política, eterna entorpecedora entre nosotros de todo esfuerzo que á generosidad ó á hermosura se encamine.



Hablaremos primeramente del monumento á Don Alfonso XII. Asunto es este todavía de triste actualidad.

Y antes de nada, puesto que nunca perjudica poner en evidencia la verdad, aun cuando sea de todos conocida, hágase una vez más la historia de esta *historia*.

Pensóse en hacer un grandioso monumento en honor de D. Alfonso XII.

No hemos de discutir la idea del monumento. Trátase

de perpetuar la memoria de un rey. La nación, para llevar á cabo tal obra, pide ayuda á la belleza. Nada puede objetarse. De todos tiempos es el fijar los grandes sentimientos en obras bellas.

Después de haberle encargado oficiosamente á dos artistas, y ante la protesta de los demás, salió á concurso el monumento; pero no fué completa la victoria. Las bases del concurso fueron completamente absurdas y mostraron bien á las claras el ningún deseo que la Comisión tenía de confiar *por entero* la obra al artista que triunfase, y sobre todo el afán de conservar la mayor tajada posible *para uso* de favoritos y paniaguados. Marcábase en ellas, á este fin, la libertad en que la susodicha Comisión quedaba de confiar detalles diversos del monumento, y hasta la misma estatua ecuestre, parte esencial del mismo, á los artistas que juzgase oportuno, si bien trabajando todos ellos bajo la dirección del premiado.

Esta condición extraordinaria es prueba palpable de que la perfección del monumento fué la idea que menos preocupó á los iniciadores del tal concurso. En efecto. ¿Qué perfección cabe en una obra artística desprovista de unidad, condición esencial de belleza? Diráse que la unidad existiría en la esencia, puesto que siendo el monumento en sus líneas generales, concepción de un solo artista, todos los que en él colaborasen habrían de sujetarse á la idea principal. ¿Pero existe artista capaz, aun con la mejor voluntad del mundo, de interpretar una idea ajena sin impregnarla de su propia y característica manera de ser y de sentir? ¿Hay nada más subjetivo é individual que la encarnación de la idea en la obra de arte? Verdad que este temor á lo inarmónico, á lo desquiciado y hasta á lo diametralmente opuesto en cuestiones de estética, no está hecho para preocupar gran cosa en un país donde á diario se colocan, con general aplauso, lámparas góticas en catedrales del renacimiento y viceversa.

Consistía el premio anunciado en 5.000 pesetas; nombróse para otorgarle un Jurado compuesto de veintitrés miembros, entre los cuales, cosa verdaderamente muy puesta en razón para juzgar un proyecto de arte, no había un solo artista; todos eran políticos ilustres, pero... nada más que políticos. Muy poco... ó demasiado para formular un fallo de tal índole.

A pesar de todo, los escultores españoles, eternos niños grandes, que todavía creen en la sinceridad de los hombres, ilusionados por su trato constante con la Belleza que nunca engaña, acudieron con entusiasmo al llama-

miento. Presentáronse muchos y muy buenos proyectos... Pero el concurso era de escultores y para esculturas: como lógica consecuencia, el premio fué concedido á un arquitecto y por una obra arquitectónica,... y se concedió con las circunstancias siguientes, no sé si atenuantes ó agravantes:

1.^a Las bases del concurso exigían modelo corpóreo y no planos. En efecto, todos los proyectos presentados cumplieron la tal condición; todos eran bocetos de bulto... todos, menos el que obtuvo el premio...

2.^a Convocóse el concurso para una *Estatua ecuestre del rey D. Alfonso XII*. La estatua era la parte esencial del monumento; en ella se esmeraron y reunieron la suma de su esfuerzo todos los escultores concurrentes. El proyecto premiado era en esto más original que todos: en él la estatua ecuestre era un detalle sin importancia, tan sin importancia, que el autor no se tomó siquiera el trabajo de pensar en ella y se limitó á llenar el espacio que debe corresponderle con unos cuantos trazos que, mal ó bien, quieren representar un hombre á caballo.

3.^a Si el concurso, dado el fallo, fué para obras de construcción, ¿por qué no se anunció entre arquitectos? ¿Es que, acaso, llega la ignorancia oficial á no saber quién construye edificios y quién estatuas?

4.^a En un Jurado compuesto de veintitrés individuos, todos ellos, una vez admitidos á formarle, oficialmente competentes, se adjudicó el premio por ocho votos. ¿Desde cuándo se admiten como mayoría absoluta ocho votos donde hay veintitrés voces?...

Toda la prensa al enterarse del fallo hizo oír ruidosas censuras fundándose en las razones antedichas. Se había atentado abiertamente contra la justicia y la buena fe. Los clamoreos fueron inútiles, y para ahogar las censuras bajo la pesadumbre de los hechos, se empezaron las obras; el mundo oficial celebró con tal motivo una de sus fiestas de etiqueta; cayó el agua bendita sobre un pedrusco más, y empezó la nación que paga á esperar la obra. Ahora, la obra á medio hacer, se habla de descontentos, se dice que los fondos se gastan con discreción escasa y menos que mediano acierto moral, se habla de... lo de siempre... de dinero de muchos en manos de pocos, ¡azarres de la vida!

Y en las obras del monumento se trabaja á días, á días se huelga; allá está la obra nonnata, dormida á la margen de las aguas cenagosas, tan quieta como ellas... Junto al estanque... y del lado de allá. Acaso sea este el supremo

acierto de la idea. Haber emplazado el monumento de tal suerte, que para apreciarlo en conjunto sea preciso estar á distancia tan digna de respeto.

¡Pobre monumento: expresión de un arranque patriótico, de un afecto nacional!—al menos así se quiso que lo fuese—condenado á servir de abrigo á un restaurant y á un embarcadero. ¡Oh, gloria *mundi*!



En mal hora al Cardenal galante monseñor Richelieu se le ocurrió fundar una corporación, de oficiales privilegios, denominada Academia. Sus protegidos, los que en virtud de amañes y trampantojos ostentaron una representación falsa y una autoridad que no tenían, y todos los que en el rodar de los años vinieron á repantigar sus finchadas personalidades en las poltronas de origen cardinal (casi divino), fueron objeto de convencido desdén, cuando no de mortificantes críticas, por parte de la masa general de los trabajadores concienzudos y serenos, los espíritus amantes de la belleza que purifican sus obras en una labor solitaria, austera, ajenos á todo lo que pueda traducirse en limitaciones, sean de un orden ó de otro. Piron decía irónicamente de sí mismo componiendo un epitafio:

«Aquí yace uno que no fué nada,
ni tan siquiera académico.»

Chamfort ejerció á costa de ellos su ingenio agresivo. Y no sé qué escritor humorista, refiriéndose al espadín que en su uniforme lucen, aseguraba que servía para mechar la lengua.

Este nuevo modo de academias, tan opuesto al clásico griego, fué tomado de Francia por muchas naciones.

Nosotros tenemos una superabundancia que ya quisiéramos en otros órdenes de vida. Con la Academia de la Lengua no hemos de mostrar agresivas insinuaciones, por ahora; hartó ha sufrido con las continuas y á la verdad justas iras que desde algún tiempo á esta parte viene provocando. Es el ambiente de las academias pernicioso, fatal. No creemos, como alguien asegura, que el discreto se torne idiota, y el idiota se agrave en su limitación nativa, tan pronto como traspasan esos fatídicos umbrales; pero es un hecho cierto, innegable y que cualquiera puede comprobar á poco que se esfuerce, el deletéreo influjo que ejerce el medio ramplón y anodino de las academias,

la necedad recalcitrante de la mayoría de sus miembros sobre los pocos, contados, que con personalidad definida han ingresado en ellas. La Academia, en términos generales, representa la rutina contumaz, el funcionamiento mecánico de un cerebro momificado, el triunfo de la pauta tradicional é ilógica, la imposición irritante, por lo absurda, de un criterio preconcebido y de cánones oficiales sin base científica, es algo que marcha por un mismo carril años y años sin preocuparse de la evolución de los tiempos. Ved la Academia de San Fernando. En ella parece que los jóvenes artistas pierden sus rasgos peculiares y su temperamento propio, para sumarse y confundirse en la masa incongrua y mazorril de lo vulgar, lo repetido, lo amanerado; sus obras plásticas son la más antipática traducción de la frase hecha y del lugar común, de lo que anda en labios de todos sin base de vida. Parece que á la entrada de la Academia hay un espeso y altísimo muro que la separa de la realidad, que es fecunda y bella cuando es sana. Y luego, vemos esa pléyade de obras, esculturas sobadas, viscosas por lo suavemente repugnante de un modelado femenino, rígida y acartonada en sus proporciones académicas, producto de una abstracción errónea—pobres monstruos muertos sin que nunca hayan vivido,—cuadros lamidos y acromados, llenos de velaturas, de oscilaciones, de tonos convencionales en una gamuza falsa que ha sido impuesta, pálidos de expresión, carentes de espíritu, ayunos de realidad. Ese es el arte académico, así anda el arte oficial.



¡Cuántas peregrinas cosas podrían decirse á propósito de estos dos asuntos!

Algunas, Dios mediante, habremos nosotros de decir: por hoy el destino ha dispuesto, sin duda, no dejarnos pasar de los prólogos, y he aquí que las tiranías del espacio nos fuerzan á callar... Sirva de introducción lo poco que va escrito á lo mucho que se ha de escribir.

EDMUNDO ABEL

INFORMACION LITERARIA

EL HUMANISMO

CONOCIDA es la afición *à outrance* que nuestros vecinos los franceses profesan á todo lo que sea bullicio y gárrula ostentación. Esta tendencia de su temperamento les ha impelido en el terreno literario á crear distintos grupos y escuelas artísticas, que entre sí lucharon con encono. En la última mitad del pasado siglo se han sucedido unas teorías á otras con rara precipitación, y se arrojaron sus denuestos y rencores en frecuentes manifiestos y programas, que han vivido lo que viven las rosas, «l'espace d'un matin». Recordad el *Parnasianismo*, *naturalismo*, *diabolismo*, *decadentismo*, *simbolismo*, *psicologismo*; y luego las escuelas de la *impasibilidad*, la *instrumento-evolucionista*, la *suntuaria*, y otras muchas; todas con sendos manifiestos que suscitaron agrias polémicas. Poéticamente, sobre todo, superabundan los encasillados y clasificaciones; cuanto pueda traducirse en lucha de banderías y estrechez de criterio. Los poetas franceses, en general, son turbulentos y doctrinarios. Los simbolistas, tras encarnizada lucha con los Parnasianos, gozaban de un triunfo plácido y á la verdad poco fecundo en buenas obras, cuando, he ahí, que un joven fogoso y entusiasta, secundado por un sesudo crítico inventa otra nueva escuela poética, «El humanismo». El primero, desde las columnas del *Figaro* lanza al mundo estupefacto, un manifiesto rebosante de fogosidad juvenil y de candorosos optimismos; el segundo, desde *Le Temps*, con grave entonación de magisterio dogmático, sanciona la lucubración del poeta joven. Ved ya creada una nueva secta, sin prosélitos, claro está, pero con su crítico grave y su poeta fogoso. Este es *el humanismo*, que ha venido á sustituir al simbolismo, y cuyos corifeos y discípulos únicos son Fernand Gregh, poeta y Gastón Deschamps, crítico. En rigor, esto de que hayan venido á sustituir al simbolismo, yo no lo creo, aunque así lo afirmen los dos humanistas en cuestión, y si del humanismo hablo, es tan

sólo á título de actualidad palpitante, razón de bastante peso en esta época.

El descubrimiento del humanismo data del 12 de Diciembre de 1902, que cayó en viernes por sabio designio de la providencia. Fernand Gregh, que es un buen poeta, aunque mal inventor, expone *algunas de las razones que militan en favor del humanismo*. Ante todo, y como previa advertencia, es preciso saber que *el humanismo no es un sistema de filosofía, ó si se quiere, una religión opuesta al deísmo, nada de eso; el humanismo es, antes que nada, una estética, y esencialmente una poética*. Después de esta peregrina afirmación, Fernand Gregh examina las dos últimas escuelas que florecieron en Francia, son á saber: el parnaso y el simbolismo.

«La teoría del parnaso—dice—ha sido la del arte por el arte, mejor dicho, de la belleza por la belleza. Agnósticos del arte, los parnasianos han restringido el campo de la poesía del mismo modo que el agnosticismo había restringido el campo de la filosofía... Los parnasianos *despersonalizaron, objetivaron* la inspiración; prohibieron á su musa toda pasión tumultuosa que agitase los pliegues de su túnica, y la encerraron, según fórmula más tarde vulgarizada, en la torre de marfil. Todos ellos han hecho suyo

Je hais le mouvement qui déplace les lignes
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris.

Pero aunque á su torre fuesen á menudo, como ciudadela inexpugnable, los parnasianos salían á veces de ella para mezclarse con la vida... Los simbolistas tomaron como ideal el Misterio. Si los parnasianos eran agnósticos, los simbolistas fueron místicos. La teoría de la belleza por la belleza se convirtió en la teoría de la belleza por el ensueño. Abandonaron deliberadamente, no sólo la vida subjetiva, el yo romántico, sino la vida entera, subjetiva y objetiva; se enclaustraron en el ensueño; habitaron de la torre de marfil un piso más alto que los parnasianos; se alejaron aún más de la tierra... ¿Qué les ha faltado, pues, á los parnasianos y simbolistas para satisfa-



cernos plenamente? La humanidad... Nosotros soñamos con un arte más entusiasta y más tierno; más íntimo é intenso; un arte directo, vivo, y en una palabra que lo resume todo: humano... No somos ni místicos ni escépticos; estamos sumidos en la vida, y es preciso comprenderla y vivirla...» Y tras otros conceptos muy similares á los ya traducidos, termina el manifiesto con la siguiente increpación á los hijos de Apolo: «Poetas de hoy ó de mañana—y con esta palabra comprendo en el bello sentido etimológico, á todos los que crean,—seamos hombres.» Por el momento, ningún poeta protestó de esta supuesta virilidad que el intrépido inventor les atribuye. Más tarde, Stuart Merrill, en un bello artículo publicado en *La Plume*, se queja irónicamente de tan deprimente hipótesis. A los pocos días de aparecido el manifiesto lustral—adjetivo este que me parece el más apropiado—Gaston Deschamps, en *Le Temps*, nos pone al corriente de cómo él opinaba lo mismo que el poeta Gregh y de cómo había que ser hombres ante todo; y terminaba afirmando, por mútuo convenio con su compañero, que el simbolismo estaba ya muerto y enterrado. Esto último, como es natural, produjo las necesarias rectificaciones. André Beaunier, que es hombre de muy claro talento y múltiple cultura, escribió en *Le Figaro* un luminoso artículo titulado «La poesía de hoy»; y posteriormente René Doumic y Stuart Merrill, en la *Revista de Ambos Mundos* y en *La Plume*, respectivamente, escriben sendos estudios en que aparecen ideas muy semejantes.

La rectificación de Beaunier es concisa, pero rotunda é inapelable.

«Desde luego me parece—dice el crítico—que el entierro del simbolismo es un tanto prematuro. Desconfiemos de esas inhumaciones apresuradas...»

«Entre los grandes poetas simbolistas—escribe más tarde—no mencionaré, para ser breve, más que á Gustave Kahn, Emile Verhaeren, Francis Vielé-Griffin, Maurice Maeterlinck, Henry de Régnier... Estos cinco poetas, á lo que creo, gozan de buena salud, son jóvenes. Los últimos

poemas que han publicado son recientes. No sé, por ahora, que ninguno de ellos haya manifestado su intención de pasarse al humanismo... En verdad os digo, que el simbolismo no ha muerto, y es precipitada desenvoltura el querer celebrar tan presto sus pompas fúnebres.

Entretanto, M. Fernand Gregh hace al simbolismo dos objeciones: la falta de claridad y la falta de vida.

Por lo que se refiere á la primera, reconozco que algunos escritos simbolistas no son siempre de una prodigiosa claridad. Tan sólo algunos. Aparte de que si la oscuridad es un defecto, la excesiva claridad en poesía puede ser otro aún más grave.

Vive le vin, s'il est sincere et pur de fraude,

que es un verso de cierto humanista, es demasiado claro... Por otra parte, es preciso confesar que si ciertas ideas son de fácil expresión (sirva de ejemplo el precedente elogio del vino no falsificado), otras por el contrario, debido á su cualidad de sutileza, no se dejan fácilmente poner en alejandrinos.»

«En cuanto á la falta de vida, entendámonos. M. Fernand Gregh encuentra á los simbolistas *fríos*. Esto me asombra. ¿Fría la obra febril de Verhaeren? ¿Fría *La canción del amante*, de Gustave Kahn? ¿Fría *La claridad de la vida*, de Vielé-Griffin? ¿Frío el apasionado drama *Pelleas et Melisande*?.....»

«El reproche que Gregh hace al simbolismo de alejarse de la vida, es frívolo y de poco fuste. Todos los libros de Stuart Merrill y de Verhaeren están impregnados de una intensa inquietud social. Problemas sociales tan concretos como, por ejemplo, el de la emigración de los aldeanos á las ciudades, es el asunto de *Las campiñas apasionadas* y *Las ciudades tentaculares*.»

«Los simbolistas tienen también el derecho de decir con el antiguo: «Hombre soy y nada de lo que es humano lo juzgo ajeno á mí.» Fueron hombres y son hombres; la obra que comenzaron y que acabarán no es inhumana.»

La crítica de Beaunier es de las que no tienen réplica. Los dos y únicos humanistas han guardado, después de ella, una reserva prudente. Pero había cierto punto flaco que Beaunier se olvidó de atacar, y que lo ha hecho diestramente René Doumic desde la *Revue de deux Mondes*. El simbolismo, como doctrina, se funda en una concepción estética más profunda y filosófica que la de anteriores escuelas; han ido derechamente al verdadero concepto de la poesía, dándole una trascendencia metafísica olvidada hasta entonces; su estética, por tanto, tenía que traducirse en una retórica especial, en una técnica novísima. La creación del verso libre es la más preciada revolución de la lírica francesa en los tiempos modernos. Así lo han reconocido unánimemente hasta los críticos más reacios á cuanto signifique innovación; Brunetiere, limitado y rencoroso; Doumic, su edecán mayor, no menos rencoroso y apasionado. Hablando este último de los simbolistas, escribe: «Aportaron un principio que era nuevo, ya que bajo su acción se transformaba el concepto de la poesía y sus medios de expresión. Por esta razón, la obra de los simbolistas es obra de trascendencia; no pasarán, por tanto, sin dejar una huella á su paso: la poesía se encuentra distinta de lo que era antes de ella; tienen su página en la historia del lirismo...; en la poesía humanitaria, las exigencias del arte son las mismas que en cualquiera otra poesía. El carácter humanitario de una poesía no influye nada en su técnica». Y eso es indudable, á mi ver, pese á la afirmación del inventor. El humanismo, «el humanismo es antes que nada una estética y esencialmente una poética».

Digno es de leerse para remate de esta cuestión el artículo que el poeta Stuart Merrill publica en *La Plume*, con el título de «Symbolistes, Humanistes, Naturistes et Somptuaires». Es un trabajo que rebosa *sprit* y que abunda en atinadas observaciones. Bajo una forma ligera y flexible, grácil, busca el lado ridículo de la nueva escuela y en él vierte el acopio de su ironía; la ironía que es daga de dos filos.

«EN EL FONDO»

... NUEVO DRAMA DE GORKY

REPRESENTÓSE por primera vez en Moscow, donde obtuvo gran éxito. Los críticos, sin embargo, no están de acuerdo al juzgarlo.

Dice el del *Slovs*: «Este drama es un canto, un himno á la humanidad, triste y alegre á la vez. Contemplando las abyecciones de que son capaces aquellas gentes miserables, se pregunta uno si sus conciencias habrán muerto, y pensando eso quédase uno tan sereno, páseles lo que les pase. Es un espectáculo bestial el que presenta Gorky ante nuestros ojos: vicio y embriaguez, horrores y repugnancias, una miseria de personalidades que despiden olor de burdel y de taberna.»

El argumento del drama es como sigue: En una casa de dormir, donde pasan la noche gentes misérrimas, hay un huésped habitual, Vasca Pepiel, ladrón desde el primer instante de su sér natural, que mantiene relaciones ilícitas con el ama vil de aquél tan vil establecimiento. Vasca, que, como toda esta gente, es partidario de la poligamia, está también enamorado de la hermana del ama. El marido de ésta es un viejo imbécil y despreciable, á quien Vasca se propone quitar de enmedio todo lo antes posible. Un día, como otro cualquiera, oye la dueña lo que Vasca y su hermana se dicen en una entrevista amorosa. Y arrebatada por los celos, derrama sobre aquélla una olla de agua hirviendo. Vasca intenta matar á la agresora, pero se confunde y asesina al marido, é inmediatamente es acusado Vasca por la celosa amante. Tal es el ambiente del drama, lleno de amargas brutalidades. Allí todo el mundo juega, roba, bebe y mendiga. Y el héroe es el ladrón que con más violencia consigue dinero.

Louka, el viejo peregrino siberiano que aparece entre esta gentualla, es como un rayo de luz esclareciendo las sombras de una noche eterna. Louka no es misionero, ni propagandista, sino un hombre sencillo que instintivamente ama á sus semejantes. En aquella mansión nefanda realiza maravillas, despertando almas donde aún duerme alguna idea de bien. Redime de su miseria moral á borrachos, mendigos y *mozas del partido*. ¿Cómo realiza este milagro? Con dulzura y sinceridad.

El crítico del *Novoye Vremya*, dice que este drama es una imitación de *El poder de las tinieblas*, de Tolstoi.

RAIMUNDO DE PEÑAFORT

FÉMINA

LA MISIÓN DEL ARTISTA

... POR ELEONORA DUSE

LA incomparable actriz hace en un notabilísimo artículo lo que pudiera llamarse su *profesión de fe*. «El arte del actor—dice—es sencillamente cuestión de práctica, de costumbre y de observación. El *interpretar* es obra de progreso y de conocimiento, adquirido este último hartó á menudo á través del dolor—el gran maestro,—porque para alcanzar sinceridad en la expresión se há menester la esencia de toda una vida».

Afirma que las frases que conmueven al auditorio han de ser expresión de sentimientos experimentados por el actor, de inefables revelaciones otorgadas á su espíritu; han de tener sus raíces en el eterno antes, porque el actor artista no es únicamente transmisor de inspiraciones ajenas, sino que da lo mejor de sí mismo á través de su interpretación, y descubre lo interno de su alma.

Habla después de la necesidad imperiosa que el artista, sea cualquiera su medio de expresión, tiene de sustraerse á las perniciosas *influencias del momento actual* y de mantener los sagrados derechos de su individualidad privada. «Haciéndolo así—dice—crea una bandera para su arte y la ennoblece.

»Un actor, por ejemplo, que trabaja y vive únicamente en sus *papeles* y para sus representaciones públicas, perderá pronto su inspiración y se convertirá en autómeta. Amarrarse al limitadísimo campo del teatro sin ninguna otra mira exterior, es inevitable retroceso.»

Por esto censura la costumbre de dar ocho representaciones á la semana y lamenta la ardua rutina de representaciones y ensayos que no puede menos de embotar el temperamento artístico mejor templado, privándole de la exquisita impresionabilidad que es tan indispensable á todo actor.

«¿Qué tiempo le queda para la introspección y la meditación? ¿Qué horas de solaz para obtener el propio desenvolvimiento á través de los libros, de los cuadros, de la contemplación de todas las cosas bellas? ¿Qué interés podrá consagrar á los innumerables problemas del día, á cuanto es su herencia como hijo del siglo?»

Afirma que la vida del actor fuera del teatro debería ser tan real, tan intensa, tan sencilla y tan inconsciente como si no existiere el público que ha de juzgarle cada

noche. De otro modo el arte se hace oficio, y encadena, cosa que jamás debe consentir el actor, puesto que no ha de considerar su trabajo en la escena sino como una fase de su vida.

Habla después del *eterno descontento*, del *ansia perdurable de perfeccionamiento* que es garantía de progreso. Si un actor—dice—alcanza el límite de sus aspiraciones en cualquier momento de triunfo ó en la glorificación de cualquier *papel*, su ruina ha comenzado. Aquel que confiesa: «Estoy satisfecho» «llegué á la meta» ya encontró su vida demasiado larga. Finó sus tentativas, sus esfuerzos y con ellos el motivo de su vivir.... ¡Y la vida es tan corta!... ¡Y hay en ella tanto que aprender y tanto que desaprender, tanto que dar y que recibir!

Cree la actriz insigne que todos tenemos obligación estrecha de hacer que nuestra vida sea completa.... y más que todos el artista, que por sólo serlo, se anuncia públicamente predicador de buena nueva.... ¡Es un maestro!, dice con simpático orgullo.

Después—ella incomparable en la sugestión—dice cuán pocos son los que comprenden el íntimo *mensaje* oculto en las palabras; dice también la inquebrantable simpatía que se establece entre el actor artista y el artista poeta, el que creó la obra por el primero interpretada, y cómo al ofrecerla al público siente el intérprete amor á la verdad del creador, y cómo ansía promulgarla y hacerla comprender y buscar prosélitos para el campo de los elegidos; y para llegar á conseguirlo, cómo el actor debe guardar su espíritu saludable y normal, no acaparado por el egotismo de una idea única. El corte debe ser humano y abrazarlo todo. El verdadero *intérprete* ha de beber conocimiento en todas las fuentes; ha de tener corazón que compadezca y que guste de comunicar cuanto reciba. Los ojos han de recorrer el espacio sin tregua, en busca siempre de la nueva vía, adelante, siempre adelante. Si se detiene caerá en un vacío tedioso.

Termina el artículo con una entusiasta admonición:

«Si la vista del cielo azul os llena de gozo; si la espiga que nace en la hierba del campo es poderosa á conmoveros; si las cosas sencillas de la Naturaleza tienen habla que comprendéis, alegraos, porque vuestra alma vive; y entonces tratad de aprender otra verdad—que estais obligados á repartir hasta la última partecilla de cuanto os sea dado.—Ayudar, ayudar continuamente y distribuir; esa es la perfección de todo conocimiento; esa es la misión del arte.»

EL DINERO EN EL MATRIMONIO

PABLO Adam profesa ideas un tanto atrevidas. En una de sus últimas crónicas defendía el *matrimonio de razón*, con cuantas sutilezas pone la lógica del siglo xx á disposición del escritor. Con este motivo una interesante revista francesa inicia una curiosísima *enquête* donde se pregunta si es indispensable el dinero para la felicidad del matrimonio. Adviértase que la mayoría de las que constatan son jóvenes (como ellas mismas dicen en el *post-scriptum*) de quince á dieciocho años y ninguna hasta aquí amó. Silvia-María, un alma delicada, escribe así: «Para juzgar de dos fuerzas que se encuentran frente á frente, es preciso conocerlas. Todo el mundo, ricos y pobres, conoce las ventajas del dinero. Pero, ¿cómo disertar sobre el amor sin conocerle, sin haberle experimentado? Es tanto menos fácil cuanto que el amor tiene propiedades, cualidades, virtudes casi milagrosas, que, al frío y seco análisis, tan desfavorable al dinero y á sus ventajas, dan un resultado harto mezquino para ser real.» Sigue la *enquête* con respuestas penetradas de la más fina lógica, pero que van tomando un caracter de ternura desfavorable á la tesis del dinero. «Si todo lo que Pablo Adam dice fuese verdad, escribe *Feminette*, los conyuges ricos serían más dichosos que los que no lo son. Sin embargo esto es falso, archifalso, y tengo á la vista crueles confirmaciones; el dinero, no sólo no asegura la felicidad conyugal, ni siquiera la paz de la casa, sino que compromete lo uno y lo otro. El dinero es, en efecto, como toda cosa material, insuficiente, y siendo insuficiente, trae consigo la saciedad y el tedio.» «Cuando no se tiene para subvenir á las necesidades de la vida, dice madame de X, que habla por experiencia cuando sólo se tienen satisfacciones de orden exterior tales como las que da el dinero, ¡qué vacío se siente en el alma! En primer lugar, nunca se es rico más que relativamente: el que tiene cien mil francos de renta se hastía pronto, y no goza ni más ni menos que el que sólo posee diez mil. Sólo se da un caso, á mi juicio, en que estas satisfacciones materiales pueden bastar á la vida moral: y es cuando van aumentándose continuamente. Para sentirse siempre rico, sería menester serlo cada vez más. ¡Y se quiere sustituir el ideal del corazón con este engaño! ¡Cuánto más sustancial y provechoso es, no sólo el más leve sueño de amor, sino siendo verdad, que el amor no tiene más que

una época, el más débil recuerdo de amor!» «Contra la decepción inevitable que la vida prepara á los vivos, dice Laura, sólo existen los remedios que manan del corazón. Es un mal cálculo no preverlo. Ilusión es amor, se dice. Acepto esta palabra, porque significa arma contra la desilusión.» «La felicidad está en nosotros y lo que se llama ilusión es la fuerza del alma, escribe Samaïd.» «La felicidad no es un objeto y no debemos formarnos una idea idolátrica de ella, dice Juana de la B. Trae su origen del origen de nuestra realidad profunda, de nuestro principio individual, es decir, de nuestro corazón, de nuestro amor.» «La dicha es una obra de arte, leemos en otra carta. Se necesita genio para crearla. En nosotras, sólo el corazón, hoguera del deseo, tiene genio; y el raciocinio, con toda su habilidad, nunca pasará de ser, en estas materias, un *raté*.»

Phila, Crag y una «lectora de quince años», escriben: «El amor nacerá tarde ó temprano en el corazón de la mujer casada sin amor, y tomará terriblemente su desquite: como pecado ó como sufrimiento.» Minerva, estima que «el matrimonio no tiene una importancia pasional, personal, sino una importancia social», y que es «de locos y egoístas» casarse para satisfacer una inclinación, sin tener en cuenta para nada lo porvenir. Berta C. habla en los mismos términos: Hay que sacrificarse al progreso de la raza, y asegurar, cueste lo que cueste, á este progreso los medios de realizarse, Lyseta se expresa en el mismo sentido: «Nunca se debe olvidar, al casarse, que se llegará á ser madre». Nadège suscribe esta opinión: «No creáis que no tengo alma; sólo considero la felicidad de los demás, en el presente y en lo porvenir». «Al casarse, no sólo se compromete una misma, dice Cadet V., sino toda la descendencia». Las demás convienen en que, si el interés de los futuros hijos lo exige, debemos sacrificar nuestro propio interés. Pero ¿lo exige el interés de los hijos? «Hay, evidentemente casos, escribe Lisa E., en que la respuesta afirmativa no es dudosa: cuando la miseria negra, inevitable é implacable espera en la puerta de la cámara nupcial, á los esposos y á sus hijos... En este caso, martirizarse, diciendo no, es una acción de nobleza singular». Otro caso, indicado por Lisy: «Para salvar á los padres de la miseria ó de la deshonor, el sacrificio del amor al dinero es tanto más sublime cuanto más repugnante es en sí mismo». Fuera de estos casos, que según asegura Lisy, no sin cierta ironía, se repiten más *en los libros y en el teatro* que en la realidad, es un *sofis-*

ma bastante vulgar considerar la riqueza como agente de progreso intelectual y moral de una familia. «Esto es contrario á la verdad, especifica categóricamente Menina; las familias ricas no dan más que frutos secos, hijos incapaces». «¡Qué hermosos son, exclama sarcásticamente L. L. N., los jovenes cuya infancia y adolescencia han transcurrido en el regalo! De diez, nueve salen cretinos. Verdaderamente, si yo fuese rica y estuviese á punto de ser madre, me preguntaría seriamente si no valdría más, para el porvenir de la raza, tirar el dinero por la ventana...»—Regina, Igs, Lily, Ana; Arthusa y V., explanan la misma idea, y hacen notar que la mayor parte de los genios: los Berthelot, los Pasteur, los Zola, los Millet y muchos otros, han nacido de padres pobres. «Felizmente, Paul Adam es joven, muy joven, dice Delfina; porque ¡figuraos que sus hermosas teorías caen en manos de los futuros padres de Pasteur ó de Paul Bandry!» Y la joven nos presenta un repugnante cuadro de los hijos de los ricos, á quienes se ve «pasear por los *boulevards*, pálidos, temblequeantes, perdidos en el fondo de sus pardesús, barnizados, implacables, secos, junquillo en mano, y en la boca un cigarro grueso como un arenque ahumado». Para todas éstas, en lugar de una selección de los mejores, sería buena y hermosa una degeneración de la raza que resultase de la aplicación de las ideas del escritor, «cuyo prestigioso estilo áureo» parece fiel reflejo de las aspiraciones materialistas de la época. No se engrandecen las razas rebajando sus ideales.

CORAZONES DE MUJERES

•• POR MATILDE SERAO

Es un libro sencillo, dulce, que dá fuerte impresión de vida, y más que el recuerdo de una lectura, es casi el de una peripecia emotiva, en que fuimos héroes ó hermanos de los héroes... Sueños personales, pero sueños que tienen la simpatía amable de no poderlos soñar á menudo...

Diversas, variadas de tono y asunto, tienen las novelas cortas que componen este volúmen, la exquisita monotonía de ser tan reales unas como otras. Se siguen y no se parecen ¡como los días de nuestra vida!...

Se trata de adolescentes, doncellas, madres, viejas. Y todas estas personas diversas, en situaciones extremadamente simples, de intrigas sin intrigas, nos presentan el

ansia que consume su corazón ó la perspectiva de su destino.

La joven, enmohecida en la indiferencia largo tiempo, resucita con la maternidad... La doncella envejece, sola; huye la esperanza de matrimonio, y sufre tanto que el corazón extingue su fuego y la felicidad de los demás acaba por no impresionarla...

Tales son las historias de Matilde Serao. Se las tachará de poco complejas, pero ¡cuán profundas, sin embargo!... Sí, eso son: corazones de mujeres... el corazón de la mujer... Allí está, con sus abismos, sus huracanes, sus radios florecencias; siempre pronto á la sonrisa, á las lágrimas, al cariño, á la abnegación, al heroísmo. En este libro leeréis los admirables poemas que con ese corazón pueden forjarse...

MARGARITA-MARÍA DE MONTERREY



LOS LIBROS

•• «PEREGRINACIONES», POR RUBEN
DARÍO •• PARÍS, 1903 •• •• •• ••

RUBEN Darío, uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos y de los menos comprendidos y más injustamente atacados por enanos literarios, tiene atada á su lira una cuerda propia y un poco adaptada por exigencias de la vida ó del cerebro, nunca del espíritu, de oro: es la cuerda de su periodismo lírico, lleno de líneas brillantes y aromadas, sin pompa ni exuberancia, ni extravío. Porque aunque se ve que la mano de poeta tiende y se escapa á cada momento á las notas divinas de las otras cuerdas, no sé qué voluntad firme, qué resistencia formidable la retiene en la vibración agria. De esta mezcla nace la prosa bella de sus cartas, matizada, ondulante, un poco desordenada, llena de fugas á lo invisible, de aspiraciones á la luz. Es triste, sin embargo, el efecto de unas alas cortadas, de unas grandes plumas blancas de ala rozando el hierro de la tierra.

Aquí, en España, se han dicho las mayores atrocidades de este poeta singular, tan maravilloso y tan extraño en sus músicas íntimas y perfumadas, henchidas de caricias para el alma, y en sus visiones siderales, grandes de pompa orquestal, lentas y grandes, entre salmos de mares y resplandor de astros. ¿Estos incomprensibles ataques son de artistas? No. ¿Entonces?... Claro está que los señores que se levantan, comen, van al casino—los museos y los parques, solitarios,—van á los toros, cenan, se acuestan y leen media hora en el libro más vulgar de la semana, son incapaces de sentir á través del alma el vuelo de una rima. ¿Por qué hemos de exigirles que sean exquisitos? Eso no duele. Doloroso es que D. Juan Valera, el admirable traductor de Longo, diga, hablando del libro *Los Raros*, de Rubén Darío, que por aquí no conocemos ni tenemos deseos de conocer á Verlaine, por ejemplo, el poeta más completo que ha nacido y que es, junto á Heine, el alma de ensueño más extraña y más dulce y más íntima que ha pasado por la tierra, viajera del país lejano y encantado.

Es indiscutible que Rubén Darío es el poeta más grande de los que actualmente escriben en castellano. Es caballeresco y es emocionante. Muerto Zorrilla, lejanos Becquer y Espronceda, ¿qué gran aliento hay en esta lengua gloriosa, sino ese aliento de bronce ó de rosa ó de encanto, que da al viento *Azul...* y *Prosas profanas*? Y, entusiasta por el arte sagrado, Rubén Darío tiene frases admirables para los entusiasmos; y esto viene del temple heroico de su alma de caballero andante. Leed en *España contemporánea* su carta sobre Castelar—el trozo del entierro de Castelar,—leed en *Peregrinaciones* las bellas y amorosas palabras hacia Krüger, ó los párrafos fabulosos ante la blancura de León XIII. Sus frases tienen un son de aclamaciones, un estremecimiento

de gracia, algo muy puro y muy lleno de lágrimas, besos para la sién de los demás, ráfagas de felicidad, de grandeza y de himnos.

Un escritor americano, el Sr. Blanco Fombona, ha dicho en *El Renacimiento latino* que en este libro de Rubén Darío hay un exceso de periodismo. A ratos. Pero ¿y la carta sobre Krüger, y las estrofas sobre Oscar Wilde, y el estudio sobre Rodin, y las admirables páginas sobre las flores en la Exposición de París? ¿Y—más que nada—todo el diario de Italia? Ved este fragmento de una impresión sobre Génova: «Es una tarde azul acariciada de fuego. Las alturas se destacan como labradas sobre el cielo. En el Righi, comienzan á encenderse vivas luces. El cristal marino refleja la ciudad y la luz celeste que declina. Hay una dulzura pacífica é íntima que llama al silencio y al recuerdo. Mi compañero y yo no nos decimos una palabra. Es uno de esos instantes en que se piensa, al callado amor de la naturaleza misteriosa, en seres y cosas amadas que están lejos... en la ausencia ó en la muerte. La suavidad del agua y del firmamento compenetra nuestros cuerpos y nuestras almas. La bondad y la ternura de la existencia ocupan un momento la máquina hecha á los esfuerzos y á las luchas. Nuestro espíritu es en esos instantes como un blanco palomar de donde se envían á lejanas distancias, mensajes de cariño, de consecuencia ó de pasión. La campana de la iglesia de los Angeles, tocó el Ave María. El eco religioso que iba en la brisa, pasó como un soplo de bien sobre nuestras frentes. El barquero dejó los remos y se descubrió. Cuando volvimos la vista al horizonte crepuscular, habían aparecido las primeras estrellas».

Así va componiéndose todo este libro, lenta y dulcemente, con algo de fatiga, con no sé qué de pasión muerta, con mucho de nostalgia. Y bien sabéis—vosotros, los poetas—qué cosas ha hecho decir la nostalgia á Rubén Darío: «Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia, en que el alma nueva y libre parecía volar agil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso». Esta finura de diamante que tiene la palabra del poeta de Nicaragua, suena de lo lejos como una música insinuante y amiga, que quiere dar lo azul, lo rosa y el oro de su fondo, de su visión y de su ritmo, á nuestros ojos y á nuestra alma, y hacer dormir en el fondo de nuestro corazón la leyenda antigua y eterna del jardín umbrío y de la fuente de hilo de luna.

¿Es este libro un libro de periodista? Creo que más bien, y á pesar de su periodismo, es el libro de horas de un poeta. Seguramente, libre, Rubén Darío habrá escrito para su alma y para pocas almas más, otro libro, en el otoño dulce y al crepúsculo hondo y morado del cielo de Italia. Estas *Peregrinaciones* son para columnas de periódico que ha de pasar de una mano velluda y gruesa de burgués, á otra de escritor académico. Y el autor ha puesto en sus hojas blancas la nota de arte un poco aligerada, pero muy bella; mas también ha puesto la palabra interior que no suena á mu-

chos y dice misterios á los solitarios del valle de nardos. Y el alma lírica y griega de Rubén Darío—entristecida á veces pasajeraente bajo la luna ó bajo Verlaine—está en las últimas páginas del libro con el cielo azul y el mar antiguo y las campiñas verdes; y los ojos del gran poeta tienen su más largo éxtasis en las rojas apoteosis crepusculares por donde pasan los Dioses, al rumor sinfónico del agua amarga y vieja del mar.

JUAN R. JIMENEZ

•• «NIETZSCHE ET L'INMORALISME»

POR A. FOUILLÉE •• •• PARIS, 1903

Yo no sé si son necesarios en el mundo los grandes sistemas filosóficos, ni conozco á fondo las doctrinas metafísicas de Nietzsche. Probablemente serán una prolongación de las que ya forjaron pensadores de tiempos antiguos, y no como quiere Fouillée, simple paráfrasis de ideas vertidas por Guyau en sus libros de moral contemporánea. Es tarde para decir cosas nuevas, y hace seis mil años que los filósofos vienen haciéndose la ilusión de que inventan algo original. Pueden sí armonizarse pensamientos contradictorios, ensamblar ideas antitéticas, fundir en un sistema, sistemas precedentes. Eso lo ha hecho el profesor de Basilea como nadie.

La importancia de Nietzsche, dice Goldstein, está en las tendencias generales que su filosofía sugiere en oposición profunda con los prejuicios estereotipados. No puede decirse que haya dado á la humanidad verdades nuevas, pero es de los que han propuesto cuestiones nuevas.

Nietzsche es hoy inactual. El genio y su obra no son comprendidos por la mayoría que comienza siempre comparando y desnaturalizando. Schopenhauer ha dicho: «El hombre de genio contempla el universo de distinta manera que el resto de los hombres. Su cerebro contiene una representación más objetiva y, por tanto, más clara, más distinta.»

Presumo que la aspiración de Fouillée «de tomar el desquite intelectual contra la filosofía alemana é inglesa, contra la glorificación germánica del éxito y de la conquista, contra el darwinismo anglo-sajón en moral, en política y en economía», no llegará á realizarse. Ni hay tampoco por qué: Francia seguirá siendo en Europa la primera.—aquí Fouillée está de acuerdo con Nietzsche—merced «á su antigua y múltiple cultura moral».

Creo que debemos separar á Nietzsche crítico de la vida contemporánea, del Nietzsche, teórico y profeta de la vida futura. Ardiente en precipitar el advenimiento de esta última, exagera todos los obstáculos que á ella opone la primera. Su fervor imaginativo le arrastra á ver entre estas dos vidas la oposición más absoluta. En vez de mostrar el futuro desenvolviéndose harmónicamente en el presente, educa y purifica la humanidad entera, haciendo que alguno de sus

individuos superiores, cada vez más numerosos, puedan distinguirse en la serie de los siglos. La democracia es una etapa necesaria para llegar á la realización del nietzscheanismo. Y en la época actual, aún admitiendo el altruismo democrático y la tendencia igualitaria, la moral de Nietzsche es, seguramente, la de todos los ambiciosos, la de todos los que se aplican sistemáticamente á desenvolver su personalidad y su acción.

«VUS DU DEHOERS» POR MAX
NORDAU PARÍS, 1903

VERDADERAMENTE el señor de Max Nordau es de los escritores más divertidos que edita la Biblioteca Alcan. Tiene para criticar una energía titanesca que ciertamente no corresponde á la inercia de nuestra generación. Lo mismo le dá llamar *andrógino*—*sexe de Jeanne d'Arc et sexe de miracle*—*sexe que nie le sexe, sexe d'éternité* á cualquiera poeta del grupo de sensitivos que *caso* á Lemaître. De D'Annunzio dice ser «el más insoportable retórico de toda la literatura, un discípulo tardío de Góngora.» «A Goethe se le ha calificado de pagano. Esto es una manera de ver superficial. Los que saben penetrar hasta en la esencia, reconocerán que Goethe ha sido el cristiano más verdadero que produjo la poesía alemana.» Y cita, para corroborar su opinión, el misticismo católico de la segunda parte de *Fausto*.

Los tres príncipes de la poesía: Verlaine, Mallarmé y Leon Dierx, siguen siendo para el autor de *Degeneración*, incomprendibles, y la escritura artística de Edmundo de Goncourt, «un ortodoxo de las sensaciones raras» francamente deleznable.

Claro es que, á los que, como Pirron, practicamos el *nihil mirari*, y, como el crítico de *La Grand Revue*, sabemos que el señor de Max-Nordau, es autor de unas cuantas novelas que á precios ínfimos se venden en los muelles, ninguna extravagancia puede asombrarnos.

Hay quien llama filósofo á Max Nordau; no sé porqué. Ser filósofo es tener, á más de pensamientos sutiles, criterio generoso. Donnay dice en *Lysistrata* de la filosofía: «Debe ser una ciencia sonriente y florecida: la comparo á un arroyo de ondas claras, corriendo entre riberas de juncos. El filósofo está en una ribera; lo que va á demostrar está en la otra, y para atravesar el arroyo, su espíritu ligero salta sobre las piedras blancas convenientemente esparcidas: tal un joven sátiro persiguiendo á las ninfas.»

PEDRO GONZALEZ-BLANCO

POESIA

JUNTO á los que pretenden suprimir la *funesta manía de pensar*, se encuentra cierto orden de profetas que auguran la desaparición cercana de la forma poética. Y lo cierto es que este nuevo género de pitonisas literarias, han visto realizado parte de su fatal predicción. La forma poética ha desaparecido en la mayor parte de las publicaciones periódicas, embrutecidas por el abuso horrendo de la prosa. Es cosa triste, profundamente triste, el ver multitud de revistas literarias que desdeñan como arte inferior, anodino, insustancial y de poco fuste el arte poético, y tributan en cambio, un culto fetichista é irritante á esa prosa bárbara y de mazacote que han querido convertir en expresión suprema y adecuada de las complicadas sutilezas del pensamiento contemporáneo. Es cosa triste, decía hace poco; no, es cosa irritante. ¿Las causas? Son de tal número y de tan distinta índole que me parece inoportuno apuntarlas siquiera. En esta sección, detenidamente ó no, según lo exijan las obras examinadas, hemos de juzgar las condiciones de medio ambiente de herencia, raza, etc., etc., que puedan influir, modificar ó ejercer dirección determinante en la obra poética española. La tarea aunque ardua es sugestiva y toca de soslayo multitud de cuestiones de muy diversa naturaleza, palpitantes, amables.

Por lo pronto, hemos de notar, á poco avispados que sean nuestros ojos, los albores luminosos de un renacimiento en la Poesía. En las altas regiones de la especulación inteligente es diáfana la atmósfera, y las vagas nubes inmaculadas de los anhelos espirituales se deslizan por lo azul del idealismo puro, algo abstracto quizá. Las almas de los poetas modernos abandonan los antiguos asuntos baladíes y poco nobles, la contemplación impersonal, limitada, de lo externo en el cosmos, para seguir con ritmo de arrobamiento, en sus estrofas místicas el vuelo de la *Sophía* santa. A la antigua concreción, machacona y vulga en la métrica, de un pensamiento prosaico, ha sustituido el poema simbólico que tiene iniciaciones de sentimientos inefables, nebulosidad evocadora de música, y entraña bajo las gráciles ondulaciones ritmicas conceptos universales, no por abstrusos menos poéticos. El aparato formal, el juego externo de la rima y de las unidades métricas, todo lo que antaño caía bajo el imperio cominerio y meticuloso de *Polymnia*, ha sufrido honda renovación y se muestra en fragante florecimiento. Los fuegos de artificio se oscurecen ante la luz interior de las almas videntes: al pueril entretenimiento de la difícil facilidad, pernicioso por lo acomodaticia, sigue la concienzuda producción, atormentada, fecunda, el parto laborioso de una obra viable y que ha de perdurar. Una concepción estética, más íntima, más humana, anima los generosos espíritus que aman á la

Belleza, y en el solemne renacimiento que alboréa se unen por igual todas las Bellas Artes, como rosas gemelas que al impulso de un viento blando se unen para besarse.

«RETRATOS ANTIGUOS»

.. .. . POR ANTONIO DE ZAYAS

EN un libro anterior y admirable, *Joyeles bizantinos*, nos demostraba el joven poeta cuánto vale y lo que es. Esta nueva obra viene á confirmar nuestra sensación primera.

Es, ante todo, Zayas, hombre de retina sagaz, neta, pictórica. Sus sonetos, por una misteriosa combinación de palabras, adquieren efectos plásticos de claro oscuro, modelan las figuras, empastan los tonos, tienen *velaturas* en los segundos términos y francas pinceladas en los relieves, esfuman los fondos, proceden con suavidad al retratar á una dama, ó trazan con dureza nerviosa la eñgie de un guerrero, y á guisa de comentario ó de complemento, coloca en un rasgo típico —en el arco de las cejas, en la bóveda de la frente, en la circunferencia de una pupila, en una boca que se pliega, — toda la psicología del personaje, á veces enigmático.

Por otra parte, el endecasílabo clásico, que es rudo en su origen, se acuerda á la manera interior de escudriñar interiores y se desenvuelve en ondulaciones suaves que se resuelven en rimas ricas, más que ricas opulentas, como en una sinfonía brillante de Beethoven.

.. «LAS CANCIONES DE LA SOMBRA»

.. .. . POR PEDRO DE RÉPIDE

PEDRO de Répide se dice modernista, y modernista, es en su opinión, el que marcha con su tiempo. Poco esclarecimiento me parece para palabra que tantas y tan diversas acepciones tiene en el común sentir de las gentes. En fin, sea. El prólogo está escrito en estilo amplio y jugoso, fácil, y abarca un largo período. *Las canciones de la sombra* ostentan las mismas buenas cualidades que avaloran el prólogo. Son versos fáciles que fluyen con geórgica naturalidad; no hay en ellos atrevimientos de frase, ni explosión de ritmos arrolladores, ni profusión de rimas brillantes que quiebren la luz. Son fuentes que manan apacibles. A veces, en sus márgenes, asoma la cabeza amarilla y viscosa un reptil venenoso y arroja el pus de su amargo escepticismo. Luego vuelve á deslizarse la fuente tranquila y serena con ténue murmullo. Y esto es todo.

RAMON PEREZ DE AYALA

NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖

«WLADIMIRO KOROLENKO»

.. .. POR JUAN STRANNIK

UN nuevo artículo sobre el novelista triste y adolorido. Ved el retrato que del artista se hace en la *Revue de París*. «Korolenko es un hombre de una cincuentena de años, singularmente pálido, sereno al andar, casi tímido. Huye de la alegría brutal como si le hiriese en lo íntimo. Es grave. A las veces, rápida sonrisa irónica anima su mirar insistente de observador. Tiene confianza en el efecto de su bondad. Afronta lo real con valentía, sabe que es malo, pero cree que se le puede mejorar.»

Y á continuación Juan Strannik nos cuenta la vida del poeta, y es una vida inquieta y azarosa, una larga peregrinación de angustias. Desterrado en Siberia, publica *El Asesino* y *El sueño de matar*. Estas exquisitas narraciones, impregnadas de indulgencia amplia y de misericordia, extendieron su fama y la gloria acudió á coronarle á las heladas estepas de su destierro y le volvió á su patria. Poco después, es director de una revista, *La Riqueza Rusa*; más tarde académico, honor este último al que renuncia, cuando Gorki, académico también, es revocado por sus opiniones políticas.

«Grave, bueno, sencillo, tal como nos le revela toda su historia, Korolenko ha encontrado en el caos espantoso de la vida rusa, una materia sin cesar renovada para su tierna curiosidad. Se siente atraído instintivamente por los dolores oscuros, las más tristes que haya, los dolores de los ignorantes que no saben buscar, su remedio, que no sienten á veces su desdicha. Sus héroes son humildes, insignificantes; los hombres inteligentes é instruídos están ya armados para el combate, y Korolenko se interesa sobre todo por los infortunados que parecen caminar á tientas, que están abandonados ellos mismos y que encadenados á la vida, no ven punto de salida á su miseria. El estudio de las crisis pasionales, de los refinamientos sentimentales, de las ambiciones sutiles le parece vana. Las mujeres tienen mezquino espacio en sus cuentos; quizá sea, porque las mujeres se adaptan mejor que los hombres á las fatales alternativas de la existencia, y se satisfacen con la exígua dicha que de ella saben sacar.

Lo que le preocupa es la humanidad más desdeñada generalmente; los mendicantes, los aldeanos, los andrajosos, los prisioneros...

Las acciones de los hombres son tales como las circunstancias y el medio las hacen. El alma humana si por naturaleza es bella, bella permanece á través de la degradación que la vida imponga. Esta idea, cara á Korolenko, aparece en el estudio que hace de los mendicantes.

.....

Korolenko no ha visto á los aldeanos como Tchekov. Ciertamente, los encuentra ignorantes y groseros, pero reconoce en ellos una energía poderosa capaz de luchar contra las condiciones más difíciles. No disfraza ninguno de sus vicios, ninguno de los defectos de la campiña rusa; pero, hace notar con evidencia una cualidad que redime al aldeano pobre ignorante y grosero; la dignidad por encima de todo, una suerte de paradógico y bello orgullo, que le salva de la abyección.

.....

Korolenko toma los elementos de sus narraciones á la realidad observada con paciencia, con escrúpulo, con ternura. Su obra no altera la verdad de los hechos, es sencilla, leal, y el artificio se reduce en ella al minimum de una ficción sin aventuras. Quiere dejar á sus notas, á sus documentos todo el valor ingénuo. Por otra parte, su realismo es elegante y poético. Su arte comunica una emoción sana y de buena ley.

•• INFLUENCIA DE R. STRAUSS EN
LA MÚSICA ORQUESTAL •• •• •• ••

STENDERSON, el célebre crítico musical norteamericano, publica en el *Sun* un interesante estudio sobre las antiguas y nuevas formas de orquestación.

Beethoven, dice, en su empeño de convertir la sinfonía en vehículo de expresión emocional, vióse obligado á usar de cambios de forma y apenas si se preocupó de los efectos instrumentales.

Liszt fué el primero en desdeñar los moldes usados por los sinfonistas, buscando combinaciones instrumentales nuevas.

Han ejercido sobre Strauss decisiva influencia dos hombres que valen más que él: Wagner y Berlioz. Del primero tomó el uso de temas con significados definidos; del último la fantástica sugestión orquestal de los motivos, y no poco en cuanto á técnica.

En los últimos imitadores de Berlioz y Liszt, no vemos más que vasto colorido de orquestación. Plagiando las formas escolásticas de los antiguos compositores, como el movimiento del oleaje á Haydn y las tempestades á Beethoven, nos quieren hacer ver cosas á través de un kaleidoscopio instrumental. Olvidan que no podemos entenderlos, porque no hablan lógicamente á nuestra inteligencia.

Strauss ha tratado de combinar los elementos más apreciables que se encuentran en Berlioz, Listz y Wagner. Los poemas «Don Juan,» «Fill Eulens negel's Merry Prauks,» «Así hablaba Zaratustra» y la «Vida de un héroe,» nos transmiten íntegro el pensamiento del autor, pero sin olvidar los principios fundamentales que constituyen la factura artística de las antiguas sinfonías.

Strauss, además, ha utilizado temas de significados definidos como Wagner. Ha desarrollado sus temas con arreglo á los antiguos cánones, dándoles, sin embargo, el color orquestal de los modernos.

En una palabra, Strauss ha demostrado que los principios de la forma musical de los antiguos maestros, no sólo pueden, sino deben ser utilizados por los compositores modernos que se esfuerzan en usar la música como medio de expresión artística y definida.

GOETHE Y NIETZSCHE ·····

····· POR EMILIO FAGUET

EL eminente crítico trata en *La Revue* de señalar precedentes á la obra de Nietzsche. Por lo pronto Corneille y Goethe. (Ese Corneille es una debilidad de nuestros vecinos. Seamos tolerantes con las debilidades humanas.) De la influencia de Corneille piensa hablar muy por largo el señor Faguet; en este artículo se concreta á Goethe.

El egoismo, egotismo ó egocentrismo—llámese como quiera—de Goethe es el papá, como aquel que dice, del de Nietzsche. El olímpico Zeus de Weimar era un egoísta de tomo y lomo. Así lo atestigua su gran amigo Schiller en carta que Koerner recibe, después de muerto Goethe. «Manifiesta su existencia por beneficios, á la manera de Dios, sin darse él mismo.» Pero este egoismo, le parece á Faguet, de un particular carácter; de él al altruismo no hay más que un paso, paso que Goethe ha visto claramente á no dudar, toda vez que ha dicho. «Es preciso ser egoísta para no hacerse egoísta», lo cual, con permiso de Faguet y de Goethe, es lo mismo que dice un antiguo proverbio español. «La caridad bien ordenada empieza por uno mismo», frase llena de profundidad y admirable de sentido trascendental.

Lo que ya no parece tan claro, á pesar de las sutilezas logomáquicas del sesudo crítico francés, es la paridad entre el egoismo de Nietzsche y el de Goethe .. Ese Faguet es admirable á las veces. El hacer crítica filosófica de palabras, por cifra, y no de idea, es vicio feo y francés: Fouillé es el prototipo, el hombre vicioso en esta acepción. Faguet se ha dejado contagiar—no es que Faguet sea un filósofo, aunque pretenda serlo—y al fin de cuentas, las cosas no merecen una controversia empeñada. Desde muy antiguo se yo, que media vuelta á la izquierda es igual que media vuelta á la derecha, solo que es todo lo contrario.

EMERSON

EL centenario de Emerson, da actualidad á dos artículos publicados en el *Booklovers Magazine*, y firmados por Hawthorne y por el hijo del autor de *Ensayos*.

Emerson declara que su padre no deseaba tener discípulos. Todos los reformadores acudían á él atraídos por su hospitalidad intelectual.

Fué, desde luego, partidario de la doctrina evolucionista, en la que veía, no el destino y sus fatalismos, sino el triunfo del esfuerzo y la esperanza, la confirmación del bien por el exceso de mal.

La prosa y la poesía de Emerson se complementan. Deben leerse al mismo tiempo. Su gran ambición fué siempre pasar á la posteridad más bien como poeta que como prosista.

Hawthorne, uno de los discípulos íntimos, acaso el único, nos presenta al eminente autor de los *Hombres simbólicos* como idólatra de la humildad, fijándose en el contraste entre la insignificancia personal, la oscuridad del hombre en su vida privada y sus soberbias y atrevidas teorías sobre la inalienable dignidad de la humana Naturaleza.

El día del funeral de Emerson, concluye Mr. Hawthorne, acompañé al féretro con todo el pueblo de Cornord y varios hombres eminentes de los demás Estados hasta su tumba, en Sleepy Hollow.

El último de sus grandes hombres había desaparecido llevando consigo el espíritu, que es vida.

LA LITERATURA NEO-TURCA

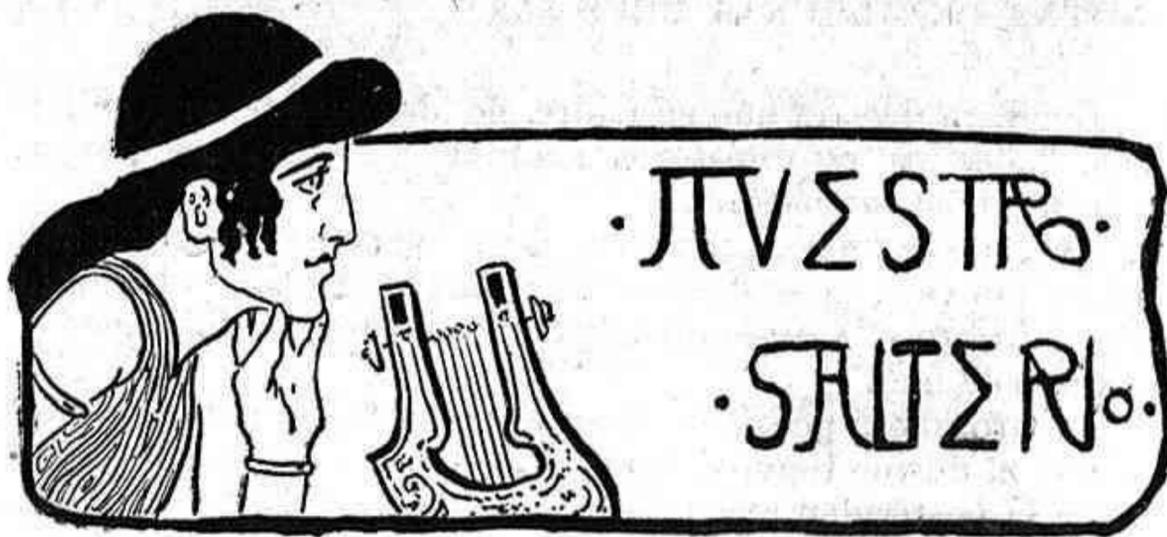
... .. POR OIH CER BEY

TRÁTASE (*La Revue*) de una novísima escuela literaria cuya generación corresponde al moderno pensamiento francés más que á la influencia tradicional de la raza y al ambiente del medio. Descuella con relieve poderoso entre los jóvenes literatos la figura de H. Zía. En él se dibujan palpables las huellas de una cultura francesa; Musset, Gautier, Baudelaire, Daudet, etc. etc., le han dado facetas luminosas; pero, la piedra brillante y sólida, es la personalidad de Zía, que fija el valor de su talento.

Halid Zía Bey ha realizado casi el milagro de la prosa poética musical, sin ritmo y sin rima, ligera hasta adaptarse á los movimientos líricos del alma, á las ondulaciones del ensueño, á los sobresaltos de la conciencia.

Alrededor de él se ha formado un grupo numeroso de jóvenes entusiastas Rav uf, Ojahid, Hikmet etc. etc.

Algunos de sus libros (*Historia de un verano* y *Azul y Negro*) ha llegado en su tirada á 2.000 ejemplares, dice el articulista. *Esto en verdad, nos parece un poco exagerado.*



El figurarse cómo es Dios, sirve para algo. Para saber que de fijo no es como uno se lo figura.—CLARÍN.

No se puede tener mayor señoría que la de sí mismo. Y si estás solo, serás todo tuyo.—LEONARDO DE VINCI.

Aquel que cante á Dios un canto de esperanza verá realizado su deseo.—ESQUILO DE ELEUSIS.

...Y mientras los señores puristas sigan escribiendo en estilo clásico ideas arcaicas, la juventud seguirá siendo afrancesada en literatura. Traducid al lenguaje del siglo XVI las ideas del siglo XIX, y seremos puristas.—CLARÍN.

Nada es bello sin armonía.—PLATÓN, en el Timeo.

Un artista siempre es más grande por lo que deja entender que por lo que expresa.—DIDEROT.

Somos romeros que camino andamos.—GONZALO DE BERCEO.

En nosotros y no en las cosas es donde reside la duda.—JULIO LEQUIER.

Yo creo indudable que el que ha aprendido á distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Para escribir la historia de una vida, es preciso haber vivido.—ALFREDO DE MUSSET.

...El cometido del novelista no es referir grandes acontecimientos, sino hacer interesantes los pequeños.—SCHOPENHAUER.

—Han tratado de humillarnos.

—El que sólo por sí mismo puede honrarse, no puede ser humillado por los demás.—CHAMFORT.

Piensa cuando escribas, ya que escribir es tu acción, en el público universal, no en el español tan sólo, y menos en el español de hoy.—MIGUEL DE UNAMUNO.

Los pensamientos de una mujer se adelantan siempre á sus acciones.—SHAKESPEARE.

Morir no quiero; mas estar muerto ya no me importa. *Cicerón*. I. 8.º (traducción de un verso de Espicarnes).—INSE QUÆS.

Lo único cierto es que nada hay cierto, y nada más mísero y soberbio que el hombre. — *Fat. Hist. II.*—PLINIO.

Repéleme, Gala: el amor se sacia pronto, cuando sus alegrías no van mezcladas con un poco de dolor.—MARCIAL.

A veces hizo de su traje una fortaleza contra mis designios.—PROPERCIO II.

Lo dudoso atormenta más que lo malo.—SÉNECA.

Estoy tan lleno de grietas, que por todas partes me salgo.—TERENCIO.—EUMUCH.

Que la vejez se rejuvenezca cuando todavía le sea dable.—HORACIO.—EPOD.

GÓNGORA

De los poetas, dice Quintiliano, se toma, en las cosas el espíritu, en las palabras la sublimidad. Y sólo así puede evitarse el exagerar de las opiniones hasta no tropezar con juicio de verdad. Góngora es para unos singular ingenio y ornamento el máspreciado del Parnaso español, en tanto que otros lo tildan de estar «tocado del deseo de hacerse cabeza de una nueva escuela, negocio que le induxo á abrazar el estilo hueco, obscuro y fantástico.» A los que seguimos más severas musas no nos es lícito ser tan extremosos. Que los que puedan opinar opinen. Para ellos iniciamos esta sección. ¡Así al cerrarla podamos conocer á D. Luis de Góngora y cuanto de liviano ó bello encierre su obra!

